



JUSTICIA DE **S**ANGRE

FRANC MURCIA

JUSTICIA DE SANGRE

JUSTICIA DE SANGRE

Franc Murcia

© Franc Murcia

© Imagen portada: Pixabay

Corrección: Ana García de Polavieja Embid

Queda totalmente prohibida, sin la autorización por escrito de los propietarios de los copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio de cualquier procedimiento.

Contenido

[Saña y letrinas](#)
[Pájaros caídos](#)
[Muerte y belleza](#)
[De maldiciones y renacimientos](#)
[Escondites y lápidas](#)
[Un jardín en el Poblenu](#)
[Acero y cerveza](#)
[Regreso y planes](#)
[Whisky y ron](#)
[Contratos, razones y planes](#)
[Algodón de azúcar](#)
[Tomos y timos](#)
[Policías, hurtos y bastones](#)
[El colirrojo](#)
[Esperanza y deseo](#)
[Sacrificios y mentiras](#)
[Pecados capitales](#)
[Un horrible cadáver](#)
[Pilotos suicidas](#)
[Un orden diferente](#)
[Zeus](#)
[Un as en la manga](#)
[Gatos y ratones](#)
[La oferta](#)
[Serrín y neuronas](#)
[Despejar dudas](#)
[Un secreto que desvelar](#)
[Loco de amor](#)
[Chupitos y estertores](#)
[Montañas, nieve y sueños](#)
[Orgullo o vida](#)
[Tristeza, dolor y rabia](#)
[El tercer ojo](#)
[Huevos y naranjada](#)
[El hundimiento](#)
[Un tema de altura](#)
[Fakes](#)
[Navajas y venganzas](#)
[Perdóname](#)
[Suicidas y huidas](#)
[Street Fighter](#)
[Secretos del pasado](#)
[Megastar](#)
[Trajes y piscina](#)

[Halagos y mentiras](#)

[Planes sin estilo](#)

[Jugar a matar](#)

[Carnicero, dentista o granjero](#)

[Un plan brillante](#)

[Arriba y abajo](#)

[Ya me olvidé de ti](#)

[Goles y puros](#)

[La mina](#)

[Juegos de cama](#)

[El ejército de Boo](#)

PRIMERA PARTE

Saña y letrinas

Jairo observó el color de la sangre. Después de un rato de análisis, concluyó que el tono no se parecía a ningún otro. Presionó la herida para que el flujo se incrementase y sonrió al ver la densidad del líquido vital. No entendía cómo alguien podía desmayarse al ver la sangre. A él le parecía algo hermoso. Suave y seductor.

Escuchó el grito que venía de arriba. Levantó la cabeza y escuchó a aquel energúmeno, que le increpaba y le prometía que la próxima vez que no le diera el bocadillo sería mucho peor. Jairo no pudo reprimir una sonrisa y pensó que escupirle un gargajo sanguinolento era la mejor respuesta que podía ofrecerle en aquella situación. Con un poco de suerte, ganaría tiempo y podría reaccionar. Si le atacaba directamente a él, sus secuaces no reaccionarían. Al menos, eso era lo que esperaba. Contaba con que los otros se acojonarían. Si no era así, sería hombre muerto. «¿Qué más da?», se dijo. Otra voz le susurró que se estuviese quieto e hiciese todo lo que le pedía aquel grandullón que disfrutaba con su reinado del terror.

—¿Vas a quedarte ahí llorando como un bebé? —increpó el grandullón mientras acompañaba las palabras con una patada en el cuerpo ovillado del muchacho, que yacía en el suelo—. Dile a tu madre que deje de ponerte sardinas de lata. Todos sabemos que se gana bien la vida chupando pollas.

El comentario le hizo a Jairo más daño que la patada. Las habladurías sobre su madre estaban en boca de todo el barrio, y a él no le pasaba desapercibido cómo la miraban cuando entraba en el bar a comprar un sifón o cigarrillos. Pero lo que peor llevaba la gente es que ella se enfrentara a aquellas miradas y las combatiese con comentarios hirientes. A finales de los sesenta, una mujer soltera, resultona, a la que se veía con diferentes compañías masculinas y que, además, bebía, fumaba y no tenía pelos en la lengua era carne de las críticas más cáusticas. Pero su madre aseguraba que era envidia por vivir como le apetecía. Siempre refrendaba su opinión sobre el tema con el comentario de que ya tuvo bastante represión con un padre falangista al que le gustaba utilizar el cinturón al menor atisbo de modernidad.

Jairo dirigió su mirada glacial atrapada entre aquellos largos barrotes negros que, en una contorsión imposible, oscurecían el color verde de los ojos y los convertían en una puerta al mismísimo infierno.

—A tu padre no se la chupa. Se escarba los dientes con el palillo que tiene entre las piernas —escupió Jairo.

El grandullón se puso rojo de rabia y comenzó a patear el cuerpo enjuto del muchacho, que se cubrió como pudo del ataque del gigante sin cabeza.

Los secuaces se miraron entre ellos, y uno se atrevió a parar la furia del cabecilla.

—Déjalo. Ya ha recibido suficiente.

La afirmación pareció contentar al matón, que se calmó y, señalando el cuerpo que estaba a su merced, gritó:

—La próxima vez eres hombre muerto, ¡maldito retrasado!

Jairo aguardaba otra lluvia de patadas que no llegó.

Uno de los satélites del grandullón, asustado, se dispuso a comprobar que el muchacho no necesitase ayuda médica. Al intuir su intención, el cabecilla le dio una colleja y soltó:

—Si quieres ayudarle, mañana te pongo en su lugar y te llueven hostias del cielo.

El resto estalló en risas nerviosas. El reinado del terror que imponía aquel muchacho, al que no se le conocían razones para ser un mal bicho, era terrible. Si no obtenía el reconocimiento de su plebe, se mostraba proclive al desánimo y a paranoias conspiratorias que arrastraban a una espiral de turbas dogmáticas y pruebas de compromiso con el líder.

—Suspendes lengua, ¿verdad? —dijo Jairo desde el suelo—. Llover implica que sea desde el cielo, mendrugo.

El comentario hizo gracia a uno de los secuaces, que se esforzó mucho por no soltar una carcajada. El grandullón barrió con su mirada estrábica a su horda de títeres antes de volver a dar una patada brutal a Jairo. Iba dirigida a las costillas, pero el muchacho consiguió atenuar el golpe interponiendo un brazo.

—Te voy a dar tal paliza que la zorra de tu madre no te va a reconocer, hijo de la gran puta.

El último insulto proferido por el grandullón flotó por el lugar durante unos instantes antes de esfumarse. Pero rebotaba en los oídos de Jairo.

—Agarradle los brazos —ordenó el grandullón.

Dos muchachos corrieron a cumplir el cometido. Uno tenía un tic en el ojo y el otro estaba rapado casi al cero. Ambos sabían que debían ser ellos quienes agarraran a Jairo, que parecía un cristo crucificado en un suelo que olía a orines y cobardía.

El grandullón se sentó a horcajadas en el abdomen de Jairo. Luego, deleitándose, se inclinó y puso sus rodillas encima de los brazos del muchacho.

—Ayudadme a abrirle la boca —mandó de nuevo.

Los mismos críos que antes le sujetaban los brazos corrieron en su ayuda sin rechistar.

—Necesita que le lavemos la boca —dijo apretando los carrillos de Jairo—. Tiene una lengua muy sucia.

Los otros dos se aplicaron en su nueva misión. Cuando entre los tres tuvieron la boca de Jairo abierta, el grandullón hizo el sonido desagradable del que produce un gargajo asqueroso. La mucosidad que producen las carencias se aglomeró en la boca del matón. Maceró la mezcla de fluidos y, en el momento en que estaba dispuesto a dejar caer el chorro vomitivo en la boca de Jairo, este consiguió morder los dedos laxos de un secuaz que previamente estiraba sus labios. En un movimiento raudo, el muchacho se deshizo de lo que le oprimía y lanzó un escupitajo sanguinolento al rostro del grandullón, que no se esperaba aquella reacción. La sorpresa paralizó al resto de rivales.

El matón, con horror, se pasó el dorso de la mano por la cara y, sin abrir demasiado los ojos para que no se le metiese el líquido espeso que cubría su rostro, soltó un puñetazo. Jairo consiguió apartar la cabeza con un movimiento felino, y el puño del grandullón se estrelló en el suelo.

El matón soltó un grito de dolor y sus secuaces se quedaron clavados. No sabían lo que tenían que hacer.

Jairo aprovechó la indecisión. Se levantó impulsado por el odio y el afán de revancha y se lanzó a las espaldas del grandullón para cogerlo con fuerza del cuello. Luego, con un movimiento rápido, sacó su afilado lápiz Staedtler Noris del número 2 y lo pasó con fuerza y rapidez por la mejilla del matón, que ya no parecía tan fiero y que gritó muerto de miedo. Jairo amenazó con clavarle el lápiz en la garganta mientras la brecha del carrillo comenzaba a sangrar. El muchacho miró con atención la sangre. Se calmó al momento. Pensó que la suya era más atractiva y se levantó sin dejar de amenazar al grandullón con el lápiz ante la atenta mirada de los secuaces, que no iban a mover un dedo.

—¿Ves lo que sucede cuando te pasas de listo? —dijo Jairo como si estuviese sentado en el sillón de su casa—. Voy a tener que darte un correctivo —añadió simulando la voz del sádico profesor de religión.

El grandullón lloraba muerto de miedo. No conseguía ver cuál era la gravedad de la herida que no paraba de sangrar y que abrasaba su cara. Con las manos manchadas de sangre, reclamaba ayuda a gritos y pedía clemencia a un Jairo frío como el hielo.

—¡No, por favor! ¡Llamad a un médico! ¡Este loco me ha rajado la cara!

—Todavía no he acabado contigo —dijo con una sonrisa agrídulce. Sus ojos se entornaron y el verde del iris fulminaba y le hacía parecer de otro planeta.

La cadencia y la calma con que pronunció las palabras hizo que el ambiente se cargara de terror. Y de más orines.

Jairo disfrutaba de su protagonismo. Para dar más tensión, cogió el sacapuntas y se dispuso a afilar el lápiz.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó el grandullón, sumiso y sin apartar la mano de su moflete abierto.

—Ahora lo verás —prometió con la misma sonrisa.

El grandullón retrocedió hasta la pared oscura devorada de moho y suciedad. Sus pantalones cortos se tiñeron con un tono más profundo.

—Por favor, por favor, deja que vengan a curarme. Me duele mucho la cara y no para de sangrar —consiguió decir entre sollozos.

—Te prometo que ese va a ser el menor de tus problemas —dijo Jairo, que caminaba hacia él y daba la espalda a los secuaces del grandullón. Estaba seguro de que no iban a hacer nada por ayudarlo.

Jairo empuñaba el lapicero como si de una varita mágica se tratase. Cuando llegó donde se hallaba el grandullón, se arrodilló a su lado y dijo:

—Estate quieto o será peor.

El terror inmovilizó al matón. Quizá era cierto que aquel chico era el mismísimo demonio.

Jairo puso el lápiz frente a la cara del grandullón.

—¿Izquierda o derecha?

—¿Qué?

Jairo chasqueó los labios y comenzó a cantar el «pito, pito, gorgorito». Lo hizo clavando la mirada irredenta en los ojos del matón y sin borrar la sutil sonrisa cínica. La concurrencia estaba extasiada, incapaz de mover un músculo, y pendiente del zigzag agorero que dibujaba el lápiz.

Jairo pronunció el conocido «fuera». Hizo un gesto de «qué se le va a hacer» sin apartar el lápiz convertido en arma blanca. Esperó unos instantes que al matón se le hicieron eternos. Parecía que el muchacho meditara en dejar marchar a su cazador convertido en presa. La sonrisa mutó y ahora parecía angelical. La de un niño que nunca hubiese roto un plato. Algo en la cabeza de Jairo le dijo que el muchacho que tenía ante sí ya había tenido suficiente y parecía que ganaba el duelo a la otra voz. Jairo relajó la fuerza con la que sujetaba el lápiz. El matón con la cara rajada buscaba una respuesta en los ojos de su captor. Un atisbo de esperanza crecía entre tanta oscuridad y, cuando parecía que iba a desaparecer, lo inundó todo.

Jairo realizó un movimiento de vértigo y le clavó el lápiz en el ojo. El ataque arrancó un grito salvaje del que segundos antes fuese el matón más temido del colegio.

Fue un movimiento rápido y preciso. Como si Jairo fuese un experto cirujano. Los alaridos de dolor y pánico que emitía el grandullón no evitaron que contemplara con interés la herida y el líquido que manaba de ella. Antes de apartarse de su víctima, se metió la parte percutora del lápiz en la boca y sonrió de satisfacción.

Pájaros caídos

Jairo observaba cómo los vocales, uno era fiscal de la audiencia; el juez de menores, que también lo era de adultos, y el resto de funcionarios devoraban a su madre. Se les intuía el deseo en la mirada y en la entrepierna. Sin ningún atisbo de vergüenza al sentirse por encima del resto de mortales y amparados por un poder exclusivo que apostaba por la represión y el miedo y se regía por el legado de la sangre. Pensó que, de un momento a otro, el juez, como aquel matón al que le dibujó otra pupila en un ojo, mandaría a sus esbirros sujetar a su madre, reclinarla sobre la mesa, levantarle la falda, arrancarle las bragas y obligarla a abrir las piernas para que el fiscal, como si de un mamporrero se tratase, sujetara el miembro erecto del juez y lo introdujera en el interior de su madre para que los otros dos funcionarios lo ayudasen con los movimientos invasivos del delito que no existía en sus códigos: violación.

Fue entonces cuando le hicieron la pregunta:

—¿Estás arrepentido, chico?

Jairo observó las verrugas que poblaban el rostro del hombre que se había dirigido a él. Miró a su madre, que asentía con la cabeza y mostraba su sonrisa más tierna, antes de que él respondiera:

—Sí —mintió.

El tipo pareció quedar complacido por la respuesta de Jairo y volvió a desnudar a la persona de la sala que ocupaba sus pensamientos libidinosos.

—¿Prometes que no volverás a obrar de esa manera? —insistió el hombre.

Jairo lo miró sin entender nada de lo que significaba «obrar de esa manera». Clavó la mirada en el suelo. Volvió a contar las piedras negras de la baldosa de terrazo que pisaba antes de contestar. Intuyó que debía responder que sí y así lo hizo.

—Bien —contestó el hombre de las verrugas a punto de perder la paciencia—. Porque, si te volvemos a ver por aquí, irás de cabeza a un reformatorio —concluyó.

A partir de ahí desconectó. No le volvieron a preguntar. Para no ver cómo atosigaban a su madre con la mirada, prefirió contar todas las piedras blancas que había incrustadas en el terrazo de la sala. Luego contó los lunares del juez y las verrugas del hombre de las verrugas. Se imaginó cómo serían sus vidas de individuos importantes, pero le parecieron tan aburridas que se cansó enseguida. Si en algún lugar se depositaban los remordimientos, supuso que era en las bolsas que colgaban, como carúnculas, bajo los ojos de aquellos cuervos cargados de testosterona. Se imaginó que, tal como le explicó Ginés, todos tendrían el pecho, ahora oculto por la camisa y la corbata, muy colorado por culpa de abusar de la práctica sexual.

Cuando acabó la vista, Jairo tuvo que esperar en un banco a que su madre saliera de firmar los papeles en el despacho del juez. No había nadie en aquella antesala y escuchó los gritos de indignación de su madre y cómo el magistrado la amenazaba con retirarles la patria potestad. Luego se hizo el silencio y, tras un tiempo indeterminado, escuchó los grititos que emitía el juez con la eyaculación. Jairo no supo qué sucedía dentro de la habitación y pensó que los sonidos agudos y patéticos que emitía el juez eran como el de los gorrinos cuando se les clavaba el cuchillo en el cuello. La mujer abandonó la oficina con el rostro poblado por el rubor que causa la injusticia. Se limpiaba la mano con un pañuelo.

El juez apareció detrás, ajustándose el paquete entre los pantalones sostenidos por tirantes con los colores de la bandera, se apoyó en el marco de la puerta y dijo:

—No se te olvide. Recuerda quién soy y lo que puedo hacer para que tu vida se convierta en un infierno. No eres una decorosa esposa y nadie te creería. Si quieres a tu hijo, que no se te olvide.

Jairo notó la mirada de odio que su madre le lanzó al juez y el deseo agazapado en aquel cuerpo orondo. El rostro jadeante y sudoroso amenazaba con engullir los ojos miopes cargados de lascivia.

Una vez en casa, su madre le explicó que debían pagar una multa y que se había librado del reformatorio por ser menor de catorce años. Le cayó una buena reprimenda y Jimena, así se llamaba la madre, le hizo prometer que, por mucho que le hostigaran, no debía responder de aquella manera tan violenta. En menos de un mes cumpliría los catorce. Lo habían expulsado del colegio y ahora tenían que buscar otro. El cuarto en menos de dos años. A la mujer se le acababan los recursos.

Y los colegios.

Jairo ingresó en una escuela pública donde acabaría la EGB. Las notas nunca habían sido un problema y el muchacho, sin grandes esfuerzos, destacaba por encima de la media. El colegio no estaba próximo a su domicilio. Tardaba cerca de quince minutos en llegar. Una tarde que se suspendió la actividad de ajedrez a la que iba después de clase, Jairo regresó a su casa antes de hora. Decidió que se desviaría por el río Besós y se enfilaría por los arcos del puente. Se había construido con maderas, corcho y plástico una pequeña cabaña en las entrañas del puente y hacía días que no pasaba por allí. Al llegar, vio que la sencilla construcción había sido derruida. Pasó un buen rato intentando levantarla de nuevo, pero algunos tablones estaban partidos y no pudo acabarla.

El tiempo se le echaba encima cuando descubrió algo en el suelo que le llamó la atención. Se trataba de un pájaro que, dedujo, se había caído del nido. Jairo bajó deprisa y observó al indefenso animal, que abría el pico y apenas podía emitir un lastimero chirrido. El muchacho examinó a la cría con interés creciente a la espera de que muriese de un momento a otro. Pasó el rato, el pájaro no exhalaba su último suspiro y se empeñaba por sobrevivir. A Jairo le pareció un bicho extraño y horroroso. Cansado de esperar, levantó el pie y creyó que sería fácil acabar con aquel ser desamparado e inútil. Tal vez el animal pagaría las culpas por lo que había sucedido con su cabaña. Recogió la avecilla entre sus manos y buscó el nido del que posiblemente había caído, pero no lo encontró. Observó a la cría e intentó descubrir qué clase de pájaro era. No podía ser un gorrión, era demasiado grande, y decidió que se trataba de una golondrina. Acarició la cabeza del pájaro, que no dejaba de abrir el pico. Notó el calor del endeble cuerpo en su mano y tuvo el impulso de apretar fuerte para ver qué sucedía. Meditó si notaría cómo se quebraban los frágiles huesos de la cría ante su ascendente presión. Al final, decidió que lo haría muy poco a poco para ver cómo afectaba a la golondrina. Cuando estaba a punto de asfixiar al animal, algo le empujó a parar. El pájaro no mostraba sentimiento alguno y eso le provocó un profundo respeto. Decidió que se lo llevaría a casa e intentaría salvarlo. La idea hizo que sonriera de satisfacción. Miró el reloj. No debía llegar a casa antes de las siete, pero pensó que por diez minutos no iba a pasar nada. Así que subió a casa.

Entró con mucho cuidado. No quería molestar a su madre si estaba escuchando la radio. Fue cuando descubrió que algo raro pasaba en la vivienda. Oyó gritos que provenían de la habitación de su madre. Jairo no supo qué hacer. Un abismo se abrió en su pecho y una fuerza invisible lo relleno de temor. Prestó atención y, sin hacer ruido, se adentró en el pasillo que servía de distribuidor. Los gritos se fueron haciendo más nítidos. Era como si dos personas se pelearan y sintieran placer a la vez. De repente, los sonidos acabaron en un grito final. Jairo pensó que debía darse prisa y salir del piso. No quería que su madre descubriese que había estado allí. Pero ¿qué hacía con el pájaro? De regreso a la sala, descubrió las prendas íntimas de su madre en el suelo y un maletín como los que llevaban los médicos encima de la mesa del comedor. Pensó que, si abrigaba al pájaro con las braguitas de su madre y lo escondía en el maletín (tenía claro que pertenecía a un médico), el dueño sabría qué hacer con él para salvarlo. Así que puso en práctica su idea y volvió a abandonar el hogar sin hacer ruido.

Jairo se olvidó del pájaro y del propietario del maletín. Severiano le había dejado una novela del oeste y la devoraba sentado en el suelo frente al quiosco. No vio salir al juez, el que se sujetaba los pantalones con la bandera de España, con el maletín de médico.

El juez llegó a su casa y saludó a su mujer, que arrugó la nariz al notar bajo el fuerte y desagradable olor a sudor, disimulado por la loción que ella detestaba, el ligero y casi imperceptible aroma que produce el intercambio de fluidos.

—¿Qué hay para cenar? —disparó el juez—. Tengo un hambre atroz.

La esposa, sin desarrugar la nariz, torció la boca y dijo:

—Col hervida y mollejas.

El juez hizo un gesto de repugnancia.

—¿De dónde vienes? —se interesó la esposa intentando no levantar sospechas de lo que se gestaba en su interior.

Unas imágenes de su marido montando a otras mujeres se proyectaban en su cabeza.

—Ha sido un día de locos —dijo el juez aflojándose la corbata—. Voy a cambiarme —añadió internándose por el

largo corredor que parecía más estrecho por los techos altos.

La esposa se acercó a la chaqueta del juez mientras farfullaba insultos y un rictus nervioso parpadeaba en su rostro. Registró las prendas de su marido para ver si encontraba algo que delatase la mentira. El silencio se blandía sobre la vivienda y su hiperactivo oído notó el imperceptible susurro que provenía del interior del maletín del juez. El fétido aliento de la esposa gaseó la valija antes de ser abierta. El descubrimiento hizo que una inyección de ira se inoculara en su sangre. La emponzoñó al comprobar que lo que cobijaba al pajarillo era una prenda interior femenina. Los lamentos miserables cuajados de otras traiciones se apoderaron de la mujer. Tomó al pajarillo en una mano y, con la otra, se llevó la prenda a la nariz con repulsión. La rabia hizo que apretara la mano ajena a los quejidos de la golondrina. Los huesecillos del animal se partieron en mil pedazos. No contenta con eso, la esposa lanzó con fuerza el cuerpo sin vida del pajarillo contra el suelo y se dispuso a buscar a su marido con la prenda delatora en las manos.

—Eres un cerdo asqueroso —soltó con furia la mujer al entrar en la habitación conyugal.

El juez, con la camisa desabrochada y los calcetines oscuros que lidiaban por tragarse las piernas cigüeñales y peludas, doblaba los pantalones. Al descubrir la prenda que enarbolaba su esposa se quedó pálido, como el interior de los muslos de su mujer, y tuvo que hacer un esfuerzo para hacer caso omiso del recuerdo lascivo de Jimena. Sabía que la obsesión que tenía con ella alcanzaba cotas inimaginables. Tanto que se sentía descontrolado y al borde de la locura.

—¿De dónde has sacado eso, Matilde? —preguntó intentando ganar un tiempo que no tenía.

—¡Dime de qué coño las has arrancado tú, depravado!

—Yo... —El juez buscaba las palabras adecuadas para aplacar a su mujer—. Cálmate, por favor. Que te dará otro ataque de nervios.

—¡Y será por tu culpa, imberbe! Ahora mismo llamaré a mi hermano y se lo pienso contar. Si mi padre estuviese vivo, te enviaba al paredón, ¡hijo de perra!

—¡Cálmate, Matilde Sobrán! ¡Por lo que más quieras! —rogó el juez—. Y ni una palabra a tu hermano o conseguiré que los del partido me bloqueen el ascenso que tanto tiempo llevamos esperando.

—Solo te interesan dos cosas: tu carrera y esas zorras a las que persigues —escupió la esposa—. Esta vez te has pasado de la raya, viejo verde. Se lo diré a mi hermano y él se encargará de que recibas tu merecido. No lloraré por ti si te encuentran en un vertedero con un disparo entre ceja y ceja y otro entre testículo y testículo.

El juez Ricardo Portales apretó los puños y estuvo a punto de perder el control y demostrarle a su mujer de lo que era capaz si le llevaban la contraria, pero recordó el rostro de criminal de guerra de su cuñado diciéndole que más valía que tratase bien a su hermana y suplicó:

—¡Matilde! ¡Por lo que más quieras!

Muerte y belleza

El Nudo ocupaba toda la ventana y amenazaba con recortar las montañas cercanas. Ya había tapado la desnudez del Tibidabo y se afanaba en censurar el turó del Pollo. Pronto caería la tormenta. Jairo observaba cómo mutaba el cielo, ajeno a las observaciones que le hacía su madre. Bastante tenía con mantener los brazos alzados para que ella ovillase la lana. Mientras, un solo de guitarra que recordaba un réquiem rasgaba su mente como el preludio de lo que estaba por venir.

—¿Te queda mucho? —interrogó el muchacho con tufo a monotonía y desgana. El solo de guitarra se atenuaba, el preludio crecía en intensidad.

—Acabamos de empezar —regañó Jimena.

—Ya. Pero ¿te queda mucho?

—¡Dame! —exigió la mujer librando a su hijo de las esposas de lana para ponerlas en el respaldo de una silla emérita.

Jairo bostezó. Fuera, la lluvia hacía gala de su poder enviando a su caballería más mortífera. Unas gotas enormes se apoderaron de la ciudad en una incursión rápida y contundente.

—Ya ha empezado —afirmó el muchacho.

Jimena barrió la estancia con la mirada. Todo estaba cerrado y la ropa recogida. Fue entonces cuando llamaron al timbre.

La mujer abrió sin mirar por el agujero de la puerta, y un juez furibundo cogió a Jimena del pelo y se introdujo en el domicilio.

Jairo miró con sorpresa lo que ocurría. Su madre gritaba y exigía que el juez Ricardo Portales la liberase dándole golpes en la cara y en el pecho. El magistrado gritaba y se defendía como podía de los ataques de la mujer. Jairo no sabía qué hacer. Tuvo el impulso de coger lo primero que pillase y golpear al juez en la cabeza, pero sabía que, si lo hacía, su madre le reprendería por ello.

—¡Has acabado con mi carrera! —gritó el juez—. Y lo vas a pagar con tu vida, aunque antes me divertiré un rato.

—¡Déjame! —exigió la mujer—. Me salen sarpullidos cada vez que me tocas.

Jimena consiguió decir en voz alta lo que sentía desde que aquella bestia se había colado en su vida sin ser invitado.

El juez se quedó blanco de rabia.

Jairo solo consiguió mirar por la ventana. La lluvia apagaba la pelea. Meditó sobre si debía intervenir o no.

En la sala, el juez tiró a Jimena al sofá con violencia. Le dio unos cuantos pisotones en las costillas antes de abalanzarse sobre ella. Se puso encima y la abofeteó con la mano abierta.

—¡Eres un malnacido! —profería la mujer entre sollozos.

—¿Por qué narices metiste tus bragas en mi cartera? —dijo sacándolas del bolsillo de la americana. Luego las metió con violencia en la boca de su víctima—. Yo me moriré de asco en el juzgado más lúgubre del país, pero pienso acabar contigo —añadió volviendo a abofetearla.

Jimena no podía hacer nada bajo el peso de aquel mastodonte desbocado, violento y con sobredosis de testosterona. Notó la erección del juez mientras la golpeaba. Salía a la luz, sin ambages, la verdadera identidad de aquel tipejo. El depravado que se excitaba sodomizando a las mujeres tomaba el dominio.

Jairo consiguió salir de su estado semicatatónico y, tras unos segundos, se levantó de la silla y fue a la cocina. Se tomó su tiempo para escoger el cuchillo. Se decantó por uno afilado y no muy largo que le encantaba utilizar para ayudar a su madre en la cocina.

—Por favor, déjame. Está mi hijo —rogó Jimena con dificultad. Sus propias bragas la asfixiaban—. Ten piedad, no me hagas daño. Vayamos a la habitación. No quiero que él lo vea... ¡Por lo que más quieras!

—Que ese pequeño demonio presencie lo que le pasa a la gente de tu calaña. ¡Así aprenderá!

Cuando Jairo volvió a la sala, el juez golpeaba con la mano abierta el rostro de su madre y luego lamía la tela que sobresalía de la boca de la mujer. Jairo giró la cabeza para enfocar la mirada de su madre. Sabía que le estaba pidiendo que se escondiera, que no actuara, que se largara de allí lo más rápido posible.

El juez pareció darse cuenta en ese momento de la presencia del muchacho, pero la fuerza que le empujaba a golpear e intentar penetrar a la madre era imparable.

—¡Ahora aprenderás cómo se trata a una furcia! —dijo el juez fuera de sí dirigiéndose al muchacho.

Jairo buscó qué hacer en los ojos de su madre, que le rogaban que no interviniese. Estuvo tentado de dejar caer el cuchillo y esconderse en su habitación, pero comenzaba a ponerse nervioso. Una voz en su cabeza le decía que no permitiese lo que estaba sucediendo. El muchacho empuñó con fuerza el cuchillo mientras el juez forcejeaba para introducirse en el interior de Jimena. Los tirantes con los colores de la bandera se balanceaban al ritmo de las embestidas salvajes del juez, que con una mano apretaba el cuello de su madre y con la otra liberaba y aplastaba uno de sus senos. La mirada de Jimena se anegó de dolor y vergüenza.

A Jairo no le pasó desapercibido aquel sentimiento. Fue como si, de repente, la agresión que el juez ejercía sobre su madre la sintiera en sus propias carnes. Se acercó a Ricardo Portales y le dio unos golpecitos en el hombro. La bestia se giró enfadada y, cuando enfocó los ojos de Jairo, desapareció por completo la excitación y un miedo antiguo se apoderó del juez.

Jairo tomó a la bestia por el mechón de pelo que se dejaba largo en un flanco para tapar la calva. Le enseñó el cuchillo y se lo puso bajo la papada. Buscó en los ojos del juez alguna explicación a su comportamiento. Un motivo. Pero solo encontró patrones repetidos, cobardía y miedo.

El horror había asolado el rostro de Ricardo Portales y endurecido sus cuerdas vocales. No conseguía emitir una sola palabra con sentido.

Jimena recuperaba el aliento y la consciencia poco a poco. Estaba muy confundida y no encontraba la manera de salir del lugar en su cabeza en el que se había escondido para paliar los efectos de la agresión y de la violación.

—Elige un sitio donde quieres que te clave el cuchillo —dijo Jairo como el que recita la lista de los reyes godos.

El juez abrió mucho los ojos. Su pene flácido se escondía dentro del escroto.

—Tranquilo, muchacho —balbuceó—. Si me haces daño, irás al reformatorio.

—Tic... —soltó Jairo.

Tras un segundo que se hizo eterno, añadió:

—Tac...

Y de nuevo un silencio prolongado.

—Última oportunidad. Elige.

El juez negaba con la cabeza e intentaba farfullar algo que el terror y la tensión del momento consiguieron que fuese ininteligible.

Jairo, con un movimiento rápido e imperturbable, le rasgó la boca al juez con el cuchillo.

La sangre salpicó el rostro de Jimena. Ricardo Portales profería gritos de dolor y se llevó las manos temblorosas a la cara. Pero no fue capaz de tocar la herida por miedo a empeorar y aseverar la gravedad de la misma. La mujer aprovechó para librarse del cuerpo que la ahogaba.

—Antes no parecías un bocazas hasta que abrías la boca —dijo Jairo—. Ahora está arreglado, ¡bocachancla!

—¡Hijo, deja el cuchillo! —solicitó Jimena—. Ya está. Llamaré a la policía y diremos que se lo he hecho yo en defensa propia para que no tengas problemas.

—Nadie nos creerá, mamá. Este gusano representa al poder.

—No diré nada. Lo juro —dijo el colegiado entre sollozos y con una expresión en los ojos de actor de cine mudo. Seguía siendo incapaz de palparse la herida.

Jairo miró a su madre. Quiso creer que lo que decían ambos era cierto y que, si dejaba el cuchillo y su madre llamaba a la policía, todo quedaría en nada y al día siguiente sacaría un sobresaliente en el examen de matemáticas y volvería a casa a las 19:00 después de ajedrez. Quiso imaginar qué pasaría si no soltaba el cuchillo cuando un precipicio se abrió debajo de sus pies y una fuerza invisible se hizo dueña de sus actos. Sabía que ya no había vuelta atrás y, sin pensarlo, hizo otro corte con un movimiento preciso. Y exento de escrúpulos.

Fue en el cuello.

El juez esta vez dejó a un lado las reticencias. Se llevó las dos manos a la nueva herida. Intentaba que la muerte no entrara por la boca abierta por el hijo de la mujer de la que se había encaprichado de manera enfermiza. Fue un gesto tan inútil como desesperado.

Jairo se asomó a los ojos del hombre para ver cómo le abandonaba la vida. La expresión de terror del cine mudo

se fue desvaneciendo. Intentó descubrir qué sentía. Leer lo que pasaba por la cabeza del juez. Descubrir cómo el miedo mutaba en resignación. Adivinar el momento exacto en que exhalaría su último suspiro. Ver una señal clara del arrepentimiento del hombre. Pero no consiguió ver ni sentir nada de eso. Tampoco admirar lo que el muchacho creía que antecedería a la muerte: la belleza. Al fin y al cabo, si la vida tenía algún sentido, era porque tarde o temprano aparecía la muerte. Solo puede morir lo que vive. O, tal vez, pensó, era que el juez, en realidad, estaba bastante muerto antes de entrar como un ciclón en su hogar. Por eso no había descubierto todo aquello que esperaba encontrar. Ahora solo había un cuerpo abandonado, como si de un abrigo raído, ajado y remendado se tratara. Observó el cadáver recién estrenado. El juez ya no existía. En un instante se había marchado. Había dejado de existir. Y la vida continuaba. Se abría paso en su constante proceso.

Se acordó de la golondrina que cobijó en el maletín del magistrado. Por culpa de aquel error, ahora estaban en aquella terrible y exclusiva situación.

Meditó acerca del embrollo.

Decidió que la próxima vez tendría que ir con más cuidado.

SEGUNDA PARTE

De maldiciones y renacimientos

Jairo escuchó cerrarse las puertas de la prisión tras de sí. Miró alrededor. Era como si nunca hubiese visto la calle. Bajó los párpados y esperó que las balas mordiesen su piel, que alguien se abalanzase sobre él con un cuchillo o que un coche invadiese la acera y se lo llevara por delante. Pero pasó el tiempo y no sucedió nada de eso. La esperanza hizo que Jairo abriera los ojos y contemplara las calles de Barcelona. Estaban cubiertas por un viso gris liviano y empalagoso. Debía ser temprano, porque apenas había gente en la calle. Nadie lo esperaba. Tampoco hacía falta. Era consciente de su situación. No sabía hacia dónde encaminar sus pasos, no esperaba sobrevivir tanto tiempo fuera de la cárcel. Tampoco tenía ningún lugar al que ir. Su madre murió arruinada y asqueada cinco años atrás. Se había dejado la salud, los pocos recursos que lograba conseguir y todo lo que no tenía intentando que recuperase la libertad. Jairo se quedó paralizado. No reconocía la ciudad. El funcionario le contestó que era el 26 de agosto de 1992 y se rio de él porque era el único mortal que no sabía que las olimpiadas se habían celebrado en Barcelona hacía apenas unos días. Pero a Jairo no le importaba la actualidad. Ni el pasado. Tampoco el presente. Llevaba más de veinte años entrando y saliendo de instituciones penitenciarias. Desde lo ocurrido con el juez Ricardo Portales, todo el sector de la justicia parecía haberse confabulado en su contra. Sobre todo, por las influencias del propio juez y del hermano de la viuda. Hiciera lo que hiciese, siempre acababa siendo culpable. Lo único que quería era desaparecer para el resto del mundo. Un mundo que no le concernía y del que no aspiraba formar parte. Solo había hecho dos cosas en prisión. La primera: leer, sobre todo novelas del oeste y libros en los que los juicios fuesen protagonistas. Era un pequeño experto en ese tema. Al menos, en la parte que ocupaba siempre en los juicios: el banquillo de los acusados. Y, la segunda, mantenerse vivo. La mano de los que impartían justicia era muy alargada y muy numerosa la población reclusa que no admitía gente que quisiera pasar desapercibida y no alinearse con ningún bando. Había tenido que soportar de todo: navajazos, palizas, huesos rotos, incluso alguna violación. Devolvió con intereses muchos de aquellos regalos, pero nunca violó a nadie. El que le hizo eso pagó otro precio que, con mucha probabilidad, si pudiese haber elegido, nunca habría sido el que recibió en injusta proporción. Por culpa de su paso por prisión pendían sobre él miles de amenazas de muerte. Muchas, sabía que eran inocuas, palabras de odio pronunciadas para asustar, pero vacías de otros objetivos. Otras no. Las más peligrosas no se decían con palabras. Podías adivinarlas en una mirada, en un gesto e incluso en una sonrisa. No todas eran deliberadamente escupidas. Incluso había llegado a coleccionar notas donde le explicaban que le estarían esperando fuera por mucho tiempo que pasase y no le dejarían ni coger aliento. La mayoría anónimas. Las que más le preocupaban eran las que estaban firmadas. Alguien debía tener mucho poder, confianza o déficit de inteligencia para firmar una amenaza de muerte y sabía que lo último no era la causa. Pero no todo fue negativo en la cárcel. Allí había conocido a Lisandro y a Zacarías.

Lisandro era un ladronzuelo politoxicómano de poca monta al que le perdía la lengua. Contaba con una infancia y adolescencia dignas de un culebrón. Esa larga experiencia en una corta vida hubiera curtido a cualquiera. Menos a Lisandro, que seguía siendo la ingenuidad e inocencia personificadas. No aprendía y era un temerario incapaz de ver el peligro intrínseco que ocultaba su natural propensión a meterse en problemas. Si no hubiese sido por la protección que le brindó Jairo, habría muerto en el intento de supervivencia a su reducida condena. Nunca supo por qué le brindó su protección aquella tarde que, en un rincón del patio y hasta las orejas de varios medicamentos que consiguió robar en la enfermería, se burló de quien no debía. Supuso que fue porque, cuando los secuaces del líder del grupo dominante de la población reclusa le estaban dando la paliza de su vida, le pareció reconocer a la golondrina que metió en la cartera del juez. Algo de pajarillo indefenso e inconsciente de su fragilidad se escondía en aquella mirada surcada de droga y decepción.

Zacarías era un reputado falsificador que cumplía condena por haber conseguido realizar una copia perfecta del billete de 10 000 pesetas. Le había costado muchos años conseguirlo. Si no se hubiera empeñado en introducir su firma en los billetes, nunca habrían diferenciado el de la fábrica de moneda del suyo. Zacarías sospechaba que alguien de la competencia le había delatado. Gracias al famoso falsificador, que era muy respetado en el mundo recluso y guardián, Jairo ganó un poco de tranquilidad en su tempestuosa vida de preso. Todo fue gracias a los libros. Coincidían en la biblioteca y el hombre, como Jairo, se inclinaba a la vida introspectiva y a analizar lo que giraba a su alrededor como si de un experimento clínico se tratase. Zacarías se interesó por los libros que leía Jairo y

le pareció muy curioso su gusto literario: novelas del oeste o judiciales. Él consideraba que no se decantaba por ningún género ni tipología en particular, pero, en cuanto tocaron el tema, Jairo le hizo ver que sí que lo tenía y que, aunque fuese de manera inconsciente, se decantaba por la novela americana y la novela rusa. A Zacarías la observación le pareció muy interesante. Más tarde, el falsificador recomendó a Jairo el libro que más llegaría a influenciarle: *Matar a un ruiseñor*. Zacarías no se creía que Jairo, hasta aquel momento, jamás oyese hablar de aquel libro. Ni que tampoco hubiese visto la película donde Gregory Peck encarnaba a Atticus Finch y un joven Robert Duvall interpretaba el papel de Arthur Radley, *Boo*, un inadaptado que no sale nunca de su casa. Al final, Jairo era un poco como Boo, el verdadero ruiseñor que se mantiene escondido del mundo y, al parecer con razón, porque la justicia de los hombres no funciona. Tiene que aparecer él para que las cosas no se salgan de madre e impartir justicia. Jairo pensaba que encarnaba en cierta medida a Arthur Radley. Apartado de la sociedad. Lo que no sabía era que, desde siempre, también adoptó un paradigma ejecutor similar al de Boo.

Miró en el papel la dirección que constaba. Zacarías le había dicho que allí le ayudarían si iba de su parte. Estaba muy confuso y prefirió caminar sin rumbo fijo y sin perder de vista todo lo que sucedía a su alrededor. Cualquier momento y lugar era una amenaza a su existencia. No conocía bien la ciudad. Ni ahora ni antes. Aunque resultaba triste, si se paraba a pensar, lo único que conocía bien eran dos cosas. Una, la cárcel. Todo por culpa de que aquel malnacido se encaprichara de su madre. Y, la otra, la maldad humana en todas sus manifestaciones. Desde aquellos que no sabían diferenciar entre lo que estaba bien y lo que estaba mal hasta los límites más insospechados de la crueldad porque sí. Por conseguir algo. Siempre había un amo que daba una patada y tenía un perro dispuesto a hacer las acciones más detestables para llevarle el hueso de alguien. Así y todo, Jairo era consciente de que él no era mucho mejor. Cuando en su cabeza se activaba el modo supervivencia, funcionaba como una máquina diseñada para destruir. Sin remordimientos. Con un gran poder de control de las situaciones más difíciles y estresantes que contrastaba con un descontrol en el nivel de respuesta a lo que consideraba una agresión. Siempre se pasaba de frenada y no sentía ninguna empatía hacia la víctima de su ira. Solo intentaba demostrar que lo que hacían aquellos indeseables que provocaban su furia podían recibirlo en igual o mayor proporción. No presentaba sentimientos de repulsa hacia su comportamiento y podía llegar a adoptar niveles muy altos de sadismo y agresividad. Lo hacía como si fuese lo más corriente del mundo y sabía que eso no era muy normal. Que la respuesta de la mayoría era de terror.

Al menos no lo hacía por ideología. Hasta el momento solo había actuado en defensa propia. Por mucho que la respuesta hubiese sido desproporcionada, fría y maquinales. Sentía como que la vida era algo que estaba demasiado sobrevalorado. Él no tenía miedo a perderla. De hecho, todos, algún día, dejarían de respirar. El número de personas que formaba parte del otro mundo era inimaginable comparado con el de personas que vivían. Y el crecimiento era exponencial. La vida transcurría durante un tiempo determinado, pero la muerte era indefinida. Aunque él era de los que mantenían que la muerte es, en cierta manera, un antes y un después de la vida. Solo existían dos cosas infinitas: el universo y la muerte. Y ambas podían formar parte de la nada.

Jairo se dejó llevar por sus pasos. Se sentía bien en la calle, sin más límites que los que él se impusiera. Notó que la poca gente con la que se cruzaba lo observaba. No podían imaginar que era como el buen salvaje que acababa de aterrizar en una ciudad. Pasó por una floristería que tenía plantas y flores en la calle y se paró a observar el género. No se atrevía a tocarlo. Pero sintió que el universo se escondía en su interior y comenzaba a derramarse por sus ojos. La extraña actitud de Jairo no pasó desapercibida a la mujer que regentaba la floristería y que se preparaba para abrir al público. Jairo aspiró la fragancia de todas las flores con delicadeza. Notó que, si no dejaba pasar un tiempo entre una y otra, se le bloqueaba el olfato. No tenía prisa y estaba tan pendiente de su actividad que no notó la curiosidad que despertaba en la dependienta. Si alguien deseaba llevar a cabo sus amenazas, aquella era su mejor oportunidad. Acabó de aprehender todos los aromas y se dispuso a admirar las maravillosas formas diferentes que tenían. Llevaba más de media hora en su labor cuando la mujer salió del interior y le regaló la sonrisa más hermosa que había visto nunca. De hecho, existían pocas sonrisas destacables en su vida. Una amalgama de sentimientos mucho tiempo reprimidos creció en su interior.

—Disculpe que lo interrumpa —dijo la tendera—. Hacía tiempo que no me encontraba con alguien tan interesado en las flores. Si me lo permite, tengo que decirle que me parece maravilloso —declaró con la admiración subida a su rostro y sus palabras.

Jairo miró a la mujer. No sabía qué decir. Estaba embelesado con las macetas y la presencia femenina que olía como una de las flores que más le impactó. Decidió hacer como que no había escuchado el comentario y seguir a lo suyo sin miedo de parecer grosero. Tenía pavor de su reacción ante la mujer y de que el deseo que despuntaba entre la mezcla de sensaciones que sentía tomase el control.

La mujer no se lo tomó como una afrenta e insistió en decirle el nombre de cada una de las plantas en las que el

cliente se paraba a estudiar. Intuía, y no estaba equivocada, que él las desconocía. A Jairo, muy desconcertado, no le importó tener a la dependienta tan cerca. Así podía aspirar el aroma que desprendía. Tampoco que le explicara curiosidades sobre las flores. Le ayudaba a diferenciar entre el deseo y la sensación agradable que le producía tener a la mujer a su lado.

—Esta de aquí —dijo la mujer señalando una planta de ramas pilosas con flores pequeñas de color blanco y rosáceo de cinco pétalos— es la hierba de la golondrina. Solo florece en verano. Su hábitat son las zonas rocosas cercanas al mar. Crece en pequeñas islas, en rocas que se asoman al agua y, muchas veces, incluso sumergidas. Me parece una flor tan preciosa como salvaje.

Jairo notó que la mujer adoraba su trabajo. En sus explicaciones no podía dejar de admirar los rasgos de la mujer. Tuvo el impulso de tocar las pequeñas arrugas que se le formaban en los ojos cada vez que reía, pero se contuvo. Cuando sonreía, uno de los colmillos superiores mordía el labio inferior y eso le pareció maravilloso. La mujer se dio cuenta de la observación a la que la tenía sometida el cliente, pero no le turbó lo más mínimo. Al contrario, se sintió halagada.

La florista, muy divertida por la situación, dijo:

—¿De dónde sale usted?

Jairo, que no captó el doble sentido de la pregunta, no se inmutó y señaló con la mano el edificio de la cárcel Modelo que se recortaba unas calles más arriba.

—De la penitenciaría —dijo—. Hoy es mi primer día de libertad después de muchos años —confesó.

La sonrisa de la mujer se marchitó y tuvo que abonar su espíritu para no desfallecer por la desilusión.

Jairo notó la transformación. Aun así, no podía dejar de mirar el rostro de la mujer. Se sentía colgado de sus facciones y, sobre todo, de las imperfecciones que poblaban el rostro. El pulso se le aceleró y sentía el impulso de seducir a la mujer, pero no sabía exactamente cómo hacerlo.

—Maté a un juez cuando era niño —dijo Jairo como el que comenta el último parte meteorológico—. Estaba violando a mi madre.

La sorpresa invadió los sentidos de la mujer. Un sentimiento maternal hizo que empatizara de inmediato con el chiquillo que descubrió en Jairo.

—Le corté el cuello. Se lo merecía.

El horror sustituyó el lugar que ocupaba la sorpresa.

Jairo lo notó y asistió a la batalla que se iniciaba en su interior. Fue en ese momento cuando el deseo visceral que hasta el momento había conseguido dominar amenazaba con desatarse.

—¿Puedo pedirle una cosa? —consiguió decir presa de la confusión y la vergüenza.

La mujer dudaba entre encerrarse en la tienda o pedir ayuda a un transeúnte cualquiera. Más pendiente de aquello, asintió sin convicción.

—Me gustaría darle un abrazo.

La tendera se quedó helada y suspiró con fuerza sin perder la sonrisa en ningún momento. No se creía lo que estaba sucediendo.

Jairo tomó aquello como una invitación y, sin pensarlo un segundo, se cobijó en el pecho de la mujer. No apretó mucho por miedo a hacerle daño y a que el contacto lo turbara y perdiera los estribos. La sensación fue devastadora. Se acordó de cuando recogió a la cría de golondrina en el puente de Santa Coloma y se sintió como un pajarillo indefenso. No pudo evitar que las emociones que sentía se licuaran y rompiera a llorar como un bebé. Las lágrimas liberaron todos los sufrimientos y carencias que llevaba arrastrando los últimos veinte años de su vida.

El llanto rompió poco a poco las reticencias de la mujer, que acunó a Jairo entre sus brazos. El contacto propició la sensación de paz y de alivio y disipó los efluvios de peligro que se habían cernido sobre ella.

—Ha debido de ser muy duro —dijo la mujer—. Pero ya ha pasado todo. Tranquilo, ahora puedes empezar una nueva vida.

Jairo sabía que sería difícil. En labios de la florista sonaba a esperanza. Por primera vez en muchos años lo creyó posible.

Al separarse de los brazos de la mujer, el rostro de Jairo mostraba ilusión. Era un hombre nuevo. Al menos, eso parecía.

—¿De veras lo crees? —preguntó.

—Claro. Puedes encontrar trabajo, tener un hogar y formar una familia.

—Un trabajo...

—Sí. ¿A qué te dedicas?

—Lo único que he hecho ha sido leer novelas del oeste. También de juicios.

La mujer soltó una carcajada. A oídos de Jairo fue el sonido sin enlazar más precioso que había escuchado nunca.

—¡Espera!

La mujer salió corriendo y se metió en el interior de la tienda. A los pocos segundos regresó con una tarjeta en la mano.

—Eres joven y fuerte y te gustan las flores. Llama en un par de días y quizás tenga algo para ti —dijo alargándole una tarjeta de la floristería.

Jairo miró el trozo de cartón. No sabía qué hacer ni cómo reaccionar y acertó a agradecer con gestos y palabras entrecortadas el gesto de la florista:

—Yo... No sé qué decir. Muchas, muchísimas gracias. A lo mejor no puedo esperar dos días y la llamo mañana mismo.

—Bueno, quizá todavía no tendré la respuesta, pero puedes intentarlo —dijo la mujer.

Jairo volvió a abrazarla, luego se retiró, le mostró la tarjeta, la guardó en el bolsillo del pantalón, se despidió con la mano y siguió con su inspección de la ciudad. Por una vez en mucho tiempo se sintió afortunado.

El cambio protagonizado se dejó ver en su mirada. Ahora tenía un filtro diferente y encontraba detalles hermosos en cualquier aspecto urbanístico. Siguió bajando travesía tras travesía hasta que llegó al mar. Le impactó descubrir los grandes cruceros de pasajeros que había en el muelle. Siempre deseó subir a un barco, pero nunca tuvo la ocasión de hacerlo. Buscó en sus pertenencias el dinero que tenía. Contaba con un buen fajo de billetes. Suficiente para mantenerse cómodamente durante un mes, le había asegurado Zacarías. Jairo sacó un par de billetes, asegurándose de que no hubiese miradas indiscretas, de la faltriquera que colgaba de su cintura y escondía dentro del pantalón como le enseñó su madre. Siguió la línea del mar en busca de un bar donde comer algo. Hasta que llegó al muelle donde amarraban los barcos que hacían excursiones al rompeolas. Las Golondrinas. Un tipo, que le recordó al gordo vendedor de carne del colmado cercano a su casa, le abordó para convencerle de que comprara un tique y se montara en una de aquellas viejas barcazas que habían visto mejores días.

En la Golondrina apenas iba una docena de personas incluyendo a Jairo. La mayoría eran turistas. También un abuelo con dos nietos. El hombre explicaba a sus descendientes antiguas experiencias cargadas de conocimiento. Si fuera una foto, tendría un tono sepia y los cantos estarían troquelados como un sello postal o una hoja arrancada de una libreta con espiral. Los chavales escuchaban al abuelo embelesados, aunque no entendían muy bien dónde estaba la moraleja de aquellas historias. Lo que les mantenía atentos era la intuición de que lo que explicaba el abuelo era importante. El anciano abandonó sus lecciones en el fondo de su corazón. Robaba la atención a los chavales cuando había muchas otras cosas a las que dedicar aquel tiempo maravilloso. Gaviotas que volaban alrededor del barco y, en ocasiones, se abalanzaban incautas sobre la superficie del mar. Las estelas espumosas que causaba el motor del barco. El aire cargado de salitre que repujaba sueños en los rostros. La sonrisa impuesta. El olor a mañana y a olvido.

Jairo pensó que aquella jornada era la mejor experiencia que había tenido en mucho tiempo. La ilusión se iba colando por las grietas que dejaba la armazón de dureza encofrada durante tantos años y que ahora empezaba a resquebrajarse por culpa de unas flores, una sonrisa y un pequeño paseo en barco. El pensamiento hizo que se sintiera un poco infantil. Alguien o algo le había condenado con una maldición y sabía que, en su caso, la vida era el castigo. No podía olvidarse de aquello y se preparó estoicamente para hacer frente a la siguiente batalla que el destino le tenía preparada. Podía estar acechando en cualquier esquina.

Escondites y lápidas

Jairo dudó antes de descolgar el teléfono y marcar el número. Cuando por fin se decidió, esperó a que contestaran al otro lado de la línea. Tuvieron que pasar más de cuatro tonos interminables hasta que contestaron.

—¿Diga?

—Soy Jairo.

—¡Boo! Me alegro de escucharte. ¿Ya has salido? —preguntó Zacarías, el amigo falsificador con el que unió fuertes lazos en presidio.

—Sí, ayer.

—Genial. ¿Nos vemos en un rato o tienes planes?

—Tengo todo el tiempo del mundo.

—Un bien muypreciado. Adminístralo con sabiduría.

—Ojalá dependiese solo de mí.

Jairo evitó decirle todas las amenazas que pendían sobre su cabeza. Muchas las conocía, y ambos estaban de acuerdo en que no podía vivir con aquel peso encima. Sucedería lo que tuviese que suceder.

—Ya. No te preocupes. No se atreverán a ir a por ti. Ya sabes que hay mucho bocazas suelto —quiso restar importancia Zacarías—. Y más en el trullo.

—No me preocupo.

—Mejor. Oye, nos vemos, ¿vale? Ya sabes que no me gusta hablar a través de estos aparatos.

—Tú y tus manías conspiratorias.

—No son manías.

Jairo adivinó cómo el enfado aparecía en el rostro del falsificador y sonrió. Zacarías también notó la burla.

—Te parece muy gracioso, ¿no?

—No te enfades. Quedamos en un par de horas donde tú me digas.

—En el bar del Trola, ya sabes dónde es. Vente comido. Ese cabronazo fríe las tapas con aceite de motor para disimular que la fecha de caducidad de sus *delicatessen* es de antes de la guerra.

Jairo no pudo evitar una carcajada.

—¿De qué guerra?, ¿la española o la Segunda Guerra Mundial?

—De la Guerra de la Independencia.

El ruido de las risas lo invadió todo. Cuando se aplacaron, Zacarías añadió:

—Mis chistes tienen más gracia en vivo y en directo. Nos vemos allí.

Jairo colgó todavía con las reminiscencias de la conversación arqueando su sonrisa. Tomó la tarjeta de la florista y dudó si llamarla o no. Dijo un par de días y tan solo habían pasado veinticuatro horas. Tuvo que hacer un esfuerzo para no caer en la tentación y llamar a la mujer. Así que salió de la pensión y fue a dar un paseo. Las calles de Santa Coloma no habían cambiado tanto y aún recordaba sitios de su infancia. Caminó hasta su antigua casa. Estaba tal como la recordaba, con el portal con la puerta estrecha. Se asomó a uno de los cristales que parecían ventanas estrechas e intuyó el largo pasillo oscuro y húmedo lleno de desconchones. Tuvo el impulso de llamar para recuperar el aroma de su infancia, pero al final se abstuvo y se quedó un buen rato parado junto al portal. La fachada necesitaba una esteticista que dominara el mortero y la pintura. Descubrió el pequeño balcón en el que pasó tantas horas. Ahora lo ocupaba una bicicleta estática roñosa y un montón de platos colgados en la pared. Ya no quedaba nada de las golondrinas de metal que antaño decoraban las paredes en un fingido vuelo perpetuo. Tampoco quedaba demasiado de aquel muchacho que se pasaba las horas muertas en el pequeño balcón y dibujaba mapas que solo él sabía localizar y que tenía que ver con el itinerario que hacían algunas aves migratorias en los cambios de estación.

No sintió lo que esperaba. Tal vez algo parecido a la tristeza y la añoranza, pero de poca intensidad. Después de unos minutos, se marchó. De lo contrario, no le daría tiempo a visitar la tumba de su madre. Se dirigió hacia el río. Quería ir al cementerio por allí. Alcanzó el viejo puente y se acordó del día en que se encontró el pajarillo caído del nido. Notó una presencia que se ocultó por detrás del puente. Jairo sospechó que lo seguían y decidió prestar más atención. Sus músculos se prepararon para actuar. Tendría que ir con más cuidado y no bajar la guardia. Quienquiera que lo seguía no lo hacía con buenas intenciones. De eso estaba bien seguro. Así que pensó con rapidez para intentar

pillar por sorpresa al tipo que iba tras sus pies. Se hizo el despistado y caminó haciendo ver que era un turista de paseo por un lugar lleno de monumentos. Su estratagema surtió efecto, y enseguida se dio cuenta de que alguien iba tras sus pasos y lo seguía manteniendo una distancia de seguridad de más de cincuenta metros, lo suficiente para que cayera en la trampa urdida. Giró por una calle estrecha que conocía del camino del cole y apretó el paso para llegar al hueco estrecho que había entre unos edificios. Tanteó con los pies y descubrió el vano tapado con una tabla que daba a una especie de zulo. Allí se escondía muchas veces para dar esquinazo a los matones del cole o los de fuera. Vio pasar al tipo que lo perseguía. Esperó un rato por si volvía a cruzar y, pasados cinco minutos, salió de su escondrijo y apretó el paso hasta el cementerio. Ya no lo seguían.

Tuvo que aplicarse para dejar el nicho de su madre en condiciones. Estaba sucio y lleno del aluvión propio del lugar: polvo, restos vegetales, telarañas, excrementos de pájaros y sedimentos producidos por otros animales. La lápida era sencilla, pero no carecía de cierta elegancia. Jairo dibujó mapas mentales que unían diferentes puntos. Consiguió perfilar un elefante, un ave con las alas extendidas y un unicornio. No dijo nada. No sabía qué decir. Pensó que, si conseguía el trabajo en la floristería, no le volverían a faltar flores a la tumba de su madre.

Junto a ella yacía el otro Jairo.

Un jardín en el Poblenu

El bar donde se citó con Zacarías era un garito de mala muerte que había vivido tiempos mejores. Cuando llegó, no estaba el viejo falsificador, así que, haciendo caso omiso del consejo que le dio, pidió un bocadillo de tortilla de patatas y un refresco. La tortilla era recalentada. Le dio mala espina, la había pedido fría. Empezaba a sospechar que la advertencia de Zacarías no era ninguna broma y cogió el bocadillo como el que examina una zanahoria de un huerto cercano a Chernóbil. Tocó el pan y, aunque estaba un poco duro, no le pareció peligroso. Sin disimulo, absorbió el aroma que desprendía la tortilla ante la mirada socarrona del posadero, que lo observaba descaradamente apoyado en algún punto del interior de la barra.

—¿Hay algún problema? —gritó el que atendía el bar.

Jairo se giró sin perder la angustia que transformaba su rostro y comprobó que la pregunta iba dirigida a él.

—Por ahora no —acertó a decir con media sonrisa cuando se cercioró de que no había nadie más en el bar.

El posadero no quitaba el ojo de encima a Jairo, que se vio obligado a morder el bocadillo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo, pero no se puso verde ni cayó fulminado al suelo. Aunque tenía un sabor un poco extraño, la tortilla no estaba mal del todo. Cosas peores había comido en la cárcel.

Le faltaba poco para acabar el bocadillo bajo la presión callada del posadero cuando apareció Zacarías, que saludó con la cabeza al que asistía el bar provocándole un gruñido que nadie hubiera apostado que era cariñoso.

—¿Llamo a una ambulancia o ya no hay nada que hacer? —soltó señalando los restos del bocadillo mientras Jairo se levantaba y los dos hombres se fundían en un fraternal abrazo.

—Cuánto tiempo... Te he echado mucho de menos. Estás más gordo —dijo admirando la delgadez de Zacarías—. ¿Has ganado medio kilo?

—No será por comer en sitios como este. ¡Eh, Braulio! —dijo mirando de reojo al posadero que preparaba un café y una copa de coñac y, ante la sorpresa de Jairo, soltó una carcajada.

—Yo también te quiero —bramó el interpelado cuando hubo alcanzado la mesa donde se sentaban los dos viejos amigos—. Como ves, tu amigo tiene mejor gusto culinario que tú —añadió señalando el bocata de tortilla.

Jairo dibujó una mueca que indicaba que era mejor dejarlo estar. Braulio tampoco esperó respuesta y volvió a su lugar tras la barra.

—Bueno. Ha pasado mucho tiempo, pero no has cambiado nada —aseguró Zacarías—. Tendrás muchas cosas que contarme.

Jairo sonrió sin timidez.

—Más tendrás tú. Ya sabes cómo funciona la trena. Todos los días son iguales —Jairo se detuvo y miró al viejo falsificador antes de soltar la bomba—, aunque ya sé qué es lo que quiero hacer con mi vida.

—Eso sí que es una sorpresa. ¿A qué esperas para contármelo?

Zacarías se inclinó sobre la mesa, removió el café y clavó su mirada en la de su interlocutor.

—Voy a dedicarme a las flores —anunció con una sonrisa enorme mientras se recostaba en su asiento. No volvió a tocar el bocadillo de tortilla.

—Vaya. ¿A las flores?

—Sí. De hecho, estoy esperando respuesta para empezar a trabajar en una floristería. Confío en que me den el puesto.

—No sé qué decir. Yo quería proponerte algo, pero déjalo. Si no sale bien lo de las flores y necesitas un empleo, no dudes en contactar conmigo.

—Gracias, Zacarías. Aunque tengo la corazonada de que todo va a salir bien —aseguró sin preguntar cuál era la propuesta de su amigo—. ¿Tú sigues con lo tuyo?

—No. Me he retirado. Pero quien tuvo, retuvo y guardó para la vejez. No tengo problemas de dinero y puedo vivir sin estrecheces. ¿Qué más le puedo pedir a la vida?

—¿Retirado? ¡Si te encantaba lo que hacías!

—No quiero volver a la cárcel.

—Ya, ya. Yo tampoco. Pero...

—Sigo haciendo cosillas por encargo —interrumpió—. Solo a personas muy cercanas y que no sean

excesivamente peligrosas. Ya me conoces, no puedo negarle nada a un buen amigo.

Jairo sonrió.

—No cambiarás nunca. Me alegro de que estés bien. Te he echado mucho de menos.

—Déjate de sentimentalismos y dime, ¿qué tal tu primer día en la calle? Lo has flipado, ¿no?

Jairo hizo un gesto afirmativo.

—Ha sido una pasada.

Los dos amigos se pusieron al día de sus respectivas jornadas pasadas el uno sin el otro. Charlaron durante más de dos horas y compartieron viejas historias y sueños para un mañana plagado de éxito y apartados de prisión.

—¿Dónde vivirás? —preguntó Zacarías.

—Me quedaré en alguna pensión barata hasta que cobre mi primer sueldo.

—Sabes que para un exconvicto no hay muchas facilidades. No será fácil encontrar piso.

Jairo lo miró. Se le hacía cuesta arriba organizar las cosas más fundamentales y normales para la mayoría de las personas, pero tampoco le importaba mucho dónde dormir. Ni cómo subsistiría. No era muy remilgado y podía dormir en cualquier cuchitril. Llevaba demasiados años pasando la mayor parte de su tiempo en una celda inmunda y comiendo bazofia.

—Supongo. No me preocupa demasiado. Ya encontraré algo.

—Tengo un amigo que se ha ido a pasar unos años en el extranjero y me ha pedido que cuide de su apartamento. Puedes quedarte en él y se lo cuidas tú. No es muy grande, pero tiene un patio enorme donde cultiva cosas. Si vas a dedicarte a las flores, quizá te conviene.

Jairo abrió mucho los ojos.

—Sí —aceptó—. Será genial. Si a tu amigo no le importa meter a un expresidiario en casa —añadió con ironía.

—No. No le importará si se lo recomiendo yo.

—Perdona. No me hagas mucho caso —se excusó—. Demasiadas novedades en poco tiempo.

—Ya. Tranquilo.

—¿Dónde está el apartamento? —preguntó por mostrar interés. En realidad, le daba igual dónde estuviese.

—En Pueblo Nuevo. Te gustará.

—Genial. ¿Cuándo puedo instalarme?

—Hoy mismo —dijo Zacarías con una sonrisa mientras sacaba algo del bolsillo y lo dejaba encima de la mesa—.

Aquí tienes las llaves.

Los dos amigos abandonaron el local y fueron dando un paseo hasta el apartamento donde se instalaría Jairo. Antes de acceder al portal donde se hallaba la vivienda, Boo se detuvo y dijo:

—¿No tienes apetito?

—Tengo un hambre feroz —declaró el viejo falsificador.

Los dos soltaron una carcajada.

—Yo también, aunque creo que la tortilla de patatas me ha agujereado el estómago.

Las risas se repitieron.

—Este bar tiene buena pinta —dijo Jairo señalando un local—. ¿Birra y bocata?

—Lo que sea. Invito yo.

Entraron en el bar y se instalaron en una de las mesas. Un soniquete antiguo los acompañó durante todo el rato. Era el fragor de la discusión que mantenían y que no tenía más motivo que hacerse cargo de la cuenta de lo que consumirían en el establecimiento.

Acero y cerveza

Jairo se despertó cuando todavía no había salido el sol. El apartamento era pequeño, aunque para él era lo más parecido a una mansión. Estaba muy recargado para su gusto y no encontró ningún lugar en las paredes libres de carteles, cuadros u otros objetos decorativos. Unas viejas y robustas estanterías de madera plagadas de libros y otros elementos ornamentales constituían la mayoría de los muebles que había en el salón, que servía también de distribuidor. Solo existía un hueco entre las librerías y lo ocupaba un pequeño sofá orejero de dos plazas, con el que tropezó y le hizo soltar un alarido de dolor; un telescopio antiguo y una mesa polivalente de madera que servía de escritorio, laboratorio y comedor. La cocina estaba escondida en un armario y solo contaba con una habitación. Al lavabo se accedía desde el salón y el dormitorio. Era minúsculo, pero tenía más que suficiente para sus necesidades. La habitación contaba con un pequeño armario y una cama con un colchón enmohecido, aunque mucho mejor que el de su celda.

Jairo buscó la salida al jardín. Le costó dar con ella. No recordaba que Zacarías le hubiese dicho dónde estaba. Se asomó a la ventana de la habitación, que daba a la calle. Así que debía estar en algún lugar del salón. De hecho, veía un hermoso jardín muy cuidado por las ventanas de la cámara principal, pero pensó que pertenecía a otra vivienda. Así que buscó por el suelo y notó que existía una especie de trampilla en la madera. Sonrió de satisfacción y tiró de una argolla escondida bajo una tupida alfombra que daba cobijo a una galaxia entera de ácaros. La portezuela se abrió sin demasiado esfuerzo dejando el paso libre a una escalera. Jairo bajó y descubrió un oasis en medio de la ciudad. Era como un jardín secreto con plantas que nunca antes había visto. Una flecha señalaba a un libro que descansaba sobre una piedra. Jairo se acercó y vio que eran las instrucciones para cuidar del jardín. Lo estuvo hojeando y se percató de que tendría que dedicarle al vergel bastante tiempo cada día. Se acordó del viejo falsificador y sonrió negando con la cabeza antes de volver al interior del apartamento.

La mañana era soleada y la humedad hacía que los treinta grados pareciesen que llevara instalado un dispositivo de riego gota a gota dentro de la camiseta. Al final había optado por no llamar por teléfono y presentarse directamente en la floristería. Estudió en una parada de autobuses el mapa de la ciudad y el trayecto que realizaba cada línea. Vio uno que le iba más o menos bien y no tuvo la necesidad de comprobar más rutas. Tenía la esperanza de conseguir aquel trabajo. De una manera accidental había topado con la labor que quería desempeñar el resto de su vida y nada ni nadie iba a evitarlo.

Estaba nervioso por el acontecimiento y tuvo que aguardar a que no hubiese ningún cliente en la tienda. Contaba los segundos en voz baja para calmarse y, cuando salió un señor con un enorme ramo de margaritas, decidió entrar en la floristería. Antes se detuvo de nuevo en las plantas y flores que había fuera y repitió el mismo ritual del día que salió de prisión. Pero esta vez la florista no se unió a su liturgia. El tiempo se detuvo y no le importó que un par de clientes se colaran en el local. Minutos después, cuando intentaba comprender la majestuosidad y belleza de cuatro orquídeas blancas que nacían de un mismo tallo y luchaban en silencio por destacar más que el resto de sus hermanas, apareció la mujer.

—Pensaba que te habías olvidado.

—Son preciosas. ¿Usted cree que sufren?

La mujer se quedó parada. No esperaba aquella pregunta.

Jairo la miró como un niño perdido en una estación.

—¿Cree que sienten rabia o celos?

Un sentimiento maternal embargó a la mujer y le ocasionó un nudo en la garganta. No sabía cómo iba a decirle a aquel ser extraño que iba a darle el puesto a otro.

—No lo creo. Sentir, sienten. Incluso pueden reaccionar para reparar una herida en el tallo. Y, según leí en algún sitio, tienen memoria. Aunque olviden el invierno...

Jairo no podía dejar de mirar a la mujer. Después de aquellas orquídeas, era lo más precioso que existía en su mundo actual.

—¿Tienes experiencia con las flores?

—Ninguna —contestó Jairo sin dejar de mirar a la florista—. Pero no importa. No va a darme el puesto, ¿no es así?

La tendera no sabía cómo reaccionar. No encontró las palabras adecuadas hasta pasados unos instantes.

—Lo siento. Se lo he dado a otra persona. Es una historia muy larga. Una amiga me ha pedido un favor y no he sabido decir que no.

—No pasa nada. Es normal.

Jairo intentaba que la decepción no se reflejara en su rostro.

—No creo que dure demasiado.

—¿El qué?

—El hijo de mi amiga. Es un holgazán y se cansará enseguida.

—¡Ah, vale!

Jairo se pasó la mano por la cabeza como si intentara atrapar la esperanza, que se disponía a volar. Luego dibujó una mueca que debía parecer una sonrisa.

—Déjame tu teléfono y, cuando quede el puesto vacante de nuevo, te aviso.

Jairo había dispuesto que aquello pudiera suceder y le alcanzó a la mujer un papel con los datos anotados a boli.

—Estudiaré un poco. La próxima vez estaré preparado.

La florista arqueó una ceja y la sonrisa.

El gesto alzó olas de vital entusiasmo que le desataron sensaciones hipoglucémicas. Jairo cerró los ojos para conservar aquella imagen. Cuando volvió a abrirlos, no pudo dejar de mirar a la mujer.

—Deja de mirarme así. Es embarazoso —dijo la florista leyendo los datos en la nota que sujetaba en las manos—, Jairo. Curioso nombre.

—Mis amigos me llaman Boo.

—Suenan a susto —bromeó la florista—. Yo soy Rosa.

—Rosa —repitió Jairo—. No podías tener otro nombre.

La florista rompió a reír ante el sonrojo de Boo.

—Las posibilidades eran numerosas. Me llamo Rosa por mi abuela materna. La fundadora de este negocio —dijo señalando a la tienda—. Pero ¿tú de dónde has salido? Eres una especie de niño atrapado en el cuerpo de un hombre. Y... —añadió señalándolo con la palma de la mano abierta— tienes la mirada más camaleónica que he visto nunca. Contiene todas las tempestades y todos los registros posibles de delicadeza e inocencia. Es algo tan maravilloso como inquietante.

—De la cárcel, Rosa. Entré siendo casi un niño.

—Oh, debe de haber sido horrible —dijo la florista—. No serás un monstruo, ¿verdad?

—Todos llevamos uno dentro —confesó Jairo que, al ver la mueca de horror que se dibujaba en el rostro de la mujer, añadió—: Aunque no soy ningún loco ni un depravado. Puedes estar tranquila. Sería incapaz de hacerle daño a alguien que no se lo mereciese.

El comentario suavizó el pavor que sentía la florista, pero no le resultó del todo convincente.

—No sé si eso me tranquiliza —ironizó.

Jairo no pilló la broma.

—No quiero robarle más tiempo. Será mejor que me vaya —dijo mirando a un par de tipos que se acercaron al expositor de plantas. A Boo no le dieron buena espina. La trena estaba llena de sujetos como aquellos.

Rosa descubrió a los visitantes e hizo una mueca de fastidio.

—No son clientes. Quieren otra cosa que nunca conseguirán. Al menos mientras yo viva. Será mejor que te vayas.

—¿Algún problema? Si lo prefieres, puedo quedarme.

—Yo me encargo, no te preocupes —dijo la florista dejando a Jairo para acercarse a los dos tipos.

Boo prefirió mantenerse al margen, pero vigilante por si las cosas se ponían feas. Miró al otro lado de la calle y le pareció descubrir al mismo tipo que lo siguió el día anterior en Santa Coloma.

—¡Mierda! —dijo para sí mismo mientras se pasaba la mano por la nuca. Tenía que pensar algo rápido. No quería dejar a la florista sola, así que hizo como si no se hubiese dado cuenta de la presencia al otro lado de la calle y se dijo que ya solucionaría luego aquel problema.

Jairo observó cómo Rosa discutía con los dos tipos. La discusión fue subiendo de tono. Aunque los dos hombres seguían impertérritos, Boo notó cómo se iban crispando sus nervios y apretaban los dientes para que la furia que provocaba la valentía y tozudez de la florista no se desbordara. Jairo era consciente de que los avisos se agotarían y, tarde o temprano, aquellos tipos escogerían otro camino. Tan solo dependía de la entidad de su misión. Porque estaba claro que sujetos como aquellos no soltarían a su presa hasta que no consiguiesen lo que perseguían.

En esas, uno de los tipos miró al otro que, tras recibir el visto bueno con un gesto de su compañero, hizo como que cometía una torpeza y tiró varios tuestos al suelo.

Jairo fue a intervenir, pero Rosa, que enrolló los papeles que recibió del otro matón, le sacudió sin remilgos al que había tirado las plantas al suelo. A los dos hombres parecía que les divertía la reacción de la mujer y abandonaron la floristería entre comentarios poco educados.

Jairo decidió seguir a la pareja de tipejos. Con un poco de suerte, mataría dos pájaros de un tiro. Lo que no esperaba era que los dos matones se subieran a un coche parado en doble fila, así que tuvo que improvisar. Con disimulo, vio que el tipo que lo seguía estaba a menos de cincuenta metros. Su cerebro se puso a trabajar a marchas forzadas. Tendría que actuar rápido si quería que sus cálculos tuvieran éxito. Cogió un ramo preparado que había en un cubo sin que la florista se diera cuenta y se dirigió a los dos hombres que se disponían a subirse al coche. Tuvo que gritarles para que se detuvieran. Ambos se miraron sin entender nada y, al gesto de uno, se dispusieron a meterse en el vehículo. Jairo tuvo que darse prisa y, antes de que el copiloto cerrase la puerta, metió el ramo de flores silvestres en el coche.

—Se olvida de las flores, señor —gritó Jairo casi sin aliento.

El individuo lo miró con cara de pocos amigos, y el conductor, que se disponía a arrancar el motor, soltó una risita burlona que exasperó al compañero.

—Te equivocas —dijo el matón con frialdad y apretando los dientes.

—Le aseguro que no, señor. Los acaba de encargar para usted ese caballero de allí —añadió Jairo señalando al tipo que lo seguía desde el día anterior—. Además, me ha dado un mensaje. Pero supongo que querrá escucharlo en privado. Es oral y un poco subido de tono —continuó con una sonrisa cómplice y un guiño.

El conductor no pudo reprimir soltar una carcajada ridícula ante la incredulidad de su compañero, que tuvo que hacer un esfuerzo para no perder la templanza que exhibía. Luego, tras dedicar una mirada glacial a su colega que le congeló la sonrisa, miró a Boo, se acomodó en su asiento, cogió el ramo de flores y se lo llevó a la nariz para captar el aroma que desprendían. Tras ello, hizo un gesto y el conductor se bajó del vehículo y se alejó a una distancia prudencial. El tipo se cruzó de piernas, cogió un cigarrillo, le puso una boquilla y lo encendió. Tras expulsar la bocanada de humo, dijo:

—Si se trata de una broma, te aseguro que te vas a arrepentir.

A Jairo su instinto le decía que aquel individuo le traería problemas. Olía a madero. Tal vez lo había sido en el pasado. Si lo era en la actualidad, lo compaginaba con el pluriempleo de matón a sueldo. Después, sin perder la sonrisa impostora de inocencia, miró de reojo al hombre que lo seguía y que disimulaba mirando el escaparate de una tienda, y aguantó la mirada del tipo que quería parecer duro. El examen al que sometía a los dos hombres del coche le aportaba bastante información. Aunque los datos no le ofrecieron muchas esperanzas, sabía que trataba con gente sin escrúpulos. Le infundía confianza y temor conocer a qué se exponía y, sobre todo, a qué se enfrentaba Rosa.

—No es ninguna broma, señor. Dios me libre —dijo Boo con una frialdad que bajaba su ritmo cardiaco y queriendo parecer asustado.

El tipo, con unos ojos que parecían los del águila calva del emblema americano: claros y veteados con trazas que daban la impresión de ser amarillas, hizo un gesto al conductor, que se dirigió en busca del hombre que seguía a Jairo, y ordenó a su interlocutor:

—Dispara.

—¿Cómo?

Jairo hizo un gesto como que no sabía de qué iba la cosa.

—Que me des ese maldito mensaje.

—¡Ah, vale! Pues ese señor me ha pedido que le diga que está meando fuera de tiesto y que ni se le ocurra volver a poner un pie en esa floristería —soltó Jairo, que, con una breve transformación gélida en su rostro que no pasó desapercibida al otro, añadió acompañado de un gesto italiano con la mano—: *Capisci?*

Los ojos del matón se endurecieron. El hombre, sin perder los nervios, dio una profunda calada al cigarro y expulsó el humo a la cara de Boo.

—Lo de *capisci* y el gesto es que me ha exigido el caballero que no lo olvidase —se excusó Jairo.

Justo en aquel preciso instante, el chófer indicaba al tipo que seguía a Jairo que se metiera en el asiento de atrás del coche. El cañón de la pistola que llevaba pegado a las lumbares era una invitación de lo más convincente.

—¿Quién te envía? —dijo el tipo duro que fumaba. Ahora aguantaba el humo dentro.

—¿De qué coño va esto? Soy detective privado. Y no puedo desvelar datos de mi cliente.

El tipo miró al recién llegado por el retrovisor interno del coche. Jairo contemplaba la situación, haciendo como el

que espera que lo despidan con una propina. Por un lado, no entendía quién había contratado a un detective privado para que lo siguiera. Y, por el otro, la escena le recordaba a una película del oeste y ahora disfrutaba del prelude de un duelo a muerte.

—Un pajarito me ha dicho que estás metiendo la nariz donde no te llaman —dijo con desprecio el sujeto que fumaba.

El recién llegado estuvo a punto de reírse en su cara, pero no quiso precipitar las cosas.

—Tu pajarito no debe ser muy listo —replicó.

El hombre volvió a enfocarlo con aquella translúcida mirada y dio otra calada prolongada al cigarro. Aguantó de nuevo el humo en la boca y, cuando el visitante creyó que se lo había tragado, lo expulsó poco a poco por la nariz.

Mientras tanto, Jairo pensaba en cómo salir de aquel atolladero antes de que descubriesen el engaño.

—Hazme un favor y, de paso, háztelo a ti y a tus amigos. —El tipo tiró la ceniza al suelo por la ventanilla y acercó la punta del cigarro a sus ojos con extrema lentitud. Si intentaba demostrar que dominaba la situación, lo estaba consiguiendo—. Estás avisado —añadió el pistolero lanzando a la calle la colilla—. Ah, y una última cosa. Nunca suelo avisar. Tómalo como una deferencia. —El hombre se bajó del coche, se sentó al lado del detective privado y, sin mirarlo, dijo mientras activaba el mecanismo de una navaja automática—: Ya sabes qué ocurrirá la próxima vez.

El visitante, aunque lo intentó, no pudo disimular la ola de terror que invadió su ser.

El chófer se bajó del coche sin perder de vista al ya no tan recién llegado y con un gesto lo invitó a que abandonara el vehículo y desapareciese de allí.

—No se te olvide decirle a quien te envía que no es bueno meterse en los negocios de Melitón —masculló el tipo que, con un movimiento rápido, pasó la navaja por la mejilla del visitante haciéndole soltar un grito de dolor y sorpresa—. Tal vez no te quede marca. Así la próxima vez aprendes a mandar recados. Y, ahora, largo.

—Yo no he enviado ningún recado —dijo el agredido llevándose un pañuelo donde afloraba la sangre. Y no sé quién demonios es ese tal Melitón.

El tipo miró a Jairo y le apuntó con la navaja. Boo reaccionó rápido.

—¿Ahora vas a cortarle la cabeza al mensajero?

—No. Solo quiero hacerte unas preguntas —dijo el de la navaja para ganar tiempo y salir del coche. Tenía claro que estaba en desigualdad de condiciones.

Pero Jairo supo que tenía que reaccionar rápido. Con un movimiento veloz que cogió desprevenido al de la navaja, le quitó el arma de la mano y le golpeó la cabeza contra el cristal de la ventanilla. El conductor reaccionó sacando un cuchillo enorme. Jairo no consiguió imaginar dónde llevaba semejante magnitud de acero y, sin pensárselo dos veces, miró la posición de las ruedas, desactivó el freno de mano y empujó el coche calle abajo con el detective y el matón dentro. Al vehículo no le costó coger velocidad gracias a la inclinación que tenía la calzada. El chófer dudó entre ayudar a su jefe o atacar con el descomunal acero a Jairo.

—Tu jefe se va a enfadar mucho si no le ayudas —dijo Jairo como si su contrincante empuñara un algodón de azúcar en vez de una cimitarra.

El tipo ya no tan duro miró el coche que se alejaba. Se abrió una puerta, y el detective abandonó el coche lanzándose contra el asfalto. El vehículo se aproximaba a un cruce con el semáforo cerrado y el del alfanje se lanzó a correr tras el coche.

Jairo aprovechó para desaparecer de allí, pero antes contempló cómo el coche se estrellaba contra un camión de cerveza y un montón de cajas del preciado líquido amarillo se precipitaron sobre el auto a la vez que el chófer llegaba al lugar del accidente, abrió la puerta de atrás y rescataba al matón dolorido. Mientras, el detective magullado en el suelo intentaba incorporarse.

Regreso y planes

Boo estuvo atareado los siguientes días en familiarizarse y ocuparse del jardín y de paso formarse en los secretos de la jardinería. Empezó por habituarse a las instrucciones escritas en el libro y profundizar en cuándo era la época de siembra de cada semilla, el modo de regarla, el tiempo que debían exponerse al sol o a la sombra, el trabajo de poda y cómo confeccionar ramos. Solo salía para abastecerse de lo necesario y, cuando lo hacía, extremaba las precauciones. No había ni rastro del detective. Suponía que todavía estaría convaleciente o, con un poco de suerte, no había averiguado dónde se escondía. También llamó a Rosa, le preocupaba que los matones lo vincularan con ella, pero la florista no dio muestras de que así fuese. Sí le comunicó que sus sospechas sobre el hijo de su amiga eran fundadas y que, seguramente, en unos días lo llamaría para ofrecerle el puesto.

El tiempo pasaba rápido y solo contestaba el teléfono por si era Rosa. Despachó a Zacarías un par de veces. A la tercera se presentó en el piso con otro invitado. Era Lisandro. Pasaba por otra recaída y había acudido al viejo falsificador para que le ayudase a superar sus adicciones o, como él solía decir, intoxicarse de mundanal vida durante un tiempo. El suficiente para volver a escapar de la realidad.

Fueron a comer a un local cercano y se pusieron al día de sus respectivas vidas. Lisandro no entendía cómo llevaba tanto tiempo sin pasar por la cárcel. No quería aceptar que era gracias a las influencias que tenía el nuevo novio de su madre y lo achacaba a que por fin le sonreía la suerte.

—¿Y quién demonios es el nuevo novio de tu madre? —se interesó Zacarías.

—Un tipo muy cachondo que trabaja en los juzgados y conoce a muchos jueces —dijo Lisandro mirando directamente a Jairo, que abrió mucho los ojos—. Además es un parlanchín y se vanagloria de su suerte. Dice que sin él los jueces que están metidos en asuntos turbios no serían nada.

—¿No es un poco bocazas? —insistió el viejo falsificador.

—Tal vez. Seguramente sí. Pero está claro que algo de lo que dice es verdad. —Lisandro se enderezó en la silla buscando un espacio más confidencial y, bajando la voz, añadió—: Dice que un grupo de jueces tienen una especie de cónclave y hacen lo que les da la gana impunemente. Ahora mueven los hilos para pegar un pelotazo urbanístico en el centro mismo de Barcelona. Se ve que mueve mucha pasta. Las olimpiadas han sido el escaparate perfecto para que la ciudad reciba oleadas de turistas en los próximos años y quieren sacar tajada. Hay mucha gente importante implicada y el grupo de jueces lo controla todo.

Jairo se quedó blanco. Ahora entendía qué era lo que querían los matones que visitaron a Rosa. Serían los perros que iban a por el hueso que les había lanzado su amo. De nuevo, los grandes magistrados se cruzaban en su camino.

—¿Estás seguro de que no es ningún parlanchín? —preguntó Jairo.

—Seguro no. Pero algo de lo que dice es verdad. Le gusta alardear y me ha dicho que dos de los jueces, los más cabrones, son primos y controlan una mafia de dos pares de narices.

—¿Y cómo se llaman? —insistió Boo.

—¿Los jueces?

Lisandro miró a Zacarías. Había metido la pata y era demasiado tarde para rectificar.

A Jairo no le pasaron desapercibidas las maniobras de su amigo.

—No te va a gustar —añadió Lisandro—. Es un apellido muy conocido para ti.

—Dispara —exigió Boo.

—Ricardo Portales. Es el hijo del juez al que le rebanaste el cuello.

Jairo no hizo un solo gesto de sorpresa, aunque en su interior se abrió una antigua herida.

—Debería estarte agradecido por lo que hiciste con el cabrón de su padre —dijo Zacarías intentando quitar hierro al asunto.

—El primo es hijo de un pez gordo. Un falangista con mucho poder en los pasillos de la Moncloa. Tiene un nombre muy curioso...

—Justino Sobrán Leyes —dijo Jairo.

—Exacto. ¿Cómo lo sabes?

—Esos nombres aparecen una y otra vez en mis múltiples expedientes judiciales.

—Ahora deben tener asuntos más importantes y, por suerte, se han olvidado de ti —terció Zacarías.

—No lo sé. Tal vez —soltó Boo, y explicó lo ocurrido en la floristería unos días antes.

Los otros dos se quedaron de piedra.

—Será mejor que no te metas, Boo —aconsejó el viejo falsificador—. Ya sabes que no tienes nada que hacer contra esos tipos. Son muy poderosos y pueden joderte lo que te queda de vida.

—Si el novio de mi madre tiene solo una pizca de razón, deberías hacer caso de lo que dice Zacarías. No podrás hacer nada.

Jairo apuró la cerveza que le quedaba en el botellín y continuó arrancando la etiqueta del envase.

—Seguramente tenéis razón —dijo para tranquilizar a sus amigos—. Pero, entonces, ¿qué cojones quiere de mí ese detective privado?

El viejo falsificador y Lisandro se miraron sin decir nada y luego hicieron lo propio con su amigo común.

—Será mejor que espere acontecimientos —añadió Jairo.

—Ya, claro... —dijo Zacarías incrédulo.

Lisandro soltó una risotada irónica.

—Es cierto —declaró Boo—. Mejor mantenerme al margen. Tenéis razón. Punto y pelota.

—Ni se te ocurra hacer nada —rogó Zacarías poniendo la mano sobre el brazo de Jairo—. Esos tipos pueden ser muy peligrosos y no se detendrán ante nadie. Menos aún contra un pobre diablo que acaba de salir del talego.

—No me cabe la menor duda —aseguró Jairo.

—¿Y por qué narices sospechamos que vas a intentarlo? —preguntó con una mueca Lisandro.

Jairo miró a los dos amigos. Quería ganar tiempo para pensar qué iba a hacer. El sentimiento que crecía en su interior, y le empujaba a actuar por mucho que supiese que era un suicidio, se hacía fuerte y apartaba a manotazos toda la lógica que pretendía apagar la insurrección. Consiguió aplacarlo cuando recordó que ahora estaba metido en otro proyecto importante: la jardinería. Como persona metódica que era, dejaría para después el asunto de los jueces. A no ser que, mientras tanto, aquel camión irrumpiese en su vida y lo arrollase todo.

—Ahora mismo tengo otro proyecto. Las flores. Y no pienso hacer nada que no esté relacionado con eso —tranquilizó a sus acompañantes.

—Sabia elección —dijo Zacarías.

Lisandro sonrió. Aún desconfiaba de Jairo.

—Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, Boo —dijo con la sinceridad parapetada en sus ojos.

Jairo miró a Zacarías. Sabía que, aunque el falsificador no dijera nada, le ayudaría en lo que fuese y no aceptaría un no por respuesta.

—Ya. Ya lo sé. Pero, en serio, solo quiero construir. No es momento de destruir.

—El problema es que los tiestos donde quieres que germinen tus semillitas están en el ojo de la tormenta perfecta que tienen planeado esos jueces —explotó el falsificador ante el rubor de Jairo—. Seamos serios, Boo, por favor —añadió con un tono de enfado impostado mientras abría los brazos—. Los tres sabemos que no vas a dejar a esa florista a su suerte y, si tú no lo sabes, ya va siendo hora de que salgas de tu confusión —exigió apuntándole con el dedo—. Lo que no puede pasar es que no estés preparado. No hay posibilidades de que salgamos vivos de esta —añadió recalcando el plural—, aunque, si tomamos la iniciativa, tal vez contemos con alguna. Así que me parece muy bien que te dediques a las flores, pero ve pensando cómo podemos hacer para acabar con esos cabrones. —La mirada de Zacarías no dejaba lugar a dudas de que estaba hablando en serio—. Tú, Lisandro, consigue toda la información posible sobre esos jueces. Y, cuando digo todo, es todo. Exprime si hace falta al bocazas del novio de tu madre. Yo me dedicaré a la planificación e intendencia. Así que la creatividad es cosa tuya, Boo. Tú danos una idea y nosotros te ayudaremos a darle forma.

Jairo y Lisandro se miraron. El primero se acarició la incipiente barba, y el segundo se frotó el rostro con ambas manos ante la mirada reprobatoria del viejo falsificador.

—Lo que tú digas, Zacarías. Sin problema —aceptó Lisandro.

—Está bien. Haremos como dices —aceptó Boo—. Pensaré unas cuantas acciones para dar al traste con los planes de esos picapleitos.

Lisandro hizo un gesto de satisfacción acompañado de una frase animosa. Una suave sonrisa de suficiencia se dibujó en el rostro del viejo falsificador.

Los tres amigos se contemplaron y el silencio se hizo más denso. Los tres estallaron en unas carcajadas que pretendían alejar los temores que se cernían sobre ellos. Como una panda de rateros que están a punto de dar su primer golpe a sabiendas de que tienen a la policía pisándoles los talones.

Whisky y ron

Las vistas de la ciudad desde aquella atalaya de lujo eran increíbles. Tenía el mundo a sus pies, pero el whisky de malta de las *highlanders* que bebía rebajado en agua no conseguía apagar su sed. El sol, puntual en su cotidiano funeral en Montjuïc, se derramaba dejando una pátina de luz crepuscular y daba esplendor al paisaje donde el cemento y el alquitrán seguían su pulso imperceptible con el medio natural. Una guerra artificial y moderna que, como todas las guerras, acabaría devastando al ser humano.

Justino miró el reloj, apuró el licor y se apoyó en la balaustrada. Todo estaba saliendo como tenían pensado y, aun así, no conseguía satisfacer aquel agujero en su interior. Él sabía la respuesta a la pregunta que un día lanzó un sociólogo al hombre más importante del mundo en aquel momento: «¿Qué hace que un hombre intente acaparar toda la riqueza posible consciente de que no podrá reunirla al completo ni gastarla en una única existencia por larga que esta sea?». Era como jugar una partida de póker en la que eres consciente de que te tocarán todos los ases. Pero ¿por qué aquel sentimiento de que nada era suficiente? La supuesta contradicción le puso de mal humor. Justino se dio la vuelta dándole la espalda al paisaje justo cuando el sol se extinguía y solo quedaba su recuerdo. En ese momento se acordó del edificio que ocupaba la maldita floristería en aquella preciada isla de la ciudad. Los otros dos inmuebles que faltaban firmarían tarde o temprano, ya estaba todo encaminado, pero la propietaria del negocio de las flores se mostraba reticente y su obstinada resistencia empezaba a incomodarle. Justino soltó una maldición y volvió a apoyarse en la balaustrada. No contempló el paisaje. Sus ojos buscaban una idea escondida en el pasamanos.

—¿Qué piensas? —dijo una voz a sus espaldas.

Justino se giró. Sabía de quién era la voz, pero quería asegurarse.

—¡Mi querido primo! —dijo con un tono que contradecía la expresión—. ¿Qué te trae por aquí?

Ricardo Portales era el vivo retrato de su difunto padre. Por fuera y, por desgracia, por dentro también. Aunque había evolucionado algo más y estaba mejor preparado y rodeado. Incluso ostentaba una facilidad para embaucar que tanto bien le había hecho a Justino Sobrán Leyes.

—Ya casi tenemos cerrada la venta de los edificios del ensanche, cerca de la Modelo.

—¿Casi?

—Sí. Tenemos fecha en el notario.

—¿Hay novedades con la florista? —se interesó consciente de que todas las acciones que habían emprendido hasta el momento fueron un completo fracaso. Lo hacía más que nada para borrar la sonrisa de suficiencia que se dibujaba en el rostro cetrino de su primo.

—No. Todavía nada. Los hombres de Melitón se encontraron con un pequeño contratiempo.

—Que lo arreglen. Da igual cómo. Para eso les pagamos.

—Creo que no sería buena idea —devolvió el golpe Ricardo mientras se quitaba las gafas oscuras para enfocar los ojos furiosos de Justino—. Es el último inmueble y hasta ahora todo ha sido bastante limpio. No podemos llamar la atención. Además sabes que tenemos que solucionar el tema de la titularidad antes.

—Si hubieses hecho bien tu trabajo, ahora no estaríamos en esta situación.

—No encontramos ningún hilo del que tirar en la vida de esa florista. Lo sabes tan bien como yo. Y al que falta por firmar de los otros tres propietarios de la finca donde está la floristería parece que se lo ha tragado la tierra. Pero tú insistes en echarme siempre la culpa de lo que no sale como a ti te gusta.

—Crece de una puta vez, Ricardito. Si no te metieras en todas las bragas de baja estofa de la ciudad como tu padre, otro gallo nos cantaría.

El juez Portales impidió que una blasfemia se precipitase de sus labios y convirtió el gesto en una sonrisa truncada.

—Hablando de él... ¿Sabes quién está en la calle?

—No, pero juraría que vas a decírmelo.

—Jairo de la Cruz.

—¿El que mató a tu padre?

—El mismo.

—Pensaba que le habías hecho la vida imposible y estaba muerto o pudriéndose entre rejas.

—Un olvido de última hora. Además le ha salido un poderoso benefactor.

—Déjalo tranquilo —Justino leyó las intenciones de Ricardo—. Como has dicho hace un momento, es mejor no llamar la atención. ¿Quién es el poderoso benefactor?

—Déjame aplastar a esa cucaracha. No ocupará ni una maldita esquila en el diario.

—Investígalo y tenlo vigilado. Pero abstente de hacerle mal alguno. Tal vez pueda sernos útil en un futuro. Siempre es bueno tener un cabeza de turco. Nunca se sabe...

La idea hizo que los ojos de Ricardo se iluminasen con unas ansias de venganza renovadas. El juez recordó lo sucedido después de la muerte de su padre. Vivir toda la adolescencia con una madre a la que la desaparición de su progenitor fue un billete solo de ida a la locura a la que ya estaba predispuesta y, cuando la enfermedad logró que la internaran en un sanatorio, pasar a la tutela de un tío que veía en él la mismísima imagen de su fracaso como hermano y lo trataba de la misma forma que lo hacía ahora su primo. Años en los que no le faltó de nada y de todo.

Las palabras de Justino lo devolvieron a la conversación.

—No me has dicho de quién se trata ese benefactor.

—Estoy en ello —dijo sin más explicaciones—. Pero contéstame una pregunta: ¿por qué odias tanto a Jairo de la Cruz? Ni a ti ni a tu padre os hizo nada.

—Ya lo sabes. Te lo hemos dicho mil veces. Nuestro abuelo solo le pidió una cosa a mi padre: que cuidara de su hermana. Sabía que era débil y que necesitaría su protección y tu padre no fue lo suficientemente capaz de hacerlo.

Era cierto que Ricardo había escuchado mil veces aquella excusa. Pero intuía que existía algo más que posiblemente ni el propio Justino supiera. Quizá se tratara de un secreto que solo el mismísimo patriarca de los Sobrán conociese.

—Sí, es cierto —afirmó el juez Portales—. Supongo que es un poderoso motivo. El único fracaso de tu padre —dijo recalcando el lazo sanguíneo.

—Y de tu tío, que se ha ocupado siempre de ti y tienes que agradecerle el estar donde estás.

—Tranquilo, primo. No se me olvida. ¿Cómo iba a hacerlo? —obvió añadir: «si me lo recuerdas cada vez que tienes ocasión».

Justino miró con desconfianza al juez Portales.

—Entonces, ¿a qué has venido?

—Hice como me dijiste. Casi todos los jueces que me indicaste han aceptado tu propuesta y están de nuestro lado.

—¿Quién se ha negado?

—El juez Miraflores y la jueza Saldaña.

—¿Supondrán algún problema?

—No creo. Pero los tendremos vigilados por si acaso.

—La gente que busca el bien común siempre es un incordio. Moveré los hilos para que les den un destino más acorde con su condición —dijo Justino cogiendo un cigarro y rellenándose el vaso. No le ofreció a Ricardo, que observó toda la operación con la esperanza de que le pusiera una copa, por mucho que supiese que nunca llegaría—. Aun así, no les quites los ojos de encima.

—No creo que quieran tener a toda la judicatura en contra. Pueden ser todo lo idealistas que quieran y tener muchos valores, pero no son tontos.

—Imaginaba que esos dos no colaborarían con nuestro proyecto. Vienen de la plebe y seguro que buscan «reparar» todo lo que puedan. Es su palabra favorita y quieren cambiar el brazo judicial desde dentro. Mucho cuidado con ellos. Son lobos con piel de cordero.

—Todavía es justicia de sangre. Los lazos familiares son profundos, fuertes y poderosos. Nada va a cambiar.

—No, porque no lo vamos a consentir. O las nuevas generaciones se adaptan a lo que hay o no lo tendrán nada fácil. Yo he oído decir a la jueza Saldaña que la transición fue un pacto de silencio y de desmemoria; y el juez Miraflores, siempre que puede, cita al periodista rojo ese que mantiene que los vencidos perdonaron a los vencedores.

—Los vencederos siempre hemos sido los mismos. Desde siempre. Y ni ellos ni nadie lo va a cambiar nunca. Deja que diga lo que quiera. Así parece que somos globales, justos y democráticos.

—A mí me ponen de los nervios —dijo Justino saboreando el whisky puro de malta macerado en barrica de roble—. No los soporto, es superior a mis fuerzas.

—Tranquilo, mi querido primo. Todo seguirá igual. No puede ser de otra manera.

La seguridad que exhibía Ricardo Portales exasperaba a Justino.

—Tiene que parecer que el mundo está cambiando —continuó—. Y para eso nos son útiles los mequetrefes como la jueza Saldaña y el juez Miraflores. Nos hacen un favor.

—Pero atraen el foco. Y a nosotros nos interesa la oscuridad.

Ricardo sonrió.

—¿No vas a invitarme a una copa? Tiene una pinta estupenda.

Justino chasqueó los labios y, con un gesto de complacencia, dio luz verde para que el hijo de su única tía se sirviese el licor.

—No está hecha la miel para la boca del cerdo, así que cuidado. Échale un poco de agua y podrás notar la sutileza de los contrastes —dijo sin poder evitar la recomendación.

El juez Portales agitó el licor y se lo llevó a la nariz antes de probarlo. Después, encendió un cigarro de su cajetilla de tabaco inglés que contaba con dos compartimentos separados.

—Es bueno, pero me gusta más el ron.

Justino hizo un gesto arrogante.

—Eres un desagradecido —masculló entre dientes—. Si has acabado, será mejor que te marches. Mis invitados deben de estar al caer.

Ricardo le dio una profunda calada al cigarro y, con una mirada cargada de sentimientos encontrados, apuró la copa de un trago y dijo:

—Mi ron especial no necesita agua. Quizás si mezclara este brebaje con una cola mejoraría un poco.

El juez Portales sonrió por la ocurrencia mientras se deleitaba comprobando cómo su primo lidiaba para reprimir la ira que amenazaba con inundar su interior.

—Vete a tu lupanar preferido a envenenarte con ron de mala calidad y sexo barato. Al final tendré que reconocer que ese Jairo de la Cruz le hizo un favor a nuestra familia.

Ricardo sonrió mordiéndose los labios y apretando los puños. Aquel engreído necesitaba que alguien le diera un merecido correctivo. Hizo un gesto con la cabeza como despedida y se marchó de allí. No miró atrás para no descubrir la sonrisa de satisfacción de su primo.

Justino no pudo evitar ponerse una tercera copa de whisky. Aunque se había puesto el límite de dos, la visita de Ricardo Portales lo crispó y necesitaba templar sus nervios para la cena que tenía con el concejal de urbanismo y su esposa.

El juez estuvo conduciendo por la ciudad para intentar olvidar lo sucedido en casa de Justino Sobrán Leyes. Cuando creyó que lo había conseguido, entró en un burdel de la calle Muntaner y pidió su botella al camarero.

Ninguna de las prostitutas presentes se le acercó para que la invitase a una copa. Ricardo, que en un principio no se percató del terror que provocaba en las chicas, se sirvió un buen trago y lo apuró de un golpe. Las mujeres que había en el local no lo sabían, pero aquella actitud de pavor ante la presencia del juez aumentaba el deseo de Ricardo, que se levantó del taburete y fue de inspección entre las chicas que no estaban acompañadas de un cliente. Lo hizo con lentitud, recreándose con el grado de terror que expresaban los ojos de las muchachas.

Al final, y después de unos minutos que se hicieron eternos, cogió de la mano a la pieza que juzgó más delicada y la arrastró por detrás de las cortinas que separaban el salón de las habitaciones. Una mujer de edad indefinida que se escondía detrás de una careta de maquillaje le guiñó el ojo a Ricardo y le indicó una habitación al fondo del pasillo. La muchacha rogó con la mirada a la *madame*, pero solo consiguió que esta la azotara con los ojos.

Ricardo Portales, nada más entrar y cerrar la puerta a sus espaldas, cogió el rostro de la mujer entre sus manos mientras salivaba con devoción y su respiración se iba haciendo más profunda y descompasada. Miró a la muchacha y, con los pulgares, le corrió el maquillaje de los ojos y la boca mientras unas lágrimas nuevas amenazaban con precipitarse.

—No te pases, Ricardo, por favor te lo ruego —consiguió gemir la mujer—. La última vez tuve que estar tres días sin poder trabajar.

El juez enjugó las lágrimas de la mujer con la lengua, luego le cogió una mano y se la llevó a su miembro antes de que perdiese la erección. Acto seguido la cogió del pelo. El grito de la mujer hizo que la erección se acentuase y la obligó a arrodillarse ante sus pies. La mujer le liberó de lo que oprimía el pene del juez y comenzó a succionar con frenesí. Sabía que, si el miembro perdía grandeza, la ira del juez caería sobre ella.

Contratos, razones y planes

Los latigazos del otoño se notaban en el jardín que Jairo custodiaba. Desterraban al agónico verano, que daba sus últimos coletazos. Boo se manejaba mucho mejor con las herramientas y el resto de aspectos relacionados con su labor. Incluso comprendía sin ninguna dificultad todo lo que salía en el libro de instrucciones, que era un manual muy detallado y preciso. Decidió que había llegado el momento de elegir los bulbos de la temporada, preparar y realizar las plantaciones de los arbustos indicados, sembrar las hortalizas anotadas, las de clima más fresco, y hacer los semilleros: sobre todo, en primer lugar, los de vivaces de floración temprana. Después sería el turno de las bienales, como el pensamiento, el alhelí y la caléndula. Aquellas labores, sin ser excesivamente complicadas, le aportaban sosiego. Nunca antes se había sentido tan en paz.

Durante esos días descubrió una anotación muy curiosa en uno de los múltiples libros de jardinería que había en el apartamento. Estaba hecha a mano, a lápiz y juraría que era distinta a la que aparecía en algunas anotaciones del libro de instrucciones. Le llamó mucho la atención por su forma de casco de hoplita y buscó más información sobre la flor. Era preciosa. Tanto como enigmática. También dejó un marcapáginas en el libro para encontrar la entrada con facilidad.

El martes por la mañana sonó el teléfono. Era Rosa. El hijo de su amiga no se había presentado a trabajar desde el lunes y en esa semana el trabajo aumentaba considerablemente. Le propuso empezar a trabajar en la tienda de inmediato y Jairo aceptó la oferta. Esa misma tarde comenzaría su primera etapa laboral.

A Lisandro y Zacarías, que acudieron al apartamento, les contó con ilusión púber la noticia que acababan de darle. Aprovecharon para hablar del que era el objetivo principal de su cita: ponerse al día de los logros que cada uno había conseguido en sus respectivos cometidos para salvaguardar la floristería de Rosa y estropearle los planes a Justino Sobrán Leyes y Ricardo Portales Sobrán.

Lisandro explicó que en la manzana donde tenían puestos los ojos y las manos los jueces solo quedaban tres fincas que no hubiesen vendido y, dos de ellas, cerrarían la transacción en los próximos días. Únicamente quedaría el inmueble de Rosa. Los jueces aún no habían apretado mucho las tuercas a la florista porque la titularidad de la finca era un tema complicado que tenían que solucionar antes. Solo por eso no fueron más expeditivos con ella. También el no querer llamar mucho la atención. Aquellas circunstancias demorarían una acción más contundente, aunque no la evitarían. La propiedad era una herencia que recibió Rosa. Al no haber testamento, también había tres personas más que tenían derechos por ley. Renunciaron de palabra hacía unos cuantos años y la dejaron en manos de Rosa, que además figuraba como usufructuaria, pero para una transacción legal tendrían que vender su parte. Los jueces habían localizado a dos de ellos y consiguieron, después de innumerables esfuerzos y extorsión, lograr su firma. Quedaba tan solo uno por aparecer y no tenían ni idea de dónde se hallaba.

Al escuchar el relato de Lisandro, el cerebro de Jairo se puso a trabajar a marchas forzadas. Al rato, se le abrieron mucho los ojos.

Tenía una idea.

Y era, sin lugar a dudas, la mejor que se le había ocurrido hasta ahora.

Antes de exponerla al resto de compañeros, le fue dando forma. Cuando creyó que podía ser válida, se la explicó a Zacarías y a Lisandro, que sonrieron de satisfacción. Era un plan brillante.

—Dime una cosa, Boo —solicitó Lisandro—, ¿por qué unos tipos como nosotros nos enfrentamos a esos jueces corruptos y mafiosos sabiendo que tenemos poco o nada que hacer?

—Porque somos unos ilusos —se adelantó Zacarías.

—Y porque alguien tiene que enfrentarse a esa gentuza que se protege en las sombras del poder y los lazos de sangre.

—Elemental, mi querido Alonso Quijano —soltó Lisandro.

—No soy ningún Quijote por muy pura y descabellada que sea la causa de nuestra misión. Aunque te aseguro que no me temblará el pulso para acabar con ninguno de esos malnacidos y sacarles el corazón con mis propias manos si es necesario. Ellos mataron a mi madre. Por ser ella. Por no agachar la cabeza ante una sociedad intolerante y tradicional que veía un insulto a sus normas no escritas en la gente como mi madre. Solo por eso. Y por ser una mujer bella, soltera, que no tenía miedo y que llamaba a las cosas por su nombre. Ese fue su pecado. Y ambos

hemos pagado un precio muy alto. No voy a consentir que hagan lo mismo con Rosa. Por encima de mi cadáver.

Lisandro y Zacarías miraron en silencio a Jairo mientras asentían con la cabeza.

Tras unos instantes, Lisandro dijo:

—Yo también tengo un motivo —dijo mirando, como si se avergonzara, a sus dos amigos—. Quizá guarde alguna similitud con el tuyo, Boo.

—Dispara —dijo Zacarías.

—Supongo que es por tipos como estos por los que me veo obligado a estar siempre colgado. No me gusta la realidad que nos imponen y soy muy débil para cambiarla.

—Ya decía yo que eras un rebelde anarco-narco —dijo Zacarías palmeándole la espalda—. Y, ya puestos a sincerarnos, creo que yo también tengo otra razón. Siempre me ha parecido muy divertido enfrentarse a los que controlan este cotarro del poder. Soy como tú, Lisandro, un anarco-narco. Solo que mi droga es dar por culo a esos cabrones con lo que más les mola: la pasta.

Los tres se echaron a reír complacidos de su amistad y del plan que ideaban. Luego discutieron durante un buen rato sobre la viabilidad y posibilidades de llevarlo a cabo y, cuando llegaron a un callejón sin salida al que fueron abocados por el desconocimiento de las normativas legales, dieron el plan como válido con la etiqueta de «pendiente de revisión normativa». Luego se dedicaron a pulir el plan y le fueron dando forma. No se había desviado demasiado de su génesis, y los tres hombres quedaron bastante satisfechos con todo, aunque, antes de dar el visto bueno final, tendrían que hacer las consultas pertinentes. Zacarías se encargaría de adquirir el material necesario y ponerse a trabajar en lo que mejor sabía hacer. Lisandro conseguiría la información que les faltaba y Jairo se las tendría que ingeniar para sustraer unos documentos. Necesitarían mucho dinero para llevar a cabo el plan, si es que era viable. Así que tendrían que utilizar las reservas producidas por la fábrica de moneda del viejo falsificador. Y todo en un tiempo récord.

Algodón de azúcar

Jairo cogió el mismo autobús de la ocasión anterior. Caminó con mucha cautela hasta la floristería. No le pareció que nadie lo siguiera y tampoco vio ningún vehículo sospechoso por los alrededores de la tienda.

—¿Temes que alguien te siga?

Era Rosa y tenía la sonrisa y la mirada cargadas de sorpresa. Llevaba el cabello recogido y unos rizos caían sobre un lado de su frente. A Boo le pareció la persona más luminosa que había visto en la vida. Con la atención en el entorno de la floristería, no se dio cuenta de la presencia de la dueña y se le contagió el sentimiento de asombro.

Y la luminosidad.

—Tal vez —consiguió decir—. Nunca se sabe.

La mirada y la sonrisa de Rosa mutaron. Ahora observaba a Jairo como el que analiza un virus en un microscopio.

—Eres un tipo muy extraño.

—Ya te acostumbrarás.

—¡Eso espero! —dijo dándose media vuelta para regresar a la tienda—. Te estaba esperando.

Jairo siguió sus pasos hasta que entraron en la floristería. Quedó impresionado. Era mucho más grande de lo que parecía desde fuera. Además estaba decorada con mucho gusto. Combinaba los colores pastel de las paredes con muebles antiguos de madera en estilo decapado y desplegaba un encanto muy particular. Supo que podría ser feliz en aquel local y entendió el motivo por el que Rosa no quería dar su brazo a torcer ante las presiones de los jueces.

—Es... Es un sitio precioso —consiguió decir Boo con la boca abierta de la impresión—. No se capta desde fuera, pero es maravilloso. Creo que podría quedarme observando horas y horas y no captaría todos los detalles.

Rosa siguió con la mirada el recorrido que hacía Jairo, se cruzó de brazos y sonrió de felicidad.

—Sí, la verdad es que ha quedado muy bien.

—¡Es perfecta!

Rosa soltó una carcajada ante el entusiasmo que mostraba Jairo. Luego cogió un delantal y se lo ofreció.

—Ponte esto —dijo.

Jairo lo cogió sin mirar. Había descubierto una foto en sepia de una mujer sonriente que parecía la misma imagen de Rosa. Sería de hacía muchos años. Tenía un marco de madera tallada. La mujer del retrato señalaba con ambas manos la marquesina de la tienda en una posición casi cómica.

—¿Es tu abuela?

—Sí, era una mujer increíble.

—Eres su viva imagen. Tienes su misma alegría, traspasa la foto y lo inunda todo.

Rosa se sonrojó. Ahora tenía las mejillas como un campo de amapolas en abril.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Jairo para que Rosa se recuperase—. He aprendido mucho estos últimos días, pero creo que para preparar ramos tendrás que darme unas cuantas lecciones todavía —admitió.

—Sígueme. Primero te enseñaré el establecimiento —dijo acompañando con un gesto y dirigiéndose al fondo de la tienda.

Jairo la siguió sin rechistar. Estaba todavía prendado de la delicada decoración.

—Aquí tenemos el mostrador —señaló introduciéndose por una separación—. Está partido en dos. La parte más pequeña es para la recogida de encargos y cobrar a los clientes y la parte más ancha para la entrega y preparación definitiva de los pedidos —explicó—. Eso de ahí —añadió abriendo una puerta que conectaba con una zona que parecía un depósito— es la trastienda, sirve de almacén, y al fondo está la cámara. No es muy grande, pero tienes que vigilar —dijo señalando un reloj— que esta aguja no baje de aquí —se refería a una zona coronada con un ribete rojo—. Por cierto, ¿tienes carné de conducir? Se me olvidó preguntártelo.

Jairo empalideció ligeramente. El almacén era enorme y estaba cargado de material.

—No. No sé conducir —declaró con miedo.

Rosa frunció el ceño y adoptó una pose pensativa.

—Da igual. No solemos entregar pedidos muy lejos, así que con la bicicleta con carrito bastará. Si es necesario coger la furgoneta, ya me encargaré yo. Pero estaría bien que te lo sacaras en un futuro. Conozco una autoescuela que seguro te tratarán bien y te harán descuento si vas de mi parte —parloteó la mujer.

—Claro. Ningún problema, aprendo rápido.

Pero Jairo ya tenía ciertas ideas al respecto que no le harían perder el tiempo en sacarse el permiso. Lisandro le enseñaría a conducir y Zacarías le conseguiría un carnet niquelado.

Rosa abrió la otra puerta que daba acceso a un patio de manzana enorme.

A Jairo le recordó al jardín de su apartamento.

—Es nuestro pequeño vivero. Algunas cosas las cultivamos nosotros mismos.

—Guau. Es precioso —dijo Boo—. En esto sí que he aprendido mucho. Creo que podré serte útil aquí —añadió hinchado de satisfacción.

—Por cierto —se acordó Rosa—, alguien dejó una tarjeta para ti el otro día. Me dijo que era importante.

Los dos volvieron a la tienda y la florista rebuscó la tarjeta por el mostrador donde se encontraba la caja. Cuando dio con ella, se la ofreció a Boo.

—Gracias —dijo Jairo, que leyó un nombre con una dirección y un teléfono. No había ningún dato más—. ¿Quién habrá sido?

—Era un tipo muy alto y seguro de sí mismo. Me pareció un poco presuntuoso.

—¿Se parecía en algo a los dos tipos que te molestaron la otra vez?

—No. No era de esa calaña, créeme.

—Claro. ¿Por qué no iba a hacerlo?

Rosa se volvió a sorprender.

—Es una manera de hablar.

Jairo levantó las cejas. Sospechaba quién era el tipo de la tarjeta.

—Ah, perdona —dijo pasándose una mano por la nuca—. Es que me cuesta encontrar el doble sentido a las frases.

—No te preocupes —Rosa enarcó las cejas—. Esos tipos que dices no son trigo limpio —Rosa se arrepintió de utilizar aquella frase hecha—. Disculpa, me refería a que no son buena gente, suelto sin parar frases hechas.

—No pasa nada, no te preocupes. Ya aprenderé.

—¡Será divertido!

Jairo la observó como si fuera la primera vez que la veía. Tuvo un deseo irrefrenable de besarla en los labios, pero se contuvo en el último momento.

—¿Te puedes creer que quieren obligarme a vender la tienda?

Jairo no dijo nada. Sabía cuáles eran las intenciones de los jueces Sobrán. Solo pudo asentir. Rosa estalló y le contó todos los intentos de extorsión que sufrió en los últimos meses. Hasta ahora habían sido pequeños avisos y amenazas veladas que fueron subiendo en intensidad. Rosa no dijo nada de que la finca que ocupaba la floristería fuese la última de la manzana en resistir. Jairo supuso que no lo sabía.

—¿Qué hay arriba? —consiguió preguntar.

A Rosa le extrañó la manera que tuvo su empleado de interrumpir la explicación. Ella le abría su corazón, y él solo se interesaba por lo que había encima de la floristería.

—Mi casa. No hay acceso por la floristería.

—¿Y en el tercer piso?

—Nada. Está vacío. Lo uso de trastero —dijo extrañada—. ¿A qué viene tanto interés?

—¿Toda la finca es tuya?

—Sí, se podría decir que sí. Ya te lo he dicho.

Jairo la miró y vio cómo la irritación iba ganando espacio a la decepción.

—Lo siento. Tengo un amigo que puede enterarse de cuáles son las intenciones de esos hombres. Si quieres, le pregunto.

—Ya sé cuáles son sus intenciones: ¡quedarse con mi casa y mi negocio!

—A veces es mejor conocer los objetivos que persigue esa gente para poder entender y actuar en consecuencia.

Rosa abrió mucho los ojos. Jairo no dejaba de sorprenderla.

—Vale, genio. Pues pregúntale a tu amigo —soltó con un tono que denotaba molestia— Y ahora a trabajar, que en breve llegará un pedido de material.

Después de haber finalizado el trabajo que comportaba la llegada de nuevos productos y realizar las otras tareas que le encargó Rosa, Jairo se dedicó a estudiar las plantaciones del jardín. Una fina lluvia comenzó a caer y, al poco, le embriagó el aroma a tierra mojada. Entendió enseguida el valor añadido que buscaba Rosa y sonrió alegre. Existía

una estrategia y él la había reconocido. No pasaron mucho tiempo juntos. Tan solo le pedía ayuda para que sacara algún encargo o repusiera las flores que faltaban para la elaboración de ramos. No imaginaba que acudiesen tantos clientes a la tienda siendo las fechas que eran. Las bodas y comuniones se habían acabado y, aunque estaba cerca de un hospital, no era lo bastante como para ser el protagonista de la cuota de mercado del negocio.

Jairo trabajaba en la trastienda cuando entró Rosa con una bandeja.

—No sabía qué te gustaba y he elegido un café con leche —dijo ofreciéndole un plato que sostenía la bebida—. Ya sé que no es tiempo de café con leche, pero a mí me encanta.

—Está bien, está bien. Muchas gracias. Me vendrá de maravilla.

—¿Seguro? Es del bar de enfrente. Si no te gusta, puedes ir a buscar lo que te apetezca.

—No, de verdad. Aunque estoy sudando, me lo tomaré con mucho gusto.

El comentario anegó de decepción el ánimo de Rosa, que se mordió el labio y enseñó los colmillos. A Jairo la imagen le pareció encantadora.

—No sufras. Si no lo quisiera, te lo diría.

El comentario relajó a la florista.

—Vaya. Has trabajado mucho. En un rato has hecho más que el hijo de mi amiga en dos jornadas enteras.

—Me gusta el trabajo físico. Así puedo pensar a la vez.

—¿Ah, sí? ¿Y qué piensas? —se interesó Rosa sin ser consciente de que adoptaba una postura desafiante y coqueta.

Jairo la miró con intensidad y le explicó lo que había visto en el huerto del patio de manzana y las labores que hacía en el jardín del apartamento en el que vivía.

—Cuando quieras puedes venir a verlo. Hay una zona en que no hay nada plantado y quizás puedas ayudarme a elegir qué puedo cultivar —dijo Boo sin malicia alguna.

—¿Me estás invitando a tu casa? —dijo Rosa divertida y sin cambiar de postura.

Jairo se ruborizó y casi se le cayó el café al suelo.

—Yo... No...

Rosa captó la inocencia y turbación de su empleado y soltó una carcajada.

—No te apures. Es broma. Claro que puedo echarle un ojo a ese jardín. Pero tendrás que invitarme a cenar.

Jairo no se acababa de creer lo que sucedía. Una oleada de bienestar y euforia lo embargó. Era como si un hada madrina de los cuentos que nunca leyó le perdonase y, de golpe, en su vida solo existieran ferias, algodón de azúcar y manzanas de caramelo.

—¿Eh? Claro, por supuesto. Pero yo no sé cocinar muy bien.

—No te preocupes. El viernes cuando cerremos te ayudo a preparar cualquier cosa.

Jairo le dio un buen trago al café. No se dio cuenta de que abrasaba y tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le saltaran las lágrimas. No. No era una broma. Parecía que Rosa hablaba en serio y sintió como si se hubiera subido a una montaña rusa y comenzara la lenta escalada hacia el abismo donde tendría que atrapar su corazón en la trepidante bajada si no quería que se le saliera del pecho.

—¿No te quemas? ¡Está hirviendo!

Jairo no dijo nada y mostró una sonrisa tonta. El descenso vertiginoso no apagó el calor que inundaba todo su ser. Y no era solo por el café.

Fuera, seguía lloviendo.

Tomos y timos

Boo aprovechó que tenía la mañana del jueves libre para llevar a cabo la acción que habían ideado para sustraer los documentos que necesitaban. No podía demorarlo más si no quería que el plan peligrara. Entró en la oficina pública disfrazado y maquillado y tuvo que esperar hasta que fuese su turno. Antes se familiarizó con la respectiva burocracia y de cómo se guardaba y gestionaba la información que buscaba. Zacarías le había ayudado e incluso estuvo en aquel mismo lugar unos días antes para comprobar qué era lo que tenía que falsificar.

Habían sido unos días de locos. Y el viernes estaba a la vuelta de la esquina. La cita con Rosa le puso nervioso y no paraba de guiñar los ojos. Incluso rompió un par de tastos de cerámica en la tienda y una bandeja con varios bulbos se le cayó al suelo en el apartamento. Tenía pendientes varias tareas y andaba un poco estresado. Le faltaba aplicarse a fondo para limpiar y ventilar la casa. Después de lograr su objetivo en la oficina pública, tenía pensado ir de compras para adquirir ropa y calzado. Con tantos frentes abiertos, le costaba más concentrarse en el plan que intentaría hacer explotar en mil pedazos los objetivos ocultos de los jueces. Lisandro había conseguido la información que faltaba y el plan era viable. Además ya tenían una fecha límite. Sería el lunes catorce de septiembre. Faltaban poco más de diez días y se tendrían que esforzar para tenerlo todo a punto. Zacarías estaba intratable, no paraba de trabajar en el proyecto y, sin su labor, todo sería un fracaso. En medio de aquellas reflexiones, le tocó el turno a Jairo.

Le atendió una mujer menuda con unas gafas color carey que le ocupaban casi toda la cara y a la que, al sentarse en la silla, los pies le colgaban. Tenía cierto aire de soñadora y pensó que facilitaría su labor. Jairo se mostró cortés y quiso ganarse la simpatía de la funcionaria e intercambiaron frases banales sobre el calor y la vuelta al trabajo después de las vacaciones. Luego la mujer le preguntó en qué podía servirle y Jairo le explicó lo que buscaba a la vez que le entregaba el DNI falso. La mujer sonrió y se ausentó para ir a buscar el tomo que necesitaba para resolver la solicitud de Jairo. Boo aprovechó para prepararse y estudió la mesa de la funcionaria. La superficie estaba colapsada de papeles y expedientes. Además había unas cuantas fotos, un terminal con la pantalla en blanco y negro, un lapicero lleno de bolis, clips y gomas elásticas. En fin, el lugar propicio para llevar a cabo lo que se proponía. Dejó encima de la mesa la bolsa que llevaba y esperó intentando relajarse a que regresara la funcionaria. Rosa se colaba cada dos por tres en sus pensamientos.

Al poco rato volvió la mujer con aire aburrido y la mente aún puesta en el hombre que había conocido en Tenerife. Traía las manos vacías.

—¿De qué me sonará tanto ese tomo? —pensó en voz alta la mujer.

A Jairo le pareció que un rayo de desconfianza cruzó el rostro de la funcionaria. Y mostró la sonrisa más inocente que pudo armar.

—Debe estar muy solicitado. Qué casualidad —logró decir Jairo con una sonrisa.

—Debe ser eso —dijo sin mucha alegría—. Voy a buscarlo a la mesa de mi compañero.

A Jairo le entró un sudor frío. Las cosas no estaban saliendo como esperaba. Volvió a examinar la mesa y descubrió que lo que la funcionaria buscaba lo tenía frente a sus ojos, enterrado bajo una montaña de papeles y expedientes. La primera idea que tuvo fue dar el cambiazo justo en aquel momento, pero se arriesgaba a que la funcionaria comprobara que las demás entradas no se correspondían e incluso que descubriese que la mayoría de las hojas estaban en blanco. Zacarías hubiese tardado más de dos años en hacer un trabajo tan meticuloso.

Jairo se puso a pensar a toda prisa. La funcionaria charlaba con otra compañera, así que rebuscó en el libro que guardaba y que Zacarías había elaborado, le quitó la funda que ocultaba el lomo, buscó la entrada que quería y puso el marcador en la página adecuada vigilando que nadie le mirara. La funcionaria estaba a punto de volver a la mesa, así que debía darse prisa. Pero no sabía cómo iba a rescatar el tomo original sin que nadie se percatara. Miró a la mujer y descubrió que ella también lo miraba. Ya no sonreía. La mujer se encogió de hombros, se volvió hacia su compañera, recuperó la sonrisa y siguió charlando animosamente con ella. Jairo supuso que la mujer pensaba que le recriminaba su falta de atención y pensó en cómo conseguir el tomo. Estaba a punto de esperar a que la mujer regresara y se diera cuenta de que el libro siempre había estado allí cuando las cosas se precipitaron.

Una mujer mayor a la que acompañaba una adolescente se mareó y la muchacha, que parecía ser su nieta, se puso a gritar pidiendo ayuda. La gente se giró a ver lo que pasaba y Jairo aprovechó la confusión para deslizar el tomo

falso al lado del original y, en un movimiento que no fue todo lo rápido que deseaba, pegar el cambiazo. Luego colocó como pudo la funda adhesiva en el lomo y lo guardó en la bolsa. El corazón le latía a un ritmo endiablado y cerró los ojos esperando que alguien lo señalara y le acusase de haber hecho lo que acababa de hacer.

Aunque eso no ocurrió.

La mujer mayor se recuperó y, poco a poco, todo volvió a la normalidad.

Jairo se hizo el angustiado, no tuvo que exagerar demasiado, se acercó a la funcionaria menuda y dijo:

—Lo siento, pero me tengo que ir, señorita, había olvidado una cita importante. Ya volveré en otro momento.

Gracias por su atención y disculpe las molestias.

La mujer lo miró de arriba abajo con desconfianza.

—¡Espere! —gritó la mujer cuando Jairo ya se proponía abandonar la oficina pública.

Boo se quedó helado. Todo el plan se había deshecho por su culpa. Por no poder quitarse a Rosa de la cabeza. Ni dejar de escuchar su risa y ver cómo se apartaba los rizos de la cara. Ni parar de evocar el impulso constante de besarla en los labios siempre que estaba a su lado.

—¿No se olvida algo? —dijo la funcionaria.

Jairo cerró los ojos y agachó la cabeza. Pensó en que, cuando se girara, se encontraría a la mujer pidiéndole con un gesto que le devolviera el libro. Estuvo a un tris de sacar el tomo de la bolsa y, en el instante en que iba a hacerlo, vio que la mujer le mostraba el DNI falso que le entregó. Como si fuera un árbitro irredento y le mostrara la tarjeta roja.

Jairo tragó saliva y la sangre volvió a circular por sus venas.

—¡Qué cabeza la mía! —dijo cogiendo el documento y mostrando una sonrisa vergonzosa—. Cualquier día me la dejo olvidada.

La mujer no dijo nada, lo miró como a un bicho raro y reemprendió la charla con su compañera.

Jairo no pudo respirar con normalidad hasta que no se alejó un par de cientos de metros de la oficina pública, en el bar donde le esperaban Zacarías y Lisandro.

Zacarías cogió el libro y buscó las entradas que les interesaban. Se alegró al comprobar que no sería difícil modificar las entradas sin que se notara si no era examinado por un buen perito especialista. Cogió el libro y les dijo:

—Se me ha ocurrido algo. Voy al lavabo. Boo, vas a tener que volver a la oficina e ingeniártelas para volver a dar el cambiazo.

El tono de Zacarías no admitía réplica.

—¿Cómo? No sabes lo mal que lo he pasado. Han estado a punto de pillarme. Si no llega a ser por esa mujer a la que le ha dado un patatús, no estaría aquí ahora mismo.

Zacarías sonrió. Una idea le iluminó el rostro.

—No tardaré más de cinco minutos. Ahora vuelvo.

Jairo soplaba una tila antes de tragarla cuando Zacarías regresó del lavabo.

—Ya está. Solucionado. Ya lo puedes devolver.

—Si ya lo tenemos, ¿por qué quieres devolverlo?

—Tardarán más tiempo en darse cuenta.

—Y nos arriesgamos el doble.

—Eso es cierto —rumió el viejo falsificador—. Pero tú lo harás bien —añadió entregándole el libro—. Les cuentas que se te ha olvidado algo en la mesa. Dices que es muy importante, simulas que te pones nervioso y Lisandro, mientras, monta un numerito en el mostrador. Una cortina de humo para poder cambiar de nuevo los libros. Es un plan perfecto. Nada puede salir mal.

Jairo resopló con el libro en las manos, miró a sus compañeros y volvió a la oficina pública. Esta vez Lisandro iba unos metros detrás de él.

Zacarías los esperó sentado en un banco. Estaba muy confiado en que todo iba a salir bien.

Policías, hurtos y bastones

La mañana era fresca y las nubes se habían aliado para apagar el día y descargar una tormenta violenta sobre la ciudad. Pero el sol consiguió abrirse paso a machetazos, partir el cielo en dos y arrinconar las nubes a un lado. Boo abandonó el juzgado cabizbajo. Aquellos lugares le ponían nervioso y de mal humor. Le recordaban su pasado y le empujaban a una soledad frecuentada por fantasmas.

Rebuscando en los bolsillos, encontró la tarjeta que le dio Rosa. La sostuvo en las manos y le dio unos golpecitos contra las yemas de los dedos de la otra. Al final, volvió a guardarla.

Fuera, respiró con fuerza para disolver el nudo gordiano que le obstruía el alma y le impedía hacer frente a sus asuntos. Aún no comprendía del todo por qué Zacarías se empeñaba en que devolvieran el libro sustraído. El viejo falsificador lo tenía todo ideado, pero les había ocultado la segunda parte del plan. Estaba claro que hubiese sido mejor la primera propuesta que tenían en mente: arrancar las hojas con las entradas que les interesaban y asunto terminado. Seguramente hubiese sido más difícil llevarlo a cabo: coger el libro, arrancar las hojas y devolverlo a su lugar. Pero con una aparición en el lugar de los hechos hubiese sido suficiente. No tres como hicieron: una para que Zacarías pudiera ver el tomo en cuestión y duplicarlo, otra para dar el cambiazo y la última, y en la que nada salió como esperaban, para devolverlo. Por mucho que le daba vueltas, no acababa de comprenderlo y, en cierta manera, se sentía manipulado. Zacarías no era muy dado a la improvisación. Y, aunque seguramente el viejo falsificador tenía razón y era mejor así, no podía evitar aquella sensación. Ahora entendía la fijación con dar el cambiazo. Se había guardado un as en la manga. Pero a Boo no le gustaba que le ocultasen movimientos, y menos en esas circunstancias. Sobre todo no estar seguro de comprender, sin ningún atisbo de duda, lo que estaban haciendo. Eso, si debía ser sincero, no era culpa solo de Zacarías.

Más recuperado de la visita a los juzgados, pero todavía con una sensación extraña que le circunscribía a la introspección, Boo cogió la bicicleta de los repartos y se dispuso a realizar el último encargo de la mañana. Volvía una y otra vez a su cabeza el caos que se produjo en la oficina pública del día anterior y volvió a recrearlo una vez más. Nada salió como esperaban. Aunque, cuando llegaron, el desconcierto ya reinaba en la oficina. La funcionaria que atendió a Jairo discutía acaloradamente con un grupo de personas mientras un anciano intentaba golpearla con su bastón. La mujer tenía un cristal de las gafas de color Carey roto y se mostraba indignadísima. Otra funcionaria hablaba por teléfono con la policía. Así que en unos minutos la situación se complicaría aún más. No hacía falta que Lisandro abriera otro foco de distracción en el grupo que se aglomeraba en la sala de espera. Todos estaban ensimismados contemplando lo que sucedía en el interior de la oficina. Jairo aprovechó la confusión para introducirse en el corazón de la refriega y alcanzar la mesa de la funcionaria que le atendió. Pero cuando llegó, vio que no llevaba la bolsa con el libro. Casi se desmaya del susto. La tensión hizo que se recompusiera e hizo gestos a Lisandro explicándole lo que pasaba. Lisandro descubrió a un hombre pequeño y con un traje raído que llevaba la bolsa de Jairo. Enseguida se percató de que era un carterista que aprovechó la situación para hacer su agosto. Mientras, Jairo recuperó el libro falso de la mesa de la funcionaria. Pero no tenía dónde guardarlo y, aunque la situación era propicia, resultaba sumamente arriesgado salir de la sala sin el libro oculto. Lisandro consiguió interceptar al hombre que parecía una sombra. El tipo vio que estaba perdido y quería salir cuanto antes de allí, así que no perdió el tiempo y devolvió la bolsa y su contenido a Lisandro. Jairo dejó el libro falso mientras esperaba que Lisandro le hiciera llegar el original. El carterista abandonaba la oficina justo antes de que apareciese la policía ante el disgusto y enfado de Jairo y Lisandro. Boo, con un movimiento rápido, quitó la pegatina del lomo del libro original y se lo puso al falso. Lisandro sujetaba mientras el original. Jairo guardó el falso en su bolsa. Cuando tomó el original de las manos de Lisandro se le cayó al suelo. El estruendo fue tal que, de repente, se hizo el silencio en el local y todo el mundo se giró hacia el lugar donde se originó el ruido. Lisandro y Jairo estaban clavados en el suelo con cara de circunstancias. La funcionaria le dedicó a Boo su mirada más contundente y guiñó el ojo para enfocar bien, pero algo se lo impidió. El abuelo, que era medio sordo, consiguió golpear con el bastón la cabeza de la funcionaria y el fragor de la batalla se recuperó con más ahínco aún. Lisandro y Boo aprovecharon para escapar de allí.

Lo que no sabían era que, cuando la policía controló la situación, les costó un buen rato y tuvieron que apagar varios conatos de reactivación de la trifulca, a la funcionaria le extrañó encontrar el tomo tirado en el suelo de la

oficina. Había sido un día de locos, así que lo que hizo fue comprobar de un vistazo que todo estuviese en orden y devolverlo al archivo.

Boo acabó las entregas que tenía asignadas. Esa misma noche era la cena con Rosa. Pensar en la florista y recordar la cita de aquella velada abrió una pequeña rendija en su cárcel de desolación. Como lo ocurrido en la batalla del cielo, el sol iría arrinconando a la tristeza. Aunque la ofensiva sería más lenta y no exterminaría del todo a su contrincante.

El colirrojo

Al mediodía, Boo acudió a casa para acabar de preparar el jardín ante la visita de la florista y darle la forma que tenía en la cabeza. En una película de juicios vio una escena que le fascinó y decidió emularla. Ya había comprado las guirnalda de bombillas y como mesa utilizó unas cajas de madera viejas que encontró en la calle. Trasladaría el taburete de la mesa de trabajo y la silla plegable que utilizaba de mesita de noche. Luego comprobó el esquema que dibujó en un papel. Borró, rompió, tachó y enmendó durante un rato, aunque al final quedó satisfecho de lo que planificó. Tenía tiempo, así que salió al patio y se puso manos a la obra. Mientras trabajaba, pensaba en Rosa y repetía, para no olvidarse, las frases que había seleccionado. Todas eran de películas o de novelas. Y creyó que le ayudarían en sus intenciones.

La mesa improvisada quedaba un poco baja, así que excavó unos pequeños agujeros en la tierra. Uno para cada pata de la silla plegable. El problema era que tendría que mover la mesa cada vez que necesitara levantarse o hacerlo con la silla pegada. No lo encontró complicado y siguió con su labor. Miró el reloj, tenía poco más de media hora para dejarlo todo preparado, así que no le dio más importancia al tema de la mesa y las sillas y siguió con su trabajo, moviendo tiestos y colocando la enorme guirnalda. Miró al cielo y confió en que no lloviera. Pensó en su madre y la culpa se cernió como nubes de tormenta. Echaba de menos sus abrazos. Su risa y su temple. Siempre encontraba algo positivo en las cosas más nefastas que les sucedían.

Los animales domésticos y silvestres de los alrededores tomaban posiciones desde donde observar la creación de Jairo. Algún perro ladraba por curiosidad y un grupo de gorriones se reía del cambio de ladridos. Se encaramó a la escalera con el bocadillo que compró en el bar de abajo. Apenas lo había probado, tenía un nudo en el estómago y prefirió apurarlo de vuelta al trabajo. Desde aquella atalaya, el primer contacto que tendría Rosa con el jardín, echó un vistazo a su alrededor. El escenario había quedado como él esperaba. Era algo sencillo, pero le gustaba y apostaría un pulmón a que a Rosa también le agradaría.

Estaba más seguro que nunca de que amaba con locura a la florista. Recobró fuerzas y se dispuso a rematar los últimos detalles. En breve tendría que salir corriendo si no quería llegar tarde. Entonces un colirrojo tizón se posó en la valla del jardín.

Una corriente cruzó la espina dorsal de Jairo. Se acordó del pájaro al que alimentó en prisión. Era un ejemplar de la misma especie que el que acababa de llegar al jardín. Se había roto un ala. Zacarías y Lisandro le decían que perdía el tiempo, que, dado el alcance de la fractura, nunca soldaría sin ayuda de un veterinario. Pero Boo no se rindió y buscó en los libros de la biblioteca de la cárcel para curar y cuidar al pájaro. Hasta que una mañana de revista, el Larry, el funcionario de prisiones más peligroso de todo el pabellón, se dio cuenta de lo que había en la celda y se lo chivó al Malasangre, uno de los que se las tenía jurada a Jairo. Nunca supo cómo sucedió, pero una tarde, al entrar en la celda, descubrió al colirrojo crucificado en la ventana enrejada. La rabia se desbordó cumpliendo el objetivo que buscaba el Malasangre, y Boo fue a por él. No pensó en qué y cómo lo haría. Pero los sicarios del Malasangre lo estaban esperando. Jairo cayó en la trampa y, si no llega a ser por que Zacarías entró en la celda y se dio cuenta de lo que ocurría, hubiese sido demasiado tarde para Boo. Habría muerto si el Malasangre no hubiese querido recrearse con el sufrimiento de Jairo. Tuvo que estar ingresado más de un mes. Al volver, su mirada había cambiado y su sonrisa era más fría. Jairo parecía más taciturno que de costumbre y daba la sensación de que había perdido la chaveta y ante cualquier ruido cercano o amenaza se tiraba al suelo, se cubría la cabeza con las manos y se mecía con un soniquete lastimero. Poco a poco fueron cayendo los esbirros del Malasangre. Parecían ajustes de cuentas de otras bandas carcelarias o incluso trágicos accidentes. Solo unas cuantas personas sabían que Jairo estaba detrás de aquel reguero de sangre y venganza. El Malasangre no era uno de ellos. Boo había tenido mucho tiempo en el hospital para planear su venganza. Pero la más horrible era la que le tenía preparada al Malasangre. Una noche de otoño, Jairo se las ingenió para echarle laxante en la cena después de simular otro de sus ataques de histeria. El dechado de virtudes del Malasangre tuvo que ser ingresado en la enfermería, aunque él no quería ni loco. Tal vez sospechaba lo que le esperaba. Su banda se había disuelto, no tenía protección y sí muchos enemigos. Boo consiguió que esa noche entrara en la enfermería un elenco de la *jet set* patibularia con causas pendientes con el Malasangre. Cada uno quería practicar su método de ejecución más particular. Boo no puso problemas. Solo pidió que al final acabara crucificado en la verja de la ventana de la enfermería y que un mensaje

colgara del cuello: «Vuela, Larry, vuela». El funcionario cogió la baja por estrés postraumático y, al final, aceptó el trabajo de asistente en el negocio de su cuñado. El que siempre lo trataba como a un idiota.

Aunque nunca se pudo vincular a Boo con los sucesos, toda la prisión sabía quién estaba detrás de toda aquella matanza. Y de la peligrosidad que encarnaba aquel muchacho educado y con cara de nunca haber roto un plato y al que, de repente, se le pasaron los ataques de pánico.

Esperanza y deseo

Era noche cerrada cuando Jairo y Rosa llegaron al apartamento entre risas y bromas. Se retrasaron comprando una botella de vino y unos dulces que le encantaban a la florista y tomando una cerveza en un bar cercano a la tienda. Embobados el uno con el otro, no se percataron de lo que sucedía a su alrededor: en el barrio había un mayor movimiento que otro viernes cualquiera. La sorpresa fue enorme cuando se encontraron el piso como si hubiera pasado una horda de micos salidos de una tienda de chucherías. Estaba todo revuelto, los libros tirados por el suelo y la mesa tumbada. Parecía que no faltaba nada. Boo se dirigió enseguida al jardín. Las guirnaldas seguían encendidas, pero la mesa improvisada y el taburete se hallaban caídos. Solo quedaba en pie la silla hundida en la tierra. Los tuestos también se habían tumbado y el mantelito de cuadros que colocó estaba enganchado en un arbusto, como una bandera tras la batalla.

Boo no supo qué decir. En su cabeza solo latía el deseo de pillar al que había causado aquel estropicio. Rosa se acercó, miró el jardín y se echó las manos a la boca.

—Es precioso, Jairo. ¿Preparaste todo esto por mí? —dijo girándose hacia él con la emoción cosechando sus ojos.

Boo miró a Rosa. Estaba encantadora y las ganas de besarla en los labios se renovaron. En ese preciso momento llamaron a la puerta.

Jairo le pidió a la florista, con un gesto, que no hiciera ruido y se acercó despacio y de puntillas a comprobar por la mirilla quién era.

—Soy la vecina de arriba —dijeron al otro lado, como si adivinara la perturbación.

Boo lo comprobó. Era una mujer mayor con un golpe un poco feo en la frente.

Jairo hizo un gesto a Rosa de que todo estaba bien y abrió la puerta. La mujer, muy excitada, entró en el apartamento.

—Siento molestarle. Pero ha sido terrible. Casi me matan.

Rosa acudió enseguida a ver en qué podía ayudar a la mujer.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó—. Jairo, trae gasas y alcohol, hay que curarla.

Boo se dirigió al lavabo a buscar lo que le habían pedido. Nunca le faltaba un buen botiquín.

—Oh, hijos míos. No lo sé. Estaba viendo las noticias cuando...

—Aquí tienes —dijo Jairo regresando del lavabo.

—De repente las luces temblaron y el suelo se movió —explicó la mujer—. Fue una sacudida rápida y todas mis figuras y mis cosas se cayeron al suelo. Una de ellas me golpeó la frente.

—¿Un terremoto? —preguntó Jairo incrédulo.

—Sí, no ha sido muy fuerte. Eso dicen. Imagínense si llega a serlo.

—¿No habrá sido por las obras del metro? En el barrio de un amigo casi tiran su edificio a causa de la tuneladora —explicó Rosa.

—No, no. Ha sido un terremoto. Lo han dicho en las noticias —aseguró la vecina—. Con el jaleo, mi gato ha salido corriendo de mi regazo y me preguntaba si no lo habrán visto por el jardín. A veces se cuela ahí y Ernesto, el propietario, se enfada mucho si se da cuenta.

—Ahora echo un vistazo —se ofreció Jairo.

La florista curaba la frente de la mujer.

—¿Quiere una infusión? —ofreció—. Le ayudará a serenarse.

—Tranquila, mujer. No ha sido nada. Y no es el primer terremoto que sufro. Estaba en Chile cuando el del 60. Aquello sí que fue una barbaridad. Dicen que es el más fuerte que ha habido nunca desde que se miden. Un nueve y pico en la escala Richter —dijo con ínfulas la vecina.

—Tuvo que ser tremendo —le siguió Rosa la corriente—. ¿Y qué hacía usted en Chile?

—Era maestra.

La mujer aceptó la infusión y le explicó su vida a Rosa. Al rato apareció Jairo con el felino. El animal parecía muy tranquilo en los brazos de Boo.

—¡Oh, mi Luna! —dijo la vecina levantándose para coger al gato—. Le ha caído usted bien, muchacho. Es bastante huraña y no le gusta la gente.

Jairo sonrió ajeno al comentario de la vecina y acarició la cabeza del animal.

—Bueno, les dejo. Ya les he molestado suficiente —dijo la mujer.

Rosa le pidió que se quedara un rato más y le siguiera explicando su historia. Lo hacía para comprobar que el golpe no fuera peligroso, pero la vecina se negó y Rosa le preguntó si no prefería que la llevaran al hospital a que le echaran un vistazo al chichón o si quería que dieran aviso a un familiar o alguien cercano a la mujer. La vecina se empecinó en marcharse con su gato recién recuperado.

—Tendrán muchas cosas de las que hablar —dijo la mujer guiñándole un ojo a Rosa.

Jairo trabajaba dentro en devolver el orden perdido durante el sésimo.

—¿Pedimos una pizza? —propuso Rosa tras despedirse de la vecina.

—Sí, eso o bajo a por unos bocatas.

No acabaron de decidir qué iban a hacer cuando llamaron otra vez a la puerta.

Boo echó la vista al cielo e hizo un gesto de paciencia antes de abrir. No había nadie. En el suelo descubrió un plato tapado con un paño.

—No dejen nada, está muy rico —se oyó decir a la vecina desde el piso de arriba.

Rosa rompió a reír. Le había caído bien la viejecita.

—¡Pero no tenía...! —dijo Jairo. Un portazo arriba fue toda respuesta.

De nuevo en el apartamento, retiró el paño y descubrió unas cuantas croquetas y lomos de bacalao *a la llauna*. Aunque la comida estaba tibia, desprendía tal aroma que les recordó que no habían probado bocado desde el mediodía.

Jairo, divertido, hizo sitio y cogió los cubiertos para poner la mesa.

—¡Espera! Quiero cenar en el jardín. Te has pegado una paliza para prepararlo todo, tonto. Ahora hay que disfrutarlo.

—Hay cristales en el suelo —dijo Jairo—. No me gustaría que te cortaras.

—Yo no me corto ni un pelo —dijo la florista entre coqueta y sarcástica.

Boo se puso colorado.

—Está bien. Cenaremos abajo. Llevaré el botiquín.

—Que no falte el alcohol —dijo Rosa cuando Jairo se alejaba. Jairo estuvo a punto de caerse por las escaleras.

Al rato apareció Rosa. Se había recogido el cabello. Jairo retiraba los cristales del que fuera un pequeño jarrón que unos minutos antes cobijaba una rosa. Ahora, la flor reposaba encima de la mesa.

Jairo le explicó lo de Ernesto y su pacto con Zacarías para ocupar el apartamento. Le enseñó los diferentes cultivos entre bocado y bocado. El vino lo bebían de unos botes de cristal. Las copas se habían roto. Después de enseñarle el rincón donde quería plantar y pedirle su opinión, se sentaron a la mesa. Boo lo hizo en la silla clavada en la tierra. Rosa contempló divertida las extrañas maniobras de su anfitrión.

—¿Ocurre algo?

—Nada. Es que he tenido que excavar para colocar la silla —explicó Jairo—. ¡Quedaba muy levantada! —añadió viendo la cara de sorpresa de Rosa, que estalló en una carcajada.

La noche venía cargada del aroma a rebeldía y euforia y Jairo se sintió muy pequeño. Una minúscula partícula en un universo infinito. Sintió que Rosa era demasiado para él. Que no se la merecía. Que era inalcanzable. Cerró los ojos y evocó la escena del jardín y se preguntó qué pretendía demostrar. Si era una manera de alimentar su ego. Dudó de si toda la parafernalia que articuló tenía sentido. No había utilizado ninguna de las frases que tenía preparadas. Lo vio una tontería de niño pequeño. No se dio cuenta de que Rosa dejó de reír y lo miraba con unos ojos intensos.

—Eres una persona muy especial, Boo —dijo la florista—. No me lo pasaba tan bien desde hace muchos años. Gracias por todo.

Jairo se sonrojó de nuevo. No encontraba las palabras adecuadas y prefirió callar. Pero algo en su interior sepultó la timidez.

—Hay amores tan bellos que justifican todas las locuras que hacen cometer.

Rosa enarcó las cejas y sonrió.

—Eso es de una novela, ¿no?

La cara de Boo ardió de vergüenza.

Rosa se levantó, acarició el rostro de Boo y dijo:

—Ahora es cuando tienes que besarme —susurró mordiéndose el labio inferior.

Un vendaval luchó con la corriente paralizante que se abría paso en su interior, pero el impulso de saborear la boca de Rosa se impuso. Jairo no se acordaba de que la silla estaba clavada y tropezó con la mesa improvisada y de

nuevo todo cayó por el suelo. Rosa no pudo evitar otra carcajada.

—Vas a conseguir que me muera de la risa —dijo mientras Jairo se recomponía del golpe y se preparaba para besar los labios de la florista.

—Y tú que me reviente el corazón.

Las dos bocas se fundieron en una. Jairo tuvo que reprimir su deseo de morder los labios de Rosa y recorrer toda su piel con la lengua. Quería devorarla. Aspirar su esencia de golpe. Exprimir su belleza y tragarla de una sola vez. El aroma del cuerpo de la florista le embriagaba y estaba a punto de perder el control y arrancarle la ropa para introducirse en su interior con embestidas tan salvajes como ansiosas.

—Espacio —suplicó ella sin abandonar el beso.

La orden fue como si tocaran un interruptor que desconectara el furor. Jairo se calmó de repente y se dejó llevar por las indicaciones de Rosa.

—¿Has estado alguna vez con una mujer?

Jairo negó con la cabeza.

—Oh, mi dulce niño. Siempre hay más de un camino —dijo Rosa—. Aunque a veces sea el mismo.

Jairo no notó la brisa que arrastraba los aromas que escupían las chimeneas cercanas mezclados con las esencias desprendidas de la tierra. La manivela que alumbraba vivencias del pasado dibujadas en un rollo de cinta que no dejaba de pasar se detuvo. No hubo fotogramas del ayer. Cerró los ojos y siguió al pie de la letra las indicaciones de Rosa. Los volvió a abrir para acariciar la piel de la florista.

Pronto, el deseo lo descubriría todo.

Y alimentaría la esperanza de olvidarlo de nuevo.

Sacrificios y mentiras

Cuando Jairo se despertó, la noche parecía que quisiera engullirlo todo y que, para conseguirlo, hubiese anestesiado toda existencia. Buscó a Rosa por el apartamento. No había ni rastro de ella. Tan solo la huella de su ausencia diseminada por todo el piso y el aroma de su piel impregnando la suya. El recuerdo era tan intenso que podía tocarlo. Darle forma y convertirlo en un nódulo salvaje.

Tuvo el impulso de llamarla por teléfono, pero solo tenía el número de la floristería y pensó que tal vez no era el mismo que el de su casa. Al final se contuvo, no quería parecer desesperado ni asustarla. No pudo pegar ojo lo que quedaba de noche, así que se dedicó a cuidar del jardín y preparó las semillas de las flores que le recomendó Rosa. Dejó un espacio pequeño para plantar la que tenía forma de yelmo heleno. Cuando hubo acabado, se sentó en la silla clavada en la tierra y contempló el cielo taraceado de estrellas y una luna que parecía eclipsada por el fin del mundo. Se acordó del telescopio antiguo del salón. Fue a buscarlo y lo estuvo manipulando para conseguir contemplar el cielo. Era un telescopio sencillo, con una apertura de setenta milímetros, un tubo de setecientos y montura altazimutal. Le costó mucho trabajo enfocar y dar con lo que parecía un jirón en el manto celeste. Lo consiguió con el angular súper de veinte milímetros. Gracias a la observación de la parte no oculta de la luna consiguió dominar su espíritu desbocado. El amanecer le sorprendió justo cuando examinaba embelesado el sutil perfil de un cráter.

Jairo fue todo el trayecto nervioso por cómo iban a reaccionar tanto Rosa como él en el inminente encuentro. No sabía cómo tratar a Rosa, si con la cercanía y confianza de la noche anterior o esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Eligió la segunda opción, deseoso de que fuese Rosa la que se mostrara cariñosa y desenfadada. Iba a entrar a trabajar unos minutos antes, porque no podía soportar la espera para encontrarse con la florista. Pensaba decirle, si tenía la oportunidad, los sentimientos que provocaba en él. Declararle su amor y decirle que cada segundo de su vida que pasaba separado de ella se sentía perdido e indefenso.

Rosa estaba apoyada en el mostrador mientras ordenaba facturas y comprobaba la caja.

—Buenos días, Rosa —dijo Boo al entrar en la floristería. El corazón amenazaba con abandonar su cuerpo.

Rosa parecía turbada y nerviosa. Con un tono distante, dijo:

—Ah, hola, Boo. No te esperaba hasta más tarde.

Jairo notó cómo la sensación que produce el miedo amenazó con vaciar su estómago.

—No me di cuenta de que te habías marchado —consiguió decir.

Rosa dejó lo que estaba haciendo sin levantar la mirada. Respiró profundamente unos instantes y luego enfocó los ojos impacientes de Boo, que supo enseguida que algo en su interior iba a romperse en mil pedazos. Tal vez fuese su corazón.

—Será mejor que dejemos las cosas claras. No quiero que te hagas una idea equivocada de lo de anoche —advirtió con una mirada huidiza y con la misma temperatura del reloj de la cámara frigorífica.

A Jairo le costó tragar saliva. La tierra se abría bajo sus pies. Su mirada se anegaba de humedad cuando una voz en su interior le mantuvo imperturbable. Unos instantes después asintió con la cabeza.

—Siempre me pasa lo mismo —declaró Rosa—. No es culpa tuya. Anoche me apetecía echar un polvo. Y ya está. Tú bastante tienes con lo tuyo. Te escuché hablar en sueños. Supongo que esos terrores nocturnos son a causa de todo lo que has tenido que sufrir. La cárcel debe ser un sitio horrible —Rosa mordió el capuchón del boli—. Pero yo ya tengo bastante con lo mío. No saldría bien. No quiero hacerte daño —añadió mirándolo directamente a los ojos—. Ni que tú me lo hagas a mí. Ya me han hecho sufrir bastante los tíos. Y no puedo permitirme otro capítulo así en mi vida. No te lo tomes a mal, por favor —Rosa se mordió el labio, frunció el ceño y escondió la mirada en las facturas esparcidas por el mostrador—. Tal vez lo mejor será que dejes de trabajar aquí.

Jairo abrió mucho los ojos ante la última frase de la florista. Se acordó del plan que estaban a punto de llevar a cabo y se dijo que quizá fuese lo mejor que podía hacer, por mucho que le doliese. Si los jueces o los gatos pardos de Melitón lo vinculaban con Rosa, la pondría en peligro. No se había dado cuenta antes y ahora la certeza le cayó como una losa.

—Tienes razón, Rosa.

La florista abrió mucho los ojos. No se esperaba aquella salida. Pensó que quizá se había pasado y un vértigo la zarandeó por dentro.

—Será mejor que me vaya —dijo Jairo a punto de abandonar la floristería.

—¡Espera! —gritó Rosa—. Podemos ser amigos —dijo consciente de que lo que sentía por aquel ser extraño era más fuerte de lo que podía llegar a imaginar—. Y vernos de vez en cuando. Puedo ayudarte con tu huerto.

Jairo sonrió sin convicción. Supo que las cuchilladas recibidas en el corazón sanarían despacio. Cerró los ojos para recordar la piel de Rosa. La reacción de sus pechos ante las caricias de sus manos ásperas. El placer que suponía alcanzar sus labios y meterse en su boca.

Algo lo apartó de un manotazo.

—Puede. Pero quiero hacer un viaje —mintió—. Ya te llamaré cuando vuelva.

Pecados capitales

Los jueces Sobrán y Portales se habían citado en la notaría donde se firmaría la compraventa de las dos fincas sitas en la misma manzana que la floristería de Rosa. La oficina ocupaba toda la primera planta de un edificio regio. Aunque no era necesaria la asistencia de los jueces, querían estar presentes por la entidad de la operación. Faltaba más de media hora para la firma y los vendedores todavía no habían llegado. Los magistrados estaban sentados en una sala exclusiva y tomaban café entre risas y buenos propósitos para el futuro. No imaginaban que, en el despacho del notario, la tensión subía por segundos.

—No puede ser. ¿Cómo ha podido ocurrir?

—Como de costumbre, pedí las copias simples con la suficiente antelación para tenerlas disponibles unas cuarenta y ocho horas antes de la firma —se justificó el empleado con un sudor frío que perlaba su frente.

—¿Has contactado con el registro?

—Sí, lo han vuelto a cotejar y no coincide ninguna de las dos entradas con el propietario que aparece en la escritura de propiedad.

El notario se pasó la mano por la boca y dio un golpe con el puño cerrado en la mesa de su despacho.

—Es increíble. Pásame con el director del registro —exigió.

El empleado asintió varias veces con la cabeza mientras abandonaba el despacho para volver a llamar al registro de la propiedad. Temía la ira de su jefe. Aquella operación era muy importante. Sobre todo por la entidad de los que estaban detrás de la sociedad que ejecutaba la compra.

Al rato, pasó la llamada al notario. Tenía al mismísimo director en el otro lado de la línea.

—Rubén, ¿puedes explicarme qué sucede? —dijo el notario después de un intercambio de saludos.

—Lo que tienes en la copia simple, Amador, es lo que sale en libro —dijo el director.

—¿Seguro que no lo han manipulado?

Al otro lado se oyó una carcajada.

—¿Me lo preguntas en serio?

—No coincide con los propietarios que aparecen en las escrituras.

—¿Y no serán falsas las escrituras? —contraatacó.

El notario enrojeció. El director volvió a soltar una carcajada.

—Tengo a los jueces Sobrán y Portales aquí. No les va a gustar nada lo que sucede.

El director del registro dejó de reír.

—En ese caso, tienes un serio problema. Espero que no me salpique.

—Arréglalo, Rubén, ¡por lo que más quieras!

—Destruye las copias simples. Lo único que puedo hacer es comprobar que no hayan manipulado el libro. Te adelanto que eso llevará su tiempo.

—¡Joder! ¿Puedes saber si hay más copias simples elaboradas en los últimos días?

—Sí, y también tardará un poco. Mientras, procura que nadie se entere. Imagina por un momento que aparece una escritura a nombre del propietario que aparece en el libro.

El rostro del notario empalideció de golpe.

Un murmullo de muchedumbre entró por la ventana del despacho. Cada vez se acercaba más y el notario consiguió entender el mensaje que gritaban:

«¡Menos especulación y más espacios verdes! ¡No al complejo de lujo en el barrio!».

—¡Mierda, mierda, mierda! —repitió echándose las manos a la cabeza. Luego abrió un cajón, cogió un bote de cápsulas y se tomó dos de golpe y sin ayuda de líquido. Se aflojó el cuello de la corbata y se reclinó en el asiento.

Instantes después irrumpieron los dos jueces en el despacho. Un par de ejemplares, de la lluvia de aviones de papel que atacaban el despacho del notario, acertaron y entraron por la ventana. Uno de ellos aterrizó en la mesa de madera noble del notario, y el otro impactó, tras dibujar unas acrobacias, en el pañuelo que el juez Sobrán lucía, como única nota de color de su vestimenta, en el bolsillo de la americana.

El notario no quería mirar a los ojos del juez Sobrán. Sabía cómo se las gastaba. De reojo, lo intentó con el juez Portales, pero la mueca de este no ofrecía ninguna esperanza.

Ricardo cogió el avión del suelo, buscó la aceptación en los ojos de Justino y, cuando obtuvo el permiso, lo deshizo poco a poco bajo la atenta mirada de su primo y el terror creciente en el rostro del notario, que se levantó como empujado por un impulso sobrenatural para cerrar la ventana. El juez observó a su primo y lanzó una mirada glacial al notario. El ruido que producía el desplegar del papel era el único que se oía ahora en el despacho. Ricardo lo hizo poco a poco, consciente de la tensión que producían sus movimientos. Cuando el papel volvió a su forma original, el juez Portales lo alisó con delicadeza. Una sonrisa cínica luchaba por asomar ante la exasperación de Justino Sobrán y el terror del notario. Una vez Ricardo puso los ojos en el papel, toda huella de la sonrisa se esfumó y sus cejas formaron una frondosa banda coronada de arrugas.

—Es una copia de una escritura de propiedad —dijo extrañado.

El juez Sobrán arrancó el papel de las manos de Ricardo Portales y sondeó con la mirada la información que buscaba.

—¡Qué cojones...! —gritó con un gesto de indignación y sorpresa mientras buscaba la explicación en los ojos del notario.

Ricardo Portales no entendía nada. Pero sabía que no eran buenas noticias. Intentó que su rostro fuese ahora el de una cariatíde y rezó por que la ira de su primo no se volcara sobre él.

«... Ante la pereza, diligencia. Ante la gula, templanza. Ante la soberbia, humildad. Ante la ira, paciencia...», recitó para sí mismo.

Mientras, el notario deshizo el otro avión, se trataba de otra copia de una escritura de propiedad. Cuando comprobó en el papel arrugado, que el nombre del propietario coincidía con el que aparecía en la copia simple le sobrevino el ataque.

TERCERA PARTE

Un horrible cadáver

Zacarías, Lisandro y Jairo celebraban en un bar cercano a la notaría el éxito del plan que habían ideado. Al final, la idea de cambiar las entradas en el libro del registro de la propiedad dio sus resultados. Lisandro no tuvo que hacer grandes esfuerzos para convencer a los dos propietarios extorsionados por los gatos pardos del Melitón, en la nómina de los jueces Sobrán, que iban a vender sus fincas a los jueces. No pusieron muchos reparos para permitir que Zacarías copiara y falsificara las escrituras de propiedad de ambos e hiciese las copias con las que se elaboraron los aviones de papel que inundaron la calle y entraron por la ventana del notario. Un buen fajo de billetes de la fábrica de moneda particular de Zacarías ayudó en el entendimiento. Tampoco fue difícil conseguir que diferentes asociaciones del barrio participaran en la acción de protesta llevada a cabo. Lisandro también se encargó de dar bombo a la operación y avisar a la prensa y, aunque esperaban que los jueces consiguieran callar todas las bocas del cuarto poder, el hecho había ganado repercusión gracias al ataque sufrido por el notario.

—¡Brindo por nuestro éxito! —gritó un Lisandro eufórico.

—¡Por la batalla! —terció Zacarías.

Jairo chocó las copas sin decir nada. La sonrisa que ondeaba en su cabeza lo expresaba todo.

—Tened en cuenta que solo hemos ganado tiempo. Se recompondrán y querrán vengarse de los que se han atrevido a cruzarse en su camino.

—Seguro que conseguirán enderezar lo que ahora se les ha torcido —dijo el viejo falsificador—. Aunque, si son perros inteligentes, abandonarán el hueso y se irán en busca de otro.

Jairo observó a Zacarías y le dio vueltas a las palabras que acababa de decir. No le faltaba razón. Y algo en su interior le decía que no permitirían que nadie les quitara ni siquiera unas migajas de lo que ellos consideraban suyo.

—Ojalá tengas razón. Pero creo que volverán. Y con más fuerza.

—Entonces cometerán errores —dijo Lisandro.

Jairo asintió.

—Puede —concedió Boo—. Aunque creo que conseguirán en poco tiempo recuperarse y conseguir la venta de las dos fincas. Tenemos que pensar en otra acción. Y vigilar que no nos descubran. Si llegan a saber quién está detrás de todo esto, seremos un horrible cadáver —añadió—. Lisandro, ¿procuraste que los propietarios no pudieran relacionarte con lo sucedido?

—Sí, claro. No padezcas por eso. Todo está controlado. No nos cazarán —dijo con tono desenfadado.

—No pararán hasta descubrir cómo nos hemos enterado de la cita en el notario. Si lo relacionan con el novio de tu madre, peligramos.

—¡No lo harán! —dijo Lisandro molesto—. Es más fácil que piensen que han sido los mismos propietarios.

—Sí, Lisandro tiene razón —aceptó Boo—. Pero vayamos con ojo y no hagamos nada en un tiempo. Dejemos que las cosas se tranquilicen. Por mucha influencia que tengan los jueces, tardarán dos o tres meses en arreglar este entuerto. Seamos invisibles y pensemos en el siguiente golpe.

—Vigila a esa florista, Boo —dijo Zacarías—. Es posible que la hayamos puesto en peligro.

—No he vuelto a verla desde que renuncié. Le dije que iba a estar fuera un tiempo. Si llegaban a relacionarla conmigo, estaríamos perdidos —contó Jairo—. Pero, ahora, lo único que querrán evitar a toda costa esos malditos jueces es que suceda algo más en esa manzana del barrio. Atraería todos los focos —aseguró Jairo.

—Quizás tengas razón. La finca no se va a mover de la manzana. Pero esa florista tiene piernas y puede ir donde quiera. Vigila —dijo el viejo falsificador.

Jairo se quedó pálido. No creía que los jueces fuesen capaces de hacerle nada a Rosa. Igualmente, atraería la atención sobre la deseada manzana. Aunque no estaría de más hacer lo que aconsejaba Zacarías. Sus deseos de invitarla a cenar en el apartamento tendrían que esperar tiempos mejores.

—De acuerdo —concedió—. Yo me encargo.

—Bien —dijo el viejo falsificador—. Dentro de un tiempo agradecerás haber tenido paciencia. Tenéis toda la vida por delante —añadió Zacarías. Parecía que le había leído el pensamiento a Boo.

Lisandro volvió a alzar la copa de cerveza.

—¡Vamos a machacar a esa panda de estirados!

Pilotos suicidas

Las siguientes semanas pasaron lentas. Jairo casi no salía de casa. Solo para merodear en las inmediaciones de la floristería. Sobre todo en horas cercanas al cierre. Rosa tampoco parecía disfrutar de una gran vida social. Solía ir de la tienda a su casa y de su casa a la tienda. Los gatos pardos de Melitón no aparecieron por allí. Tampoco el detective privado que le dejó su tarjeta. No lo había llamado y suponía que no lo haría a no ser que la situación se pusiera fea. Tampoco notó que él fuese objeto de seguimiento. Las cosas estaban demasiado tranquilas para su gusto.

Eso solo podía suponer una cosa: se acercaba una tormenta.

Lisandro no tenía novedades del novio de su madre. Decía que desde el asunto del notario parecía como que se le hubiese comido la lengua el gato. Tampoco quería insistir para no levantar sospechas.

Jairo pensó que eso indicaba que los jueces rebuscaban para saber quién estaba detrás del asunto y cómo se había enterado de los intereses que ellos tenían puestos en aquella pequeña manzana. Al final llegó a la conclusión de que no podían hacer otra cosa que esperar. No podían forzar las cosas sin correr el peligro de ser descubiertos. Supuso que estarían trabajando a marchas forzadas para reconducir la compra de las fincas. Si lo conseguían en un tiempo récord, indicaría que tenían más poder del que parecían ostentar. Y eso no sería buena señal. Así que tendrían que estar preparados para dar el siguiente golpe. Solo faltaba que los jueces y sus socios de gobierno en la oscuridad encontraran al último heredero, y familiar de Rosa, que quedaba. Boo tuvo que tragar saliva para digerir el desasosiego que se acumulaba en su garganta, así que se puso a trabajar en encontrar un nuevo plan.

Desde que no trabajaba en la floristería salía todas las mañanas a comprar la prensa y leía las diferentes publicaciones. No quería pasar nada por alto. Recordó una noticia sobre un reciente hecho ocurrido en una gran ciudad. La buscó durante un buen rato hasta encontrarla en las últimas páginas de uno de los diarios. La primera vez que la leyó no le dio demasiada importancia, pero cuando la releyó con mayor atención algo en su interior comenzó a fraguarse y floreció una idea que coronó con una sonrisa de satisfacción. Era una verdadera locura, y Zacarías y Lisandro se echarían las manos a la cabeza en cuanto la oyeran. Llevarla a cabo, si era factible, comportaría un enorme gasto en recursos y tiempo.

Necesitó anotar en una libreta la idea y todo lo que necesitaría para hacerla realidad. En cuanto se pusiera en marcha la construcción del proyecto, no sería nada fácil que no llamara la atención. Pero Jairo tenía claro que, en una ciudad como Barcelona, a veces lo más visible era lo que pasaba desapercibido con mayor facilidad. Solo había que darle el aire de normalidad que necesitaba. Y eso no supondría ningún problema.

La dificultad radicaba en si Zacarías conseguiría falsificar los objetos que necesitaban. Dudaba de que esa fuera su especialidad. Si era como sospechaba, confiaba en que conociese a las personas adecuadas para que pudieran ayudarlos. Si el plan era un éxito, sería el fin del proyecto que los jueces querían instaurar en la manzana donde se ubicaba la floristería de Rosa. El golpe final. Solo de pensarlo, su pulso se aceleraba.

Boo llamó a sus dos compinches y quedaron en verse en el bar del Trola. Era el sitio adecuado para charlar tranquilos y sin tener que tomar demasiadas precauciones para evitar que su conversación fuese captada por orejas con la lengua demasiado larga. Básicamente porque casi siempre estaba vacío. La poca concurrencia del establecimiento sabía que allí era mejor no escuchar las tertulias de los demás.

Antes de acudir a la cita con Zacarías y Lisandro, decidió acercarse al Museo de Historia de la ciudad para a empezar a comprobar la viabilidad de su locura de plan.

Braulio estaba solo detrás de la barra. Un olor desagradable impregnaba todo el bar. El posadero limpiaba unas anchoas bajo el grifo de la pica y emitía una especie de ronquidos. Boo tuvo que saludarlo dos veces. Parecía dormido, pero contestó con un gruñido al segundo saludo.

—¿Me pondrás una cola cuando puedas?

Braulio hizo un gesto de paciencia y soltó otro gruñido.

El refresco tardó en llegar. Braulio no se había lavado las manos y el cuello de la botella quedó impregnado del aroma del pescado que, seguramente, conocía varias generaciones de posaderos. Boo miró el vaso. Daba cosa cogerlo y, antes de llevárselo a la nariz, el apéndice ya estaba arrugado. El trozo de limón que yacía en el fondo del

vaso debió de ser caracol en otra vida, porque dejó un reguero nauseabundo en su paso por el vaso.

La mueca de horror no se había disipado todavía cuando entraron Zacarías y Lisandro.

—¿A quién se le ocurre pedir algo que no tenga más de cuarenta grados en este antro de mala muerte? —dijo Zacarías palmeando la espalda de Jairo—. Al menos el alcohol lo mata todo.

La mueca de horror de Boo recobró la amplitud de antes.

—¡Braulio! ¡Un coñac!

—¡Otro! —gritó Lisandro muerto de la risa.

El posadero emitió otro par de gruñidos. Antes de servir el coñac, escupió en las copas y les pasó un trapo manchado de sangre y tripas de anchoas ante la indiferencia de Zacarías y Lisandro. Jairo tuvo que reprimir una arcada.

En ese momento entró un tipo en el bar. Vestía unos tejanos raídos y muy sucios, una camiseta que en otros tiempos era negra y gafas oscuras. Se sentó en la barra y Jairo pudo ver que llevaba en el bolsillo trasero lo que parecía ser una novela en edición de bolsillo muy manoseada. Jairo supo solo con verlo que era un piloto suicida. Una ola de respeto por el individuo que acababa de entrar bañó su interior.

—Bueno, dispara, ¿qué era eso tan genial que querías contarnos? —preguntó Zacarías dándole un trago al coñac.

—Estamos intrigados —dijo Lisandro haciendo lo propio con su copa.

—No sé si es tan buena como creía esta mañana —aceptó Boo rascándose la nuca. La sonrisa se convirtió en una mueca grotesca.

—Si no la escuchamos, no podemos opinar —sentenció el viejo falsificador.

Lisandro hizo un gesto de obviedad.

El piloto suicida tomaba un café con leche y devoraba un bocadillo de panceta como si hiciera días que no comía.

—Está bien. Os la contaré.

Boo les explicó la idea que se le había ocurrido al leer la noticia que aparecía en el diario. No se guardó ningún detalle y les enseñó todo lo que anotó en la libreta y que tenía que ver con el proyecto y el mapa del subsuelo de la ciudad que había copiado del Museo de Historia.

—Es una verdadera locura —dijo muy serio Zacarías—. Me encanta la idea. Si funciona, les daremos bien por el culo a esa panda de jueces corruptos.

—Pero va a ser muy complicado —apuntó Lisandro—. Llevará su tiempo y no tenemos ni idea de lo que tenemos que hacer. Somos totalmente profanos en ese tema. Aunque es una suerte que una de esas galerías esté justo al lado de donde nos interesa.

—Eso es lo que hay que pensar ahora, Lisandro —dijo Boo—. Es verdad que necesitaremos apoyo profesional. Yo me encargo de buscar la información necesaria en museos y bibliotecas especializadas.

—Yo tengo un amigo que nos podrá ayudar a encontrar los objetos que buscamos y nos creará el escenario —dijo Zacarías—. No estoy seguro, tu idea es demasiado, cómo decirlo, demasiado colosal —acertó a añadir—. Pero, bueno, eso tendrá que asegurarlo mi colega. Si es así, ¿algo más pequeño te serviría? Lo que pides puede ocupar una piscina olímpica.

Jairo se rascó la cabeza, frunció el ceño y movió la boca. Tras unos segundos, dijo:

—Una piscina de niños será suficiente.

Lisandro miró a Zacarías con los ojos muy abiertos.

—Yo estaba pensando en una de esas pequeñas e hinchables.

—Boo siempre ha tenido delirios de grandeza —dijo entre risas Lisandro—. ¡Eh, Jairo! Todo tiene que ser a lo grande. ¡Como en Las Vegas!

—¿Sigues limpio, Lisandro? —preguntó Zacarías.

El interpelado esquivó la mirada del viejo falsificador.

—Defíneme limpio —alardeó Lisandro levantando mucho las cejas—. Solo hay algo que me mantenga limpio. Y puro.

—Ahora no puedes fallarnos —replicó el viejo falsificador—. Nos jugamos mucho en esto.

—¡Tranqui, tío! —dijo Lisandro apurando la copa de un trago y alzándola para que Braulio la rellenara.

Boo observó la escena con preocupación.

—Sin ti no podremos llevarlo a cabo, Lisandro —soltó Boo—. Confío en ti.

A Lisandro se le congeló la sonrisa y bajó la mirada mientras asentía con la cabeza.

Braulio se acercó con la botella de coñac y rellenó las copas de Lisandro y Zacarías.

—Échame un poco también a mí —solicitó Jairo alzando el vaso del refresco.

Su bebida estaba intacta y tenía la boca seca.

Los tres amigos siguieron con la planificación del proyecto. Emborronaron la libreta con tachones, añadidos, material necesario y ámbitos en los que necesitarían información y asesoramiento.

Estuvieron más de dos horas dándole vueltas al asunto. En la barra, el piloto suicida, ajeno al tejemaneje del grupo de amigos, estaba enfrascado en la lectura y daba buena cuenta de lo que parecía ser un combinado.

Jairo acababa de escribir en la libreta cuando escuchó los gritos y levantó la cabeza para interesarse por lo que pasaba en la barra.

Braulio increpaba al tipo sentado en un taburete que, con tranquilidad, dijo:

—Lo siento. No tengo dinero y tenía hambre. Llevo días sin probar bocado.

—¿Y el cubata? —gritó Braulio mientras cogía una porra de madera que guardaba dentro de la barra—. Mira, niño, o me pagas lo que debes o te parto el espinazo con esto —añadió mostrando lo que empuñaba.

—Ya le invito yo, Braulio —gritó Boo.

Sonó como una orden inapelable.

El posadero miró extrañado a Zacarías, que asintió con la cabeza y se encogió de hombros.

Braulio renegó de una manera ininteligible, pero dejó estar al tipo de la barra y devolvió la porra a su escondite tras la barra.

El piloto suicida hizo un gesto de agradecimiento a la mesa donde se encontraban Jairo y los demás, apuró su bebida y se dispuso a abandonar el local.

Boo lo siguió hasta la calle y le dio un par de billetes. Suficiente para comer durante un par de días.

—Si necesitas algo, ven aquí y díselo a Braulio. Es un bruto, pero en el fondo es buena gente.

El piloto suicida le dio las gracias.

—¿Por qué haces esto?

—Porque lo necesitas.

El tipo asintió.

—Solo es una mala racha. Me las apañaré solo.

—Genial. Me alegra escucharlo. Pero, si me necesitas, haz lo que te he dicho.

Boo no dijo nada más. Tampoco esperó respuesta. Regresó dentro con Zacarías y Lisandro. Antes de entrar de nuevo en el local, se giró para contemplar al muchacho, que caminaba con la cabeza alta escudriñándolo todo. Como si fuera la primera vez que descubriría el paisaje. Como si fuera un rey despojado de su reino que vuelve triunfante a ser exaltado por su pueblo después de derrotar al usurpador. Jairo dibujó una sonrisa y negó con la cabeza.

Le recordaba a alguien muy cercano.

Un orden diferente

Ricardo Portales jugueteaba con su set de escritura con incrustaciones de nácar. El despacho de la judicatura no le gustaba y no conseguía transformarlo, por mucho que se empeñara en llenarlo de artículos caros y selectos. No tenía ganas de trabajar. Le aburrían sobremanera los casos que tenía pendientes y no conseguía encontrar algo digno, a su parecer, de su categoría. En esas tribulaciones se encontraba cuando se dispuso a ponerse el primer trago de ron del día. Miró el reloj, apenas pasaban unos minutos de las diez de la mañana, bufó y engulló el licor con la esperanza de que aliviara las punzadas de dolor que sentía en las sienas.

Volvió a releer el informe sobre Jairo que le habían entregado. También los datos del abogado que le ayudó desde la sombra para aprovechar su descuido y devolverle la libertad. Por lo demás, no habían avanzado mucho. Jairo de la Cruz era un fantasma. Como si se lo hubiese tragado la tierra. Llamó a su secretaria y le pidió que buscara qué había sido del asesino de su padre y redactara los oficios necesarios para conseguir informes de la seguridad social y de la oficina de empleo.

Ricardo creía que los gatos pardos de Melitón eran demasiado laxos en sus funciones, unos incompetentes redomados o unos interesados que solo se beneficiaban de los favores que podían sacar de los jueces y sus influencias. Eso o las tres cosas a la vez. Si él fuera su primo, pondría en su lugar a esos facinerosos de tres al cuarto.

Mientras reflexionaba sobre aquello, se abrió la puerta de golpe, sin llamar.

Ricardo fue a gritar algo ante la falta de respeto, pero, al descubrir quién traspasaba el umbral, se quedó lívido.

—¡Tío! ¿Qué te trae por aquí? —expresó forzando una sonrisa. La sola presencia del hermano de su madre y benefactor le ponía la piel de gallina y los nervios a flor de piel.

El hombre menudo y de piel cetrina, que sin decir nada se acercó a la mesa de Ricardo Portales, seguía teniendo la mirada penetrante y oscura de siempre.

—Venía a ver a Justino, pero no está.

—¿No está?

—No seas idiota, sobrino. Te acabo de decir que no.

Ricardo no pudo reprimir una mueca, mezcla de terror y odio.

—¿Has hablado con su secretaria?

Alberto Sobrán hizo un gesto de paciencia.

—¿Tú qué crees? —dijo negando con la cabeza y, al descubrir el azoramiento de su sobrino, añadió conmisericordioso: Me ha dicho que estaba en una reunión importante y que no volverá hasta esta tarde. Así que dame novedades sobre el tema que nos ocupa. Hay muchos intereses y no podemos cagarla otra vez. El tema del registro y la firma en el notario ha sido la comidilla en ciertos foros durante unos cuantos días. ¿Habéis dado ya con los autores?

—No, tío. Estamos en ello y lo solucionaremos pronto. Creemos que podremos firmar el mes que viene si no se tuerce nada.

—¿Si no se tuerce nada? —dijo el tío con gravedad apoyando las dos manos en la mesa y acercando el rostro a Ricardo, que continuaba sentado.

—Quería decir que nos tienen que confirmar el día y la hora —corrigió—. Todo saldrá a pedir de boca.

Un brillo sombrío apareció en la mirada desconfiada de Alberto Sobrán.

—Eso está mejor. Te he repetido mil veces que la actitud es importante —comentó—. ¿No vas a invitarme a que me sienta?

—Disculpa, tío. Haz el favor —dijo azorado e invitándole a que tomara asiento.

—No quiero ningún error más, ¿entendido?

—No lo habrá, tío. Te lo prometo por lo que más quiero.

—Ten cuidado con lo que prometes. Te recuerdo que la ilustre sangre de los Sobrán corre por tus venas —dijo el tío—. Espero que no la haya contaminado la de los Portales —añadió con un gesto de fastidio.

Ricardo tuvo que hacer un esfuerzo para evitar que la rabia se desbordara.

—¿Quiere tomar algo, tío? Puedo hacer que traigan lo que desee —dijo consiguiendo callar el último pensamiento: «Cianuro, por ejemplo».

—No. Guárdate tus lisonjas para esas putitas que frecuentes. Solo he venido a avisarte.

Ricardo estuvo a punto de decirle que él no tenía nada que ver con aquello, que había sido todo culpa de Justino, pero no se atrevió.

—Esos gatos pardos de Melitón no están a la altura —consiguió decir.

Ricardo sabía que el pacto con aquella panda de filibusteros había sido ideado por Justino.

—¿Adónde quieres llegar? —preguntó el tío con desconfianza—. ¿Acaso estás culpando a mi hijo de lo sucedido?

—No, no, tío, no se me ocurriría tal bellaquería —se excusó Ricardo—. Solo que creo que se están aprovechando. Sacan ellos más que nosotros de este pacto.

—No sabes de lo que hablas —dijo con desprecio—. No tienes la más remota idea de qué va todo esto. Te crees muy listo. Consideras que no valoramos todo tu potencial. Pero la verdad, querido sobrino, es que, si no fuera por nosotros, no serías nada.

Ricardo deseaba que la tierra se abriese bajo sus pies.

—Te hemos dado la oportunidad de formar parte de nuestra sociedad y tú nos lo pagas así. Es el enésimo descalabro que cometes y mi paciencia tiene un límite. Crece de una puñetera vez y haz lo que te mandan. Sin rechistar. A ver si te ganas todo lo que hemos hecho por ti. Deberías besar el suelo donde pisamos. Pero tú te dedicas a intentar destacar a costa de devaluar a los demás.

—Yo...

—No he terminado —cortó el tío—. Deja de envidiar a tu primo y ponte las pilas. No voy a permitir que la vuelvas a cagar. ¿Ha quedado suficientemente claro?

Ricardo tuvo que aflojarse el nudo de la corbata y tragar saliva antes de contestar en automático. Solo deseaba que aquella escena acabara de una maldita vez.

—Sí, tío.

—Esos gatos pardos limpian toda la basura que nos vamos encontrando. Hacen de manera rápida, efectiva y definitiva todo aquello que de otra manera nos costaría una vertiginosa cantidad de tiempo, ruegos y deudas no solo materiales. ¿Responde eso tu pregunta?

Alberto Sobrán examinó con frialdad a su sobrino y, levantándose del asiento, dijo:

—Tal vez tenía razón tu padre cuando decía que eras demasiado débil.

El comentario sentó como un puñetazo en el estómago a Ricardo.

—Que necesitabas un buen correctivo para endurecerte.

El tío parecía disfrutar del efecto que sus palabras provocaban en el sobrino.

—Seguramente debí escucharlo, aunque quizás nunca es tarde —amenazó con una mirada llena de satisfacción y a modo de despedida.

Alberto Sobrán abandonó el despacho del juez Portales sin cerrar la puerta. El juez tuvo que levantarse a hacerlo. Después se llenó la copa de ron y vació el vaso en dos tragos. El alcohol no pudo sofocar los contradictorios sentimientos que se generaron en su interior. Ricardo luchaba contra el impulso de rellenar la copa cuando sonó el teléfono.

—¡Diga! —gritó con sequedad.

—Soy Durán.

—Te he dicho mil veces que no me llames aquí —dijo apretando los dientes.

—Yo también te quiero —respondieron al otro lado—. Es importante.

—Dispara.

—Hemos encontrado al último heredero de la floristería que faltaba.

El juez Portales se incorporó en su sillón de un brinco. «Por fin una buena noticia», pensó.

—¿Colaborará?

—Y tanto. No le queda otra —dijo Durán—. Ha sido pan comido. Melitón ha llamado personalmente a Justino para decírselo, pero no lo ha encontrado.

—Bien. Buen trabajo —dijo Ricardo.

Después de colgar, el juez se reclinó en el asiento. Un sentimiento de intensa soledad se apoderó de él. Pensó en lo diferente que hubiese sido todo si los acontecimientos de la mañana hubiesen acaecido en un orden diferente. Luego miró el reloj, suspiró, blasfemó y se puso otra copa de ron.

Zeus

Boo andaba muy atareado. Se había convertido en una rata de biblioteca recabando información sobre la viabilidad del plan que preparaban. Era una locura, pero estaba seguro de que, dada la envergadura de lo que planteaban, toda la sociedad se removería ante el hallazgo y haría tambalear todos los conceptos en los que estaba basado el panorama sociocultural actual. Solo por la oportunidad que representaba, muchos lo llevarían al último extremo y harían oídos sordos de todos los profesionales que indicaran la falsedad del hallazgo. «Si les das lo que quieren, no le darán importancia al origen», le había asegurado Zacarías, y la frase se grabó a fuego en su interior. En cualquier caso, harían todo lo posible para que el proyecto generase las dudas suficientes entre los profesionales. Al menos para superar los primeros exámenes. Por lo cual, tendrían que hacer un trabajo exquisito y no dejar al azar ningún aspecto.

Zacarías ya había contactado con su amigo. Se reunieron en el bar del Trola. Lisandro no acudió. Tampoco el piloto suicida. Braulio no lo había vuelto a ver. Zeus, el colega del viejo falsificador, era un tipo nervioso y diminuto con unos ojos saltones muy expresivos y una melena canosa muy cuidada que le daba un aspecto extraño. Se movía como pez en el agua entre subastas y tráfico de obras de arte y, aunque no tenía titulación específica, era experto en arquitectura, historia del arte, urbanismo, ingeniería de caminos, canales y puertos y arqueología urbana. Zacarías le explicó el proyecto y Zeus escuchó con mucha atención y sin demostrar sentimiento alguno. Cuando Zacarías finalizó su exposición, Zeus dio un pequeño sorbo a su agua con gas y limón, luego miró a sus interlocutores y se pasó una servilleta por la boca.

—¿Y bien? —inquirió un Zacarías nervioso.

—Que estáis locos de atar —soltó Zeus con una sonrisa. Zacarías rompió a reír y a dar palmas y Boo abrió mucho los ojos. No se creía lo que estaba sucediendo.

—Es la propuesta más ridícula que me han hecho en toda mi carrera —consiguió decir Zeus antes de estallar en unas carcajadas estentóreas que retumbaron en el local.

Boo se molestó con la exhibición del colega de Zacarías y estuvo a punto de perder la paciencia y levantarse de la silla para largarse del bar. Zacarías se dio cuenta y le pidió calma con la mano.

—Lo haré con mucho gusto —añadió Zeus—. Va a ser tremendo. ¡No me lo perdería por nada del mundo! Es tan loco como extraordinario.

—¿Y es posible? —interrogó Jairo impaciente.

—Ahora mismo no. Pero lo será —contestó Zeus, enigmático—. Ten por seguro que lo haremos posible y volveremos locos a todos aquellos que duden de su autenticidad. Conseguiré objetos reales en el mercado negro y en el más sublime de ellos incluiremos una inscripción que demostrará lo que persigues.

Boo sonrió embelesado y Zacarías sacó a pasear su risa contagiosa. El bar del Trola se llenó de carcajadas, vítores y brindis. Braulio negaba con la cabeza mientras gruñía su opinión sobre el singular trío que alborotaba el local.

—¿Y cuánto nos va a costar? —preguntó Zacarías después de que los ánimos se aplacasen un poco.

—Mucho. ¿Es un problema, viejo truhán?

Boo contempló con impaciencia el rostro del falsificador, que movía el bigote como si oliera problemas.

—El dinero nunca ha sido un problema, canijo. Ya lo sabes. Pero ¿cuánto es mucho?

Zeus miró con atención. En sus ojos se podían seguir los cálculos mentales que iba haciendo.

—Veinte kilos el paquete completo. Por quince tendrías algo con cara y ojos; lo básico, vaya.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—¿Cuándo tendréis preparado el escenario?

—En un mes y medio si no hay imprevistos.

—Siempre los hay —aseguró Zeus—. Serán dos meses, en ese tiempo lo tendré todo preparado y listo para montar. Cuenta un par de semanas más.

—Nos vamos a mediados de enero.

Boo asintió. Asistía como un convidado de piedra al diálogo de los dos camaradas.

—Entonces vale. Pero que sean quince kilos y el paquete *premium*.

—Siempre has tenido espíritu de mercader de zoco árabe.

—Y tú de encantador de serpientes.

Zeus se quedó callado. Zacarías lo observaba con desconfianza y Boo asistía expectante al duelo entre los dos camaradas.

—¿Habrás propina?

—Cuenta con ella si superas nuestras expectativas.

—Necesitaré hacer una visita al escenario. Por cierto, traedme unas muestras de sedimentos cuanto antes.

—Las tendrás en breve.

—Pues no se hable más. Un hombre lo ha dicho —soltó Zeus levantándose de la mesa y ofreciendo su mano para que Zacarías la estrechara.

El apretón selló el pacto y los tres hombres pidieron a Braulio que rellenara sus copas. Zeus solicitó un coñac siguiendo los consejos de Zacarías, que recordó que no era lugar para consumir bebidas de menos de cuarenta grados de alcohol.

Un as en la manga

Los trabajos se iniciaron enseguida. El equipo llevaba uniformes y materiales parecidos a los que utilizaban los operarios municipales para intentar pasar desapercibidos. Aun así, Zacarías falsificó todos los permisos posibles por si a algún jubilado enteradillo se le ocurriese husmear más allá de lo normal.

Lisandro se encargaba de dirigir las obras. Tenía un don especial para hacer encajar las piezas más incompatibles y que las personas más difíciles colaboraran con él sin demasiados problemas y, cuantas más dificultades se encontraba, más contento y diligente se mostraba. Boo empezaba a entender la necesidad de Lisandro de escapar de ese mundo que le exigía más del cien por cien y al que se entregaba de una manera salvaje. Estaba hecho para la intensidad y la perseverancia. Eso, por desgracia, le pasaba factura. Pero la ausencia de esas sensaciones le provocaba un vacío que solo podía rellenar con estupefactos.

Zacarías le había pasado la muestra de sedimentos a Zeus, que trabajaba en el conjunto que montarían. Muchas piezas ya las había conseguido y esperaba recibirlas en breve. Era una faena minuciosa y en la que no podía haber ningún desliz. Un solo error daría al traste con toda la operación. Ninguna pieza tenía que estar catalogada. Una mañana, en una de sus típicas visitas a clientes que le informaban de los hallazgos más recientes y que no afloraban al mundo público, se enteró de unos hallazgos que podían encajar con lo que buscaba para ocupar los papeles protagonistas de su obra. Había quedado con el propietario para verse al día siguiente. Tuvo que hacer más de trescientos kilómetros, pero la excursión valió la pena. Consiguió un conjunto de elementos de un valor extraordinario a un precio ridículo y, lo más importante, totalmente desconocidos. Hasta ahora.

Boo se frotó las manos ante la explicación que le dio Zacarías de los avances de Zeus. Las cosas estaban saliendo como esperaban y no habían tenido mayores complicaciones. Lisandro disfrutaba de su papel de capataz y el viejo falsificador no paraba de crear y proponer ideas que mejoraban la idea original.

Jairo nunca lo había visto así. Recordó el día que se conocieron en la cárcel. Fue una tarde lluviosa de primavera del invierno. Boo había releído todas las novelas que guardaba y deambulaba por la biblioteca en busca de algo que leer. El catálogo no era muy amplio, pero suficiente para que Jairo, embelesado ante tantos libros, no supiese qué elegir. Ni siquiera sabía por dónde empezar. No reparó en el hombre con gafas que leía, aislado de todo lo que ocurría a su alrededor. Boo no sabía que, en ese momento de abstracción a través de la lectura, Zacarías saltaba los muros de la prisión y se trasladaba, hoja tras hoja, frase tras frase, al espacio donde sucedía lo que leía. En ese momento disponía de todas las llaves necesarias y no había reja ni tapia que se le resistiera. Hasta que Jairo, incapaz de encontrar el hilo del que tirar para conseguir un libro, buscó ayuda con la mirada y observó la epifanía que embriagaba a Zacarías. Boo no quiso interrumpir y esperó a que el viejo falsificador regresara de donde demonios estuviese. Así que se sentó frente a él y, como un chiquillo, se cruzó de brazos encima de la mesa y contempló con total indiscreción la lectura de Zacarías. Estuvo así más de media hora. En ese espacio de tiempo, el hombre hizo muecas de sorpresa, sonrió e, incluso, Boo juraría que estuvo a punto de llorar. Cuando al fin Zacarías levantó la vista de las hojas y descubrió la presencia de Jairo, este le preguntó con curiosidad:

—¿Qué libro lees?

Zacarías le dijo el título y el autor. Boo no entendió el apellido, le pareció curioso que el nombre fuera el mismo que el del rey de la selva.

—Debe de ser muy bueno —aseguró Jairo.

—Lo es. Pero también el lector tiene que poner de su parte para disfrutarlo.

—¿Ah, sí?

—Claro. Un libro es como una pareja. Para que haya una buena relación, ambos tienen que poner de su parte.

—Veo que tú eres un gran amante.

Zacarías rompió a reír y los dos hombres continuaron hablando de libros, amor y vida. Hasta que entraron un par de tipos que habían ingresado hacía poco. Buscaban que el viejo falsificador les realizase un trabajo, pero Zacarías no estaba dispuesto a llevarlo a cabo. Uno de los presos perdió los estribos, le quitó el libro y lo lanzó contra la pared que Boo tenía a sus espaldas. Jairo iba a levantarse para dar su merecido a los dos tipos, pero Zacarías, que adivinó sus intenciones, le pidió que no interviniese con un gesto.

—Recoge el libro —exigió con tono calmado el viejo falsificador. Se dirigía al tipo que había lanzado la novela por los aires—. Por tu bien, espero que no hayas perdido el punto de lectura y que esté en perfectas condiciones. Soy el encargado de esto —añadió señalando con la mano todo el espacio de la biblioteca—. Y también de que tu paso por aquí no sea una excursión, sin billete de vuelta, al mismísimo infierno.

Los ojos de Zacarías acompañaban las duras palabras. No se movía un solo músculo en su rostro.

El tipo que tiró el libro miró nervioso a su compañero, dudaba si hacer caso al viejo o no.

—No tengo toda la tarde —añadió, rascando la herida.

Pasaron unos segundos que a Jairo se le hicieron eternos. Apretaba los puños dispuesto a saltar sobre los dos matones que comenzaban a perder la seguridad. Jairo sabía que se habían enrocado y pensó en darles una salida para que las cosas no se precipitaran, así que se levantó, cogió el libro del suelo y lo puso donde estaba, frente a Zacarías.

—Me toca recoger a mí —dijo con desparpajo—. Así que no corra la sangre y cada mochuelo a su olivo.

Los dos tipos vieron la puerta que les abrió Jairo y aprovecharon para hacer una retirada digna. Zacarías no perdió la calma en ningún momento.

Una vez salieron de la biblioteca, Boo soltó:

—Eran dos. Podían haberte dado la paliza de tu vida.

—¿Qué te hace pensar eso? Mi edad... No me subestimes, muchacho. Tal vez pueda tumbarte con una sola mano.

—¿Eso también lo has aprendido en los libros?

—No. Tuve un gran maestro. No me enseñó a pelear. Pero sí a usar esto —dijo señalándose la cabeza con el dedo—. Y a vivir.

—No sabes lo que daría por que me enseñaras.

—¿A vivir? —dijo Zacarías con una sonrisa.

—Y a usar la cabeza.

—Primera lección: para ir de farol, debes hacer creer que tu mano es la mejor. Y tener siempre un as en la manga. Segunda lección: para vivir se necesitan llaves. Y la conciencia de disponer de ellas y saber qué abren. ¿Ha quedado claro?

—Como el agua —dijo Jairo acercándose donde estaba el viejo falsificador.

Cuando estuvo a su lado, Jairo quiso poner a prueba a Zacarías y saber si se trataba de un charlatán o si, por el contrario, era el sabio que parecía. Acto seguido sacó el pincho que siempre llevaba encima con un movimiento rápido, solo que lo cogió de la hoja y le puso la empuñadura en el cuello a Zacarías.

—Quizá solo eres un bocazas —dijo Boo con una sonrisa cómplice.

—Tal vez —contestó Zacarías con un brillo pícaro en los ojos—. Y tú el nuevo eunuco del pabellón.

Jairo abrió mucho los ojos, miró su entrepierna y descubrió que un estilete amenazaba con aligerar el peso que sostenía.

Gatos y ratones

El frío comenzaba a protagonizar las conversaciones banales. La gente caminaba por la calle abrazada a sí misma, intentando que la humedad no penetrara en los huesos, y con la mirada clavada en el cuarenta de mayo. Jairo estaba apoyado en las jambas de una cafetería cercana a la floristería cuando descubrió un coche que le resultaba familiar. Juraría que toda la chapa delantera era nueva. El vehículo se detuvo en doble fila. Jairo pensó que aquellos tipos no aprenderían nunca. Esperó a que los dos matones se bajaran del coche. Se aparearon tres. Boo reconoció a los dos de la otra vez y el tercero parecía, por cómo se relacionaban entre ellos, que era el que llevaba la voz cantante.

Jairo pensó que lo mejor sería llamar a Rosa y prevenirla, así que se metió a toda prisa en la cabina que tenía más cerca y marcó el número de teléfono de la tienda.

—Vamos, vamos —gritó al auricular tras sonar el segundo tono sin que nadie descolgara al otro lado.

Al tercero, y cuando los tres matones habían recorrido la mitad del tramo existente entre el coche y la floristería, Rosa descolgó.

—Floristería Rosa, dígame.

—Soy yo, Jairo. Escucha bien, no hay mucho tiempo. Van tres tipos hacia allí. Cierra ahora mismo. Yo voy para allá.

Jairo no esperó respuesta, colgó y salió corriendo hacia la floristería. En el camino vio cómo Rosa intentaba cerrar la puerta con llave, pero uno de los matones consiguió interceptar la puerta. Rosa propinó un tremendo pisotón al tipo que atrancaba la puerta y este soltó un grito que llamó la atención de toda la gente que pasaba por allí. Jairo se detuvo y, después de ver que la puerta se cerraba con llave y Rosa gritaba que iba a llamar a la policía, sonrió.

Los tres tipos se miraron entre ellos, desconcertados y esperando las indicaciones de su jefe, que, con gestos, reprendió al que había puesto el pie en la puerta. El tipo intentaba disculparse. El que mandaba ordenó regresar al vehículo y salir de allí intentando no llamar más la atención.

Jairo lo observó todo desde un árbol cercano y, cuando se aseguró de que no volverían, se dirigió a la floristería. Rosa estaba vigilando a través de la cristalera lo que sucedía en la calle y, al ver aparecer a Jairo, le abrió la puerta y se abrazó a él.

—He pasado mucho miedo —dijo con el susto todavía latente.

—Tranquila. Ya está. Ya ha pasado. Has sido muy valiente —intentó tranquilizarla Boo.

Rosa temblaba entre sus brazos y escondió la cabeza en el pecho de Jairo.

Boo aspiró el aroma que desprendían la piel y el cabello de la florista y el deseo se abrió paso a machetazos. Consiguió reprimirlo y se dedicó a susurrarle palabras que tranquilizaran a la mujer mientras le acariciaba la espalda y la mecía como en un baile donde ninguno movía los pies. Al principio deseó que el abrazo terminara pronto. Luego se dejó llevar y disfrutó el momento. A partir de ese instante, supo que podría quedarse así hasta el fin de sus días.

Al rato, Rosa se retiró del lecho humano que la cobijaba y protegía.

—Tengo que volver a abrir.

—¿Estás bien? —preguntó Jairo preocupado.

—Sí, tranquilo —dijo Rosa con una sonrisa forzada.

—Esos tipos son peligrosos. Volverán, Rosa.

—Ya lo sé. Ayer me llamó mi primo y me dijo que lo sentía mucho, pero que firmaría la venta de la finca. Era el último que quedaba, excepto yo —refirió la florista con un nudo en la garganta.

Jairo volvió a abrazarla y consolarla. La mujer se retiró de nuevo.

—Tengo miedo. Esos tipos han conseguido que el menos materialista de mi familia me traicione y sucumba a los intereses de esos malnacidos.

—Tómame unos días de vacaciones.

—No puedo. Hay mucho trabajo.

—Yo me haré cargo de la floristería. O vendré todos los días a ayudarte.

—Pensaba que con el escándalo de las escrituras todo se habría acabado, pero ya ves. Han vuelto con más fuerza.

Boo miró a otro lado. Tenía miedo de que descubriese que le ocultaba algo. Rosa no sabía nada de su implicación en el asunto de la notaría. Creyó que sería mejor así. Mantenerla al margen. Ahora dudaba de si sería mejor contarle o no lo que tenían entre manos para dar el golpe definitivo que acabara con los jueces Sobrán. Recordó que, si lo vinculaban a la floristería, se pondría en peligro y también a Lisandro, a Zacarías y el proyecto en el que trabajaban. Era un precio demasiado alto, así que tendría que buscar otra salida. Meditó unos segundos hasta que tuvo una idea.

—¿Puedo usar tu teléfono?

—Claro —dijo Rosa, que no entendía nada—. Yo voy a abrir.

—Espera unos minutos, por favor —rogó Boo.

Jairo buscó el número en su pequeña libreta de papel y lo marcó.

Un gruñido como saludo se escuchó al otro lado.

—¿Braulio?

La oferta

El piloto suicida se llamaba Jaime. Era un joven inconformista y rebelde que se había cansado de trabajos temporales y mal pagados en la zona rural de la que provenía. Además no soportaba las condiciones laborales pésimas que ejercían los propietarios de las tierras bajo la excusa de una eterna crisis del producto del campo. Al final, nadie quería contratarlo y, tras una horrible pelea en un bar de su pueblo en la que casi mata de una paliza al hijo del latifundista más importante de la región, decidió hacer las maletas, escapar a la ciudad y formar parte de la legión de almas sin trabajo. Desgraciadamente, la ciudad no era tan diferente del campo a nivel laboral y en la construcción tenías que tener un buen padrino si no querías desarrollar los trabajos más inmundos para alguien que contaba con mucha mala leche y poca experiencia. El destino lo empujó a cometer pequeños hurtos para subsistir y dormir en la calle arropado por sus lecturas anarquistas y su rabia hacia el mundo hostil que le había tocado en suerte.

A Jairo no le costó mucho trabajo convencerlo para que trabajara en la floristería ayudando a Rosa. También le ofreció ocupar el sofá de su casa, pero el muchacho prefirió dormir en la floristería si no suponía ninguna molestia a Rosa. Jairo le había explicado el peligro que encarnaba su trabajo y el piloto suicida se ofreció a pernoctar allí por esa misma razón. Los gatos pardos actúan de la misma manera en el campo que en los callejones más oscuros de la ciudad.

Rosa se mostró más reticente, pero cuando conoció a Jaime vio que estaba ante un muchacho enfadado con el mundo, aunque en el fondo solo buscaba justicia e igualdad de oportunidades para todos. El inocente se había creído lo que se expresaba en la constitución. El miedo y la promesa de Jairo de que podía confiar en el muchacho fue lo que finalmente la convenció para que permitiera que el piloto suicida durmiese en el almacén.

Jaime manifestó ese mismo día que el trabajo no le daba miedo y que conocía muchos aspectos del negocio. También demostró que no superaría nunca el examen de realizar un sencillo ramo de flores ni el de atender a los clientes más exigentes y caprichosos. Era un mal menor. El piloto suicida se mostraba respetuoso con Rosa y agradecido por la confianza depositada. Era un buen chico al que la rabia devoraba por dentro.

Jairo pudo seguir dedicado al proyecto. Durante las siguientes jornadas, lo hizo con un ojo puesto en la floristería. Sabía que no se había equivocado con Jaime, pero aun así quiso asegurarse de que todo marchaba como era debido. Era consciente de que los gatos pardos de Melitón no tardarían en volver a aparecer por la tienda. Solo esperaba que las cosas no se precipitaran y tuvieran tiempo suficiente para finalizar la obra como esta se merecía. Lisandro y Zacarías compartían sus dudas y dedicaron todas sus fuerzas para que el proyecto avanzara sin dilación y presionaron a Zeus para que hiciese lo mismo.

Fue una tarde cerca de la hora de cierre cuando volvieron a presentarse los tres matones. Entró primero el que cortó la cara del detective privado. Aguantó la puerta a un tipo desaliñado, y por último y cerrando el convoy iba el chófer. Jaime vio enseguida que aquellos tipos encarnaban la amenaza que le explicó Boo. En el rostro de Rosa leyó que no estaba equivocado, así que cogió las tijeras de podar.

—Ya les he dicho mil veces que no voy a vender esta propiedad —dijo Rosa.

La rabia se imponía al pavor.

Los dos matones miraron al tipo desaliñado, que sonrió mostrando una dentadura descuidada.

—Tenemos una oferta que no podrá rechazar —dijo el tipo—. Incluye un local nuevo y un apartamento de lujo en el mismo sitio en el que está ahora el suyo. Solo tiene que firmar y todos sus sueños se harán realidad. Queremos ayudarla.

—Pueden tirar toda la manzana y dejar mi finca en paz.

—Claro que podemos. Pero nuestro proyecto necesita pasar por su huerto. Por eso la compensaremos con otro a unos pocos metros de aquí.

Rosa se mordió el labio.

—Le dejo este dossier con todos los detalles. No tiene por qué tomar una decisión precipitada. Léalo, llévelo a un abogado, lo que quiera, verá que es una oferta muy generosa y que podrá disfrutar de un negocio más moderno en la manzana que se convertirá en una de las más exquisitas y exclusivas de toda la ciudad. Y todo ello a cambio de muy

poco. —El tipo leyó la duda en el rostro de Rosa y añadió—: Piénselo. Solo un loco la rechazaría. Tiene usted suerte, esta oferta es como un billete premiado de lotería. No se arrepentirá. Consúltelo y verá que llevo razón.

El hombre se acercó al mostrador bajo la atenta mirada de Jaime y los dos matones que le franqueaban, y dejó, con unas manos pequeñas y de dedos que parecían chorizos, una carpeta con un diseño futurista encima de la superficie. A Rosa la mezcla de manos y carpeta no le concordaron y un acceso de rechazo creció en su interior. Deseaba que aquellos tipos salieran cuanto antes de su local, así que dijo:

—Muchas gracias. Le echaré un vistazo.

El tipo volvió a enseñar su dentadura.

—Bien. Me alegra escuchar eso —dijo. Tras unos instantes que a Rosa se le hicieron eternos y casi precipitan que Jaime perdiera la calma, añadió endureciendo la mirada—: La oferta expira en diez días, señora. Mis clientes son personas muy generosas, pero su paciencia tiene un límite. Son personajes caprichosos, que no entienden ni permiten que las cosas no salgan como esperan. Además son muy influyentes. Le aseguro que a mí no me gustaría verlos enfadados. Hace que pierda el control y cometa estupideces. ¿Entiende qué es lo que quiero decir?

Rosa estaba a punto de caer fulminada. La tensión amenazaba con traspasar sus sienas.

—Perfectamente —dijo el piloto suicida—. Ahora márchese. Están molestando a la propietaria.

Los dos matones que franqueaban al tipo desaliñado cruzaron sus miradas y dibujaron una sonrisa de superioridad. El que había dejado la carpeta encima de la mesa atravesó con la mirada a Jaime.

—Tiene usted una plantilla un poco maleducada. Debería enseñarle modales para atender a la clientela —dijo el tipo haciendo un gesto a sus secuaces.

El chófer abrió la puerta y los tres abandonaron la tienda después de despedirse con un gesto.

—No lo olvide. Diez días. Le garantizo que lo mejor que puede hacer es aceptar esa oferta. Le permitirá vivir —el tipo hizo una pausa dramática y escrutó en el rostro de Rosa el efecto de sus palabras. Luego añadió— sin estrecheces.

Cuando los tres matones se alejaron, Rosa se derrumbó y rompió a llorar. El piloto suicida corrió a atender a su jefa, la ayudó a sentarse en una silla y le ofreció un vaso de agua.

Al rato, Rosa recobró la seguridad y se puso a estudiar el contenido de la carpeta. Tuvo que releer los documentos dos o tres de veces para asegurarse de que lo que había entendido era en realidad lo que se expresaba en la información del dossier. Rosa no podía creerse que aquella oferta fuese real. Le ofrecían una tienda más grande con dos plantas y un apartamento de lujo en la misma ubicación de ahora y un terreno para trasladar el jardín a tan solo unos cientos de metros de donde estaban en la actualidad. Además, durante el tiempo que durasen las obras la reubicaban en un local cercano. Era una oferta estupenda y solo por perder el actual patio y parte del almacén.

—¿Estás bien? —preguntó un Jaime azorado.

—Sí —dijo Rosa con la cabeza en otra parte.

—Es una buena oferta a la que cuesta negarse, ¿no?

Rosa asintió.

—Voy a meterme donde no me llaman. Esos tipos no son trigo limpio. No creo que regalen duros a cuatro pesetas. Ten mucho cuidado. No quiero asustarte, pero yo no me fiaría.

Rosa miró al muchacho. Ella pensaba lo mismo. Lo que no llegaba a entender era dónde estaba la trampa. Y un miedo antiguo se apoderó de ella.

Serrín y neuronas

Los tres matones se dirigieron al coche con tranquilidad. El que cortó la cara del detective privado fue el primero en hablar:

—Esa furcia se lo ha hecho encima, ¿eh?, Melitón.

Luego le dio un codazo cariñoso al chófer, buscaba su complicidad, y soltó una carcajada estridente.

El conductor, que notó que lo expresado por su compañero no había sentado muy bien a Melitón, le devolvió el codazo a modo de aviso.

El tipo desaliñado los miró con recelo.

—¿Tú crees? Yo diría que esa mujer tiene más cojones que vosotros dos juntos. Y seguro que en su cabeza no hay la cantidad ingente de serrín que hay en la vuestra.

Los dos matones se miraron entre ellos y guardaron silencio. Al poco, y antes de subir al coche, el matón intentó reconciliarse con Melitón.

—Da igual, jefe. El viejo ha pedido expresamente que la quitemos del medio. Ese salido de Ricardito disfrutará oliendo sus bragas mojadas de miedo.

—Deja de soltar chorradas, Durán. Cada cosa a su debido tiempo.

—Pero, jefe, pase lo que pase, esa fulana acabará con sus huesos en un contenedor rumbo a África. Antes, claro, Ricardito podrá desfasarse con ella. Ese animal no tendrá que controlarse. Me gustaría ver por un agujerito todo lo que es capaz de hacer ese cabrón.

—Todo a su debido tiempo, Durán —reprendió Melitón—. Tú procura seguir grabando las conversaciones y reuniones con los jueces y el viejo. No me fío de esos chupatintas. Esa gente es muy peligrosa y tiene muchas influencias. Tenemos que conseguir un seguro de vida.

—No te preocupes, jefe. Está todo controlado —dijo Durán desde el asiento de atrás.

Melitón se giró y enfocó con su mirada glacial el rostro de su sicario.

—Sí me preocupo. Por eso mismo todavía estamos vivos. Tenemos que seguir siendo de utilidad a esos malnacidos. En el momento en que dejemos de serlo, ¿sabes qué ocurrirá?

Durán meditó durante unos segundos. Melitón casi podía ver cómo salía humo de su cabeza.

—Pues no, jefe —acertó a decir.

—Eres un idiota. Pues que tendremos que demostrar con nuestras grabaciones que sí lo somos.

—¿Y si no funciona?

—Pues tendremos que esfumarnos sin dejar rastro.

—O que ellos ocupen otro contenedor con rumbo a África —respondió Durán.

Melitón volvió a girarse con los ojos muy abiertos. Una sonrisa sin dientes brillaba en su rostro.

—Veo que queda alguna neurona viva entre tanto serrín.

Despejar dudas

Boo les explicó lo ocurrido en la floristería a Lisandro y Zacarías. Era imposible tener todo preparado para esa fecha, así que convencieron a Jairo para que hablase con Rosa. Tenía que convencerla para que solicitara una prórroga. Podía poner la excusa de que había llevado la oferta a un abogado amigo suyo o cualquier otro pretexto. Si conseguían diez días más, todo estaría preparado.

—¿Y si no cuela? —preguntó Boo.

—A unas malas, que acepte la oferta y que se demore en la firma hasta que esté todo listo —propuso Zacarías.

—Lo que nunca haría es rechazar la oferta —expresó Lisandro—. Quizá se pusiera en peligro. Además, ¿crees que va a rechazarla?

—La verdad es que lo que le ofrecen es como si te tocara la lotería —dijo Jairo—. La he leído y todo parece en orden. Pero esa gente no es de fiar. Y la amenazaron. Por mucho que Jaime diga que fue de una manera muy sutil, fue una amenaza.

—Si se decide a aceptar la oferta, podemos dejarlo todo preparado y listo para accionarlo en cualquier momento —dijo Zacarías.

—Rosa tiene miedo y siente desconfianza ante la propuesta. Su intuición le dice que sería como firmar una sentencia de muerte.

—Está en un callejón sin salida —soltó Lisandro—. Si no firma, también estará en peligro. Esa gente no quiere problemas y la quieren cubrir de oro. Seguro que los beneficios de lo que quieren montar en esa manzana son enormes y lo que le proponen a Rosa les supone una ínfima parte.

—Entonces ¿por qué envían a esos gatos pardos? —cuestionó Zacarías.

—Tal vez solo pretenden asustarla —dijo Lisandro.

—Si fuese una oferta real, podría haberla hecho el mismísimo juez Justino Sobrán. La podría haber llevado a un restaurante exclusivo, embelesarla a base de lujo y exclusividad y entregarle después el dossier —dijo Zacarías.

—A lo mejor no quiere mostrarse —conjeturó Jairo.

—Sea lo que sea, lo importante es no perjudicar a Rosa, ¿no creéis? —dijo Lisandro.

—Pero no hay manera de saberlo a ciencia cierta —soltó el viejo falsificador. Algo se encendió en su mirada—. A no ser...

—¿Qué? —dijeron Boo y Lisandro al unísono.

—¿Crees que puedes sonsacarle algo al novio de tu madre, Lisandro?

—Es muy peligroso. Puede sospechar y, si ata cabos, nos descubrirán y lo que tenemos entre manos no superaría una vigilancia exhaustiva —razonó Jairo—. No nos arriesguemos. Sabemos que esa gente no busca nada bueno. Entre lo que prometen y lo que pagarán a sus familiares por su parte de la herencia es muchísimo dinero. Algo turbio hay detrás.

—Yo puedo husmear en su cartera de mano —dijo Lisandro—. Aprovecharé el momento adecuado. Duerme como un tronco.

—Es muy peligroso —repitió Boo.

—No perdemos nada por probar. Aunque no creo que lleve una declaración de intenciones en su cartera —soltó Zacarías.

—Por probar... —aventuró Lisandro con una sonrisa.

—Como digáis. Pero, al menor peligro, cancela. No podemos poner en riesgo nuestro plan. No cuando solo quedan tres semanas para que salga todo a la luz.

Lisandro y Zacarías sonrieron de satisfacción.

—Esta noche salimos a cenar. Me aseguraré de que duerme como un bebé. Si se toma una copa de más, se queda grogui.

—Avisa si encuentras algo y, por lo que más quieras, procura que no te pillen —dijo Jairo palmeando el antebrazo de su amigo.

Los tres amigos siguieron debatiendo sobre la obra y lo que quedaba por hacer. Los pequeños imprevistos que se

presentaron no ponían en peligro la fecha que tenían señalada en el calendario.

Un secreto que desvelar

Boo regresaba a su apartamento enfrascado en sus pensamientos. Pasaban pocos minutos de las siete de la tarde y la noche lo engullía todo. Había poca gente por la calle y un viento helado amenazaba con atracarte en cualquier esquina.

Había dejado a Lisandro y Zacarías en el bar del Trola. Tenía muchas cosas en la cabeza y la que más le acuciaba en aquel preciso momento era lo que haría Lisandro esa misma noche. Tenía un mal presentimiento. Eran muchos los frentes abiertos y todo estaba en el aire. Echaba de menos a Rosa y sufría por su ausencia. Tampoco podía evitar una sensación extraña cuando pensaba que ella y Jaime pasaban tantas horas juntos. Sintió envidia del muchacho.

Le pareció reconocer la furgoneta de la floristería aparcada en la zona de carga y descarga junto al portal de su casa. Pero no había ni rastro de Rosa ni de Jaime por los alrededores. Miró en el bar de la esquina sin miedo a ser asaltado por el viento y, al no encontrar rastro de ninguno de los dos, subió a casa dispuesto a llamar por teléfono a la floristería.

Metió la llave en la puerta cuando escuchó risas en el piso de arriba. Le pareció escuchar la voz de Rosa que conversaba con jovialidad con la vecina de arriba. Boo no pudo evitar una sonrisa de alivio que borró sus pensamientos de antes mientras su corazón, pese al frío, se dilató y bombeó cantidades ingentes de oxitocina y serotonina.

Jairo dudaba si subir al encuentro de Rosa o esperar a que la florista bajara. Se decidió por la segunda opción.

—Hola, ¡qué sorpresa! —dijo asomando la cabeza por el descansillo.

Rosa sonrió al descubrir que se trataba de Jairo.

—Ya lo tienes aquí —dijo la vecina que acariciaba a Luna en el lomo y maulló al ver a Boo—. Mira lo bien que le caes. Te saluda y todo.

Jairo y Rosa sonrieron y, después de unas frases banales, se despidieron de Luna y su ama y regresaron al apartamento de Boo.

—Quiero enseñarte algo —dijo Rosa con una sonrisa—. Mi lugar secreto.

—¿Y eso?

—No sé. Quería compartirlo contigo —dijo con un gesto de timidez.

—Vale. Será un placer.

—Tendrás que coger el cepillo de dientes —dijo Rosa con una sonrisa—. Es mejor verlo con los primeros rayos del sol —añadió con una mirada cautivadora mientras se mordía un labio—. Jaime se encarga de la floristería.

—¿Quieres que coja algo más? —solicitó Jairo copiando el tono y los gestos de la florista.

—He pensado en todo.

Jairo sonrió. Se acordó de Lisandro. Pensó en pedirle un teléfono de contacto del lugar al que se dirigirían a Rosa, pero prefirió no decir nada y esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

—Hago una llamada y soy todo tuyo.

—Tengo la furgoneta abajo. Te espero con el motor arrancado, tengo frío. No tardes.

—Solo será un segundo.

Boo llamó a Zacarías. Le dijo que tenía que ausentarse esa noche y que le llamaría más tarde para darle un teléfono donde poder localizarlo en caso de necesidad. La visita inesperada de Rosa no pudo apagar el mal presentimiento.

El trayecto hasta el lugar secreto de Rosa no estaba a la vuelta de la esquina. La florista le dijo que tardarían unas dos horas en llegar, dependiendo de cómo estuviese el tráfico para salir de Barcelona. Tomaron la autopista y fueron hacia el norte. Rosa conducía muy pendiente del tráfico. Casi no habló y contestaba con monosílabos a las preguntas de Jairo. Hasta que no dejaron atrás la ciudad y el tráfico se convirtió en una monotonía fluida, no se relajó.

—Espero que no te asustes. Por la noche puede parecer siniestro.

Boo la miró sorprendido. La sonrisa de Rosa desprendía ilusión. Como si todos los problemas se hubieran quedado atrás. En la gran ciudad.

—¿No serás una psicópata y tendrás pensado matarme y cortarme en trocitos?

—¡Nooooo! Te has equivocado en el orden. Primero te cortaré en trocitos —dijo dejando de mirar la carretera y con una sonrisa más amplia—. Y tal vez me coma a bocados esos labios tan carnosos que tienes.

Boo se puso colorado y no fue por efecto de la calefacción.

—Creo que no opondré ninguna resistencia —soltó levantando los brazos.

Las risas llenaron la furgoneta.

—Con un poco de suerte ya habrá nieve.

—¿Vas a contarme de una maldita vez a dónde vamos?

—Ten un poco de paciencia. Debería de haberte tapado los ojos.

—Tenerte cerca y no verte es una tortura.

Jairo se arrepintió nada más decirlo y bajó la mirada al suelo de la furgoneta.

Rosa lo miró con respeto.

—¿Es eso cierto?

—¿El qué?

—Lo que acabas de decir. Repítelo.

—¿El qué?

—No, idiota. Lo otro.

—Ah. Claro que es verdad —dijo con gravedad.

—Es precioso —dijo Rosa con ternura y profundidad.

Se acercaban a Manresa. Jairo se deleitó con la original silueta del macizo de Montserrat. El cielo estaba despejado y libre de contaminación. Una luna a la que le faltaban pocas jornadas para llegar al plenilunio cubría la montaña con un manto de luz que la hacía brillar aún más misteriosa de lo habitual.

—Hacía años que no pasaba por aquí —dijo Jairo embelesado—. No recordaba lo enigmática y maravillosa que era Montserrat.

Rosa contempló a Boo. Sus ojos y su rostro desprendían ternura.

—¿Qué? —sonsacó él.

—¡Nada! Estoy segura de que te encantará el sitio al que vamos.

—Y tanto. No lo dudo.

La autopista desembocó en una carretera de un carril de subida y otro de bajada. Jairo observaba el entorno y las maniobras precisas de Rosa.

—¿Has tomado una decisión sobre la propuesta que te han hecho?

Rosa no dijo nada. Parecía que no encontraba una respuesta. Tras unos instantes, y cuando Jairo volvía a prestar atención a lo que había tras la ventanilla, dijo:

—Una de las razones por las que te llevo al lugar al que nos dirigimos tiene que ver con esa oferta.

Boo asintió y no dijo nada. No quería presionar a la florista. Además le encantaba que se mostrara tan misteriosa.

Tras un rato más de trayecto, Jairo miró el reloj. Supuso que no debería quedar mucho. La furgoneta avanzaba despacio por una carretera de curvas que se internaba en mitad de una serie de cadenas montañosas que dotaban de profundidad y solemnidad al paisaje.

—Mañana, cuando despiertes, tal vez serás otra persona.

Boo miró a Rosa. No fue consciente de que era lo que más deseaba hasta que no lo dijo la florista.

—Ojalá —dijo con la mirada cargada de noche, humedad y la magnificencia que desprendían las montañas.

La furgoneta se detuvo en un pueblo de una docena de casas diseminadas y que parecía abandonado. Solo un par de hogares tenían luz.

Loco de amor

De la puerta de la casa frente a la que aparcó Rosa salió un anciano enorme. Parecía que las arrugas se las hubiese labrado el entorno. La dureza del rostro contrastaba con una mirada dulce, una mezcla de licor de montaña y frutos de otoño. La mueca de la cara se transformó en una sonrisa franca cuando vio que era Rosa la que bajaba de la furgoneta.

—Ya pensaba que no llegabas y que habías cambiado de opinión —dijo el anciano mientras Jairo se apeó del vehículo—. Te he preparado la casa y he encendido la chimenea —añadió haciendo un examen ocular al acompañante de la florista.

Rosa se abrazó al hombre. Parecía una niña pequeña en los brazos del viejo.

—Te he echado de menos —dijo tras darle un par de besos en el rostro—. Este es Jairo. Un amigo —añadió apartándose para que los dos pudieran saludarse—. Y él es Pere, Boo. Es como un padre para mí.

Jairo estrechó la mano del grandullón. Fue un apretón con aviso de «ni se te ocurra hacerle daño». Pero Boo descubrió en el fondo de la mirada del viejo que había pasado el primer examen.

—Entremos, hace frío —indicó Pere.

Jairo se quedó rezagado. Supuso que los dos tendrían cosas de las que hablar, quizá Rosa quería comentarle la oferta recibida para vender la finca y no quería importunar.

—Entro enseguida —gritó.

Observó el cielo. Era como un enorme entoldado de verbena de San Juan con miles de bombillas colgando. Un sentimiento de pertenencia y de vulnerabilidad lo inundó. Escuchó cómo el silencio le permitía sintonizar con sus sentidos y su yo interior. Como una catarsis. Una danza invisible donde predominase el conocimiento íntimo. Sintió como si regresara a un hogar en el que nunca había estado y el abismo insondable que se le abría dentro dejó de darle vértigo. Una paz antigua lo cubrió todo. Fue en ese momento cuando empezó a nevar.

Rosa salió con Pere. La florista saltaba de alegría y se abrazó a Jairo. El anciano, con las manos en los bolsillos, asistía contento a la alegría de la mujer.

—Hemos invocado a la nieve —soltó Rosa dándole un beso fugaz en los labios a Jairo.

Boo la observó sin decir nada. Su mirada refulgía teñida de una calma desconocida. Luego sonrió y estuvo a punto de decirle que estaba loco por ella. Solo consiguió quitarle unos copos de nieve del cabello.

—Vamos dentro. Me muero de hambre —dijo Rosa después de permanecer un buen rato bajo la nieve.

Pere quiso excusarse y marcharse para dejar a solas a la pareja. Rosa y Jairo, en cambio, insistieron en que cenase con ellos.

—Es un lugar precioso —dijo Boo mientras preparaban una cena fría.

—Pues ya verás mañana con luz —prometió Rosa—. Es, sin duda, uno de los rincones más encantadores del planeta. ¿Verdad, Pere?

—Exagera un poco, pero sí que es cierto que es un lugar muy especial.

—¿Cuánta gente vive en el pueblo? No he visto muchas luces encendidas.

—El pueblo quedó abandonado cuando cerró la mina de carbón hace muchísimos años. Ahora solo vivo yo todo el año —explicó Pere.

—¿Vive solo en el pueblo?

—Sí. Muchas casas están abandonadas y quedan dos o tres, como esta, que pertenecen a familias que no quieren desvincularse del todo del pueblo. Aquí tienen sus raíces y sus ancestros. La vida en estos lugares de alta montaña no es fácil. Estamos a más de 1.600 metros de altura.

—Uf. Sí, debe de ser difícil. Sobre todo en invierno —comentó Jairo—. ¿No se aburre de vivir solo tanto tiempo? ¿Sin nadie con quien hablar?

Pere soltó una risotada y miró a los ojos de Boo.

—Se nota que eres de ciudad —dijo—. A unos pocos kilómetros hay un hostel. Uno o dos días a la semana bajo y me relaciono. También pasa de vez en cuando un pastor, un excursionista despistado o un guarda de la montaña. Con eso es suficiente para cubrir mis necesidades sociales.

—¡Tiene más que yo! —afirmó Jairo.

Los tres rompieron a reír y llenaron sus vasos con un vino sin etiquetar que trajo el anciano. Era fuerte e intenso. La conversación siguió por el mismo cauce. Pere les explicó leyendas de la montaña y anécdotas de la vida en aquel entorno. Los contrastes que ejercían los cambios de estación en el paisaje y en la vida en la montaña.

—Tengo que contarte una cosa, Pere —dijo Rosa con seriedad cuando acabaron de cenar.

Jairo se levantó de la mesa dispuesto a retirar los platos y demás. En el fondo quería dejar espacio al anciano y la florista.

—Deja eso, Boo. Lo hacemos después. Ahora siéntate y escucha tú también —rogó la florista—. He recibido una oferta para vender la finca. Es una oferta demasiado buena para no sospechar de ella.

Pere no dijo nada. Boo tampoco, hasta ahí ya conocía el mensaje. Ambos esperaron a que la mujer continuara hablando. Rosa explicó en qué consistía la oferta, el apartamento de lujo, un local nuevo para la floristería, un solar donde cultivar cerca de la tienda y la reubicación del negocio mientras duraran las obras más una suma de dinero importante.

—¿Son los mismos que intentaban extorsionarte? —inquirió Pere.

Rosa asintió.

—Si te lo ofrecen es porque la finca vale más que eso, Rosa —dijo Pere—. Nadie regala el dinero.

El comentario cargado de sentido común no dejó de sorprender a Jairo.

—Ahora bien —continuó el anciano—. ¿Tú necesitas lo que te ofrecen o tienes suficiente con lo que posees ahora mismo?

—Todos han firmado menos yo.

—¿Han encontrado a Fabián?

Rosa volvió a asentir.

—Tienes el usufructo. Si no firmas, no tienen nada. Mira por tu propio interés y haz oídos sordos a los cantos de sirena. Seguramente hay algo oculto, algo que se escapa a nuestra comprensión y que, por cierto, debería de importarnos un pimiento —reflexionó Pere—. La decisión que tomes será la correcta. Sea la que sea, cielo —remató.

—Tengo mucho miedo. Algo me huele mal en todo este asunto. Es... No sé cómo explicarlo —dijo llevándose las manos a la cabeza—, un presentimiento de que, tanto si firmo como si no, me pasará algo malo. Esa gente no es trigo limpio. A todos los demás afectados que han ido presionando para que vendieran les han dado precios por debajo del valor que tenían.

—Pues han hecho una salvedad contigo —intentó tranquilizarla el anciano—. Seguro que no han encontrado ningún secreto oscuro del que tirar. Pero tampoco quiere decir que te vayan a hacer daño.

—Ya me lo han hecho durante todo este tiempo de presiones, Pere —dijo Rosa buscando comprensión—. Además, ese tipo que vino me amenazó.

El anciano miró a Boo, que seguía muy atento la conversación. Jairo tuvo el impulso de explicar su proyecto. Si todo salía bien, hundiría las pretensiones de los Jueces Sobrán. Pero, si destapaba sus planes, podría poner en peligro toda la operación e incluso a Rosa y el resto.

—Siempre has luchado por esa tienda. El legado de tu familia materna —dijo el hombre de la montaña—. Si crees que va a ocurrirte algo malo decidas lo que decidas, lo más sensato es que no hagas nada, que ganes tiempo hasta encontrar algo que solucione el problema. Yo bajaré a Barcelona contigo para ayudarte en lo que sea —añadió cogiendo la mano de la florista.

—Esa es la mejor opción, Rosa —intervino Boo—. Puedes decirles que tienes que estudiar la propuesta y ganar un par de semanas más. Yo hablaré con un amigo para que intente ayudarnos a saber qué pretenden esos tipos.

Rosa miró con atención a los dos hombres.

—No quiero aceptar el trato —dijo con seguridad—. Pero tal vez lo mejor será lo que decís. Intentaré ganar tiempo.

El anciano sonrió y palmeó la mano de la florista.

—Y ahora a consultar con la almohada. Nos vemos por la mañana —dijo Pere levantándose con energía y decisión.

Rosa fue a acompañar al viejo de la montaña hasta su casa y Jairo comenzó a quitar la mesa. Fuera, había dejado de nevar.

Cuando la florista regresó, Boo estaba sentado en el suelo, frente a la chimenea. Había recuperado la botella de vino y las copas. Rosa sonrió y aceptó la invitación de Boo para que ocupara un lugar a su lado. Jairo fue a decir algo, pero Rosa se lo impidió.

—Quiero hacer el amor —dijo la mujer—. ¿Crees que podrás meterte dentro de mí y hacer que se borre todo?, ¿y que dure eternamente?

Jairo la miró con devoción.

—No lo sé. Si es lo que quieres, ten por seguro que lo intentaré.

Chupitos y estertores

Lisandro estaba logrando su objetivo. Consiguió que el novio de su madre bebiera un poco más de la cuenta. No le costó excesivo trabajo. Se notaba que al tipo le gustaba acompañar la comida con cantidades ingentes de cerveza y vino. El local no estaba muy concurrido. Era un sitio imponente, no apto para el sueldo del novio de su madre. Lisandro supuso que los sobres y las prebendas que recibía aquel indeseable eran bastante mayores de lo que imaginaba. También su puesto en la red que lideraban los jueces Sobrán. Cada vez tenía más claro que lo que guardaba en la cartera de mano sería de mucha utilidad para las pretensiones del grupo.

Lisandro se las apañó para que los del bar invitaran a unos chupitos después de cenar. Tuvo que aguantar que el jefe de sala lo mirara por encima del hombro ante el desconcierto del novio de su madre. El tipo no quería tomar un chupito y Lisandro tuvo que aplicarse para conseguirlo. Supuso que fue más por las ganas de agradar a su madre que por otra cosa.

—Si esta noche me desvelo, ya sabes por lo que es. No aguanto el tequila... —dijo el hombre pidiendo la cuenta.

El comentario hizo que Lisandro empalideciera.

Una vez en casa de su madre, Lisandro se excusó enseguida para quitarse del medio y se metió en su habitación. Debería aprovechar el primer sueño del tipejo que compartía cama con su madre y esperaba que, si se desvelaba, fuese después de haber logrado su misión.

El politoxicómano tuvo que esperar a que cesaran las hostilidades sexuales de la pareja. Al rato, comenzaron los ronquidos, la señal esperada para actuar.

Lisandro salió de su habitación, un museo dedicado a su infancia, sin hacer ruido y se dirigió hacia la entrada de la vivienda. Era uno de los lugares donde el hombre solía dejar sus cosas. Si Lisandro se quedaba a dormir en el hogar materno, el tipo solía meter sus pertenencias en la habitación con él, pero guardaba la esperanza de que esa noche se hubiese olvidado. Cuando llegó, se alegró al descubrir la cartera, que colgaba de un perchero. Lisandro sonrió, las cosas salían a pedir de boca.

Antes de tocar el bolso, escuchó unos ruidos que provenían de la habitación de su madre y cesaron los ronquidos. Lisandro se quedó quieto y aguantó la respiración. Tras unos segundos, los ronquidos volvieron a reinar en la vivienda. El muchacho decidió que trabajaría más tranquilo en su habitación, así que cogió la cartera y volvió a su dormitorio. Tuvo que detenerse en el pasillo al escuchar llamar a su madre:

—Lisi, cielo, ¿eres tú?

Lisandro blasfemó para sí y contestó:

—Sí, madre. Tenía sed.

—Tanto chupito, tanto chupito... Vuelve a la cama y no hagas ruido o despertarás a Jorge.

Lisandro sacudió la cabeza con incredulidad y evitó soltar una carcajada. Luego se escabulló por la puerta de su habitación.

Antes de ponerse a husmear en las cosas personales de Jorge, esperó a que los latidos de su corazón recuperaran el ritmo normal. Fue en ese preciso instante cuando se dio cuenta de que había olvidado la cámara de fotos. Volvió a blasfemar, pero prefirió no volver a salir de la habitación a no ser que necesitase tomar instantáneas de lo que hallase en la cartera.

En ese momento llamaron a la puerta de su habitación. Lisandro, en un acto reflejo, escondió la cartera de Jorge bajo las mantas.

—¿Lisi? Soy yo, tu madre.

Lisandro se levantó y abrió la puerta con cuidado.

—¿Qué quieres, mamá?

—¿Te caliento un vaso de leche?

—No, estoy bien. Solo intento dormir —dijo con sarcasmo—. Vuelve a la cama. No te preocupes —añadió cerrando la puerta.

Lisandro se dejó caer en la cama y se tapó el rostro con las manos. No podía creerse lo que estaba sucediendo. Los ronquidos de Jorge volvieron a desaparecer y Lisandro pudo escuchar el galope de su corazón. Era como si

volviesen a llamar a la puerta.

Cuando consiguió recuperar la seguridad y creyó que tanto su madre como su novio dormían, abrió la cartera. Lisandro encontró un par de agendas con las tapas de color rosado y cinco carpetas que contenían documentos. En cada carpeta aparecía anotado el nombre de una ciudad. Abrió una al azar. Parecían copias de contratos, facturas y documentos de viabilidad de operaciones y estados de cuentas. Al fondo encontró una especie de anotaciones a mano que le llamaron la atención. Lo retiró un poco, asegurándose de no perder el lugar que le correspondía dentro de la carpeta. Hizo lo mismo con las demás carpetas y consiguió seleccionar al menos un documento por cada carpeta. En la relativa a Barcelona, la más gruesa, seleccionó tres. Pasó un tiempo indeterminado estudiando los documentos hasta hacerse una idea bastante clara de lo que había allí anotado. Era como un cuaderno de bitácora de todos los negocios turbios del clan de los jueces.

Lisandro iba a dedicarse a hojear las libretas de tapas de color rosa para ver si encontraba lo que realmente andaba buscando: algo que indicara que la oferta realizada a la florista solo eran fuegos de artificio. Se dio cuenta de que escuchaba su respiración y el tacto de sus dedos con el papel. Los ronquidos de Jorge habían cesado. Lisandro no le dio demasiada importancia. Al rato, escuchó el ataque de tos de Jorge. Por el ruido de las expectoraciones, concluyó que se había despertado, así que devolvió las libretas, las carpetas y su contenido a la cartera y la cerró a toda prisa. Justo en aquel momento se abrió la puerta de par en par y su madre apareció en el umbral. Su rostro cambió en cuestión de décimas de segundo de la preocupación a la decepción, pasando por la sorpresa, al pillar a su hijo con la cartera de su novio en las manos.

Detrás, asomó la cabeza de Jorge.

Montañas, nieve y sueños

Boo se desveló cuando a la oscuridad le quedaban pocos asaltos para abandonar el ring. Se dio cuenta de que no había avisado a Zacarías y lo llamó para ver si tenía novedades sobre la misión de Lisandro. En la chimenea, el fuego estaba a punto de extinguirse, así que echó un par de troncos como le había enseñado Rosa, colocándolos de tal manera que no cayeran al suelo. Frente al hogar quedaban los restos de la pasión de la noche anterior.

Jairo no encontraba el teléfono y un sudor frío le perlaron la frente y el alma cuando cayó en la cuenta de que tal vez Rosa no tenía teléfono en la casa. Se vistió y salió afuera con la esperanza de ver luz en el hogar de Pere. Pero no hubo suerte.

La nieve dotaba al paisaje de una pureza incierta. Apenas había huellas en la superficie y esperó que no se hubiese helado. Al pisarla, Boo percibió que la capa era fina. Empezaba a amanecer y la luz le permitió observar el paisaje. El pueblo se encontraba en un valle, y detrás se levantaba una roca enorme que le recordó a una Montserrat en miniatura. Al otro lado, y un poco más abajo, comenzaba una vaguada con un vertiginoso descenso que cruzaba las montañas y le permitía hacerse una idea de la altitud a la que se encontraba, pues por la V que formaba podía escrutar el paisaje de las montañas más bajas que precedían al lugar y, al fondo, los límites de la comarca.

—Buenos días —dijo Pere.

El saludo del anciano consiguió que Jairo diera un bote de sorpresa.

—¿Qué tal?

—No me digas que tanto silencio te produce insomnio.

—No, no es eso —excusó—. ¿Y tú?

—Tengo que dar de comer a los animales —explicó—. Bonita panorámica, ¿verdad?

—Es preciosa. ¿La mina por dónde queda?

—No es conveniente que te acerques. Puede ser peligrosa. Mucha madera quedó sumergida y eso hace que, con la putrefacción, genere monóxido de carbono, aumenten los niveles de hidrocarburo y se reduzca el oxígeno. Mucha gente ha bajado allí y ha perdido el conocimiento. En algunas ocasiones las consecuencias han sido nefastas.

Boo se quedó asombrado ante las palabras del anciano.

—¿Las autoridades son conscientes?

—Lo hemos denunciado muchas veces, pero no hacen nada. Dicen que las causas pueden ser muchas otras. Se limitaron a sellar una entrada y pusieron un cartel de «prohibido el paso». Muchas veces eso no es más que una invitación para que la gente entre.

—Es curioso.

—Luego si quieres te acompaño y echas un ojo.

—Me encantaría —aceptó Boo—. ¿Puedo pedirte otro favor?

—Claro.

—¿Puedo hacer una llamada desde tu teléfono?

—Por supuesto. Es el único aparato disponible en dos kilómetros a la redonda. Pasa, está abierto y coge lo que quieras. Rosa no creo que tarde en despertarse.

—Gracias, Pere.

El anciano hizo un gesto con la cabeza y se marchó a realizar sus tareas. Boo observó cómo se alejaba y, transcurridos unos segundos, entró en la casa.

Zacarías cogió el teléfono con voz de sueño.

—¿Te he despertado?

—No. Estaba esperando a que me llamasen. Llevo toda la noche en vela. ¡Pues claro que me has despertado! ¿Qué esperabas llamando a las seis de la mañana?

—Son casi las siete. Perdona... Yo...

—Déjate de chorradas. No sé nada de Lisandro, si es eso lo que te preocupa. Pero ya sabes cómo es. Aparecerá luego como un vendaval y lo pondrá todo patas arriba.

—Yo estoy fuera. Hoy no sé si podré pasarme por allí.

—De acuerdo. No te preocupes, yo me encargo.

—Gracias, Zacarías. Por cierto, Rosa pedirá un poco de tiempo más. No quiere firmar.

Se hizo un silencio al otro lado.

—¿Estás ahí?

—Sí —dijo el viejo falsificador—. Solo estaba pensando. Eso nos dará el tiempo que necesitamos.

—¿Pero?

—No sé. Creo que vamos a ponerla en peligro, Boo.

—Sí, lo sé. Y en peligro ya está.

—Me refiero a que no sé si hacemos esto por ella, por joder a los putos jueces o por nosotros.

Ahora fue Jairo el que guardó silencio.

—Supongo que es un poco las tres cosas —dijo al final.

—Tengo miedo de que le hagan algo malo a esa chica. Por ella y, sobre todo, por ti, Boo. Esa gente no se va a quedar de brazos cruzados cuando los jodamos. Querrán devolver el golpe.

—Si saben de dónde ha venido, sí. Por eso es importante que no descubran que hay alguien detrás de esto. Debe parecer casual. Si lo hacemos como está planeado, lo conseguiremos.

—Tarde o temprano descubrirán que estás con Rosa e irán atando cabos, Boo.

Jairo volvió a reflexionar.

—¿Y qué propones?

—Que se esconda durante una buena temporada. Cuando esto estalle, que se quite de en medio un tiempo. Hasta que todo vuelva a su sitio.

—Ya. Pero eso implica que le explique nuestro plan.

—No sé la manera. Hazlo... Por su bien. Y el tuyo.

—Lo pensaré —prometió—. Nos vemos esta tarde o a la noche.

Jairo colgó y regresó a la casa de Rosa. La mujer todavía dormía. Boo se echó a su lado en la cama y observó su descanso con deleite. Estuvo tentado de pasar los dedos por su cabello, pero reprimió el impulso por miedo a despertarla. Al rato, se levantó y preparó café y tostadas. Iba a llevárselas a la cama cuando apareció Rosa.

Después de desayunar, la florista estaba impaciente por enseñarle la zona a Boo. Lo llevó a la vaguada y le comentó que las montañas que tenían a sus pies formaban la sierra de Picancel. También le explicó que la mayoría de los terrenos donde se hallaban pertenecían a una familia muy importante de la zona. El pueblo siempre había sido muy pequeño y se dedicaba a la ganadería, vacas en su mayoría, y al cultivo de patatas y guisantes. Con la explotación de las minas, creció mucho la población, pero no afectó al pueblo, ya que provenían de otras zonas y se instalaron en una colonia minera cercana y de nueva creación.

Después se internaron en el bosque por un camino amplio rodeado de pinos hasta la colonia minera. Rosa le explicó que, como la inclinación era muy importante, por el desnivel, crearon una especie de teleférico para transportar el carbón. Luego volvieron al pueblo y Rosa le enseñó un prado escondido. Desde allí las vistas volvían a ser espectaculares.

—Este terreno pertenece a mi familia paterna. Muchas veces me han entrado ganas de dejarlo todo en Barcelona e instalarme aquí. Pero no soy capaz de dejar la floristería —declaró Rosa—. Este prado es mi particular campo de sueños. Vengo de vez en cuando y suelo llevarme una buena cosecha —explicó la florista con nostalgia.

—Es un lugar muy agradable.

—Y muy solitario —dijo buscando la mirada de Boo.

Jairo abrió mucho los ojos y buscó, preocupado, señales de animosidad en el rostro de la florista.

—Dime que todo va a salir bien, por favor. Estoy muy asustada.

Jairo la miró, luego rehuyó sus ojos y pateó unas piedras mientras pensaba si explicarle o no lo que iba a suceder.

—Tengo que contarte una cosa.

Boo relató su amistad con Zacarías y Lisandro, lo que significaba el apellido Sobrán en su vida, su participación en lo ocurrido en la notaría y el proyecto que tenían entre manos. Rosa no movió una pestaña en toda la historia. Era como una caríatide a la que no se le podía notar ningún sentimiento.

—Espero que algún día puedas perdonarme.

—¿Todo eso que me cuentas lo has hecho por mí? —solicitó Rosa.

—Por ti, por nosotros y por justicia.

—¿Tenemos alguna esperanza?

Boo no sabía qué contestar.

—Con esa gente la esperanza es algo que no está muy al alcance. Cuando todo explote, tendrás que esconderte.

Este puede ser un buen lugar. Entre Pere y yo te protegeremos.

Rosa no despertaba de su letargo expresivo. Seguía ensimismada.

—Desde que aparecieron esos tipos, supe que iba a tener problemas. Y yo, aun así, me empeciné en resistir.

—Tú no eres culpable de nada, Rosa. Esa gente cree que puede hacer lo que se le antoje porque comparten un apellido y se creen que todo les pertenece por sangre.

—Este pueblo murió por culpa de gente como esa. No se les puede vencer. Tampoco podemos renunciar. Les plantamos cara —dijo Rosa con una calma que inquietaba a Jairo—, y pagaremos el precio que nos quieran pedir. Es así. No tenemos escapatoria. Por mucho que nos escondamos.

—No dejaré que te hagan daño.

—Ya me lo han hecho, Boo —dijo la mujer tomando el rostro de Jairo entre las manos—. No voy a rendirme. Lucharemos hasta el final. Y vamos a ganar. Ve pensando cómo acabar con ellos. Por si el proyecto que tienes entre manos tan solo es otra estocada.

Orgullo o vida

A Boo todavía le resonaban las palabras de Lisandro cuando hablaron por teléfono: «Recuerda que soy un yonqui de mierda. Tampoco pasa nada porque me pillen husmeando en la cartera del novio de mi madre...». Pero Jairo no tenía las cosas tan claras. Si, como dijo Lisandro, aquel tipo guardaba información sobre los negocios turbios del clan de los jueces, podía sospechar y poner a los gatos pardos de Melitón detrás de sus pasos. Si eso ocurría, toda la labor que habían realizado se quedaría en nada y, además, pondría en peligro sus vidas. O tal vez no se iría de la lengua por miedo a que cayera sobre él la cólera de los Sobrán. Solo podían hacer una cosa: esperar a que el tiempo hablara por ellos.

Lisandro no encontró nada que desvelara el verdadero objetivo de la oferta realizada a Rosa. En ese punto, no habían avanzado mucho. Lo que sí quedaba bastante claro era la envergadura de las cloacas que regentaban los jueces. Estaban metidos en casi todas las actividades ilegales importantes y todas tenían que ver con el tráfico: drogas, prostitución y armas. Aparte de todos los negocios urbanísticos que ostentaban.

Con todo y con eso, no tenían nada, ninguna copia de los documentos. Solo el testimonio de Lisandro. Que, salvo para hacerse una idea de la envergadura de los sujetos contra los que estaban actuando, no servía de mucho más. Tampoco ayudaría tener copias de los documentos. Los jueces lo tenían todo atado y bien atado y, por muchas filtraciones que hubiese, no conseguiría hacer tambalear su emporio. A saber desde qué tiempos inmemoriales había un Sobrán a cargo de los negocios más turbios del país.

Boo recordó las palabras que le dijo Rosa en aquel lugar precioso, un oasis en el prepirineo catalán. Tal vez la florista tenía razón y la única solución posible era acabar con los jueces. Aunque, en el camino de regreso a Barcelona, la mujer ya no estaba tan segura de lo que le había pedido y le suplicó que lo dejara estar. Le dijo que vendería la finca por el valor de mercado y le pidió que huyeran juntos, lejos, muy lejos, a Sudamérica o cualquier otro lugar remoto.

Pere al final no bajó. No había podido encontrar a nadie que le cuidara los animales en su ausencia y Rosa lo convenció para que no lo hiciera. No quería poner en peligro al anciano.

La cabeza de Boo iba una y otra vez a la idea de Rosa de acabar con los jueces. No podía pensar en otra cosa. Tal vez era la única solución que existía. La única salida. Jairo era consciente de la dificultad que entrañaba. No iba a ser fácil y seguramente cogerían al autor. Eso no le importaba. No tenía miedo a sacrificarse por Rosa, Zacarías y Lisandro. Había pasado más de la mitad de su vida en la cárcel. Era un lugar que ya no le asustaba. Eso o idear la manera de que no pudiesen vincularlos con los hechos. Pero Boo no podía pensar con claridad, tenía demasiados frentes abiertos y muchas incertidumbres. Tal vez lo más sensato fuese acabar el proyecto y dejarlo preparado para activarlo en un futuro, cuando la situación así lo requiriese. Quizá también era una solución la otra propuesta de Rosa: huir juntos.

Boo decidió acercarse al lugar donde trabajaban Zacarías y Lisandro para explicarles esa posibilidad y saber qué les parecía. No acababa de gustarle dejar que los jueces se saliesen con la suya y olvidar todo el sufrimiento que habían generado en su familia y suponía que a Zacarías y a Lisandro tampoco les haría ninguna gracia. Pero estaba bastante perdido y necesitaba conocer la opinión de sus amigos al respecto.

—A mí me parece que es lo mejor que podéis hacer —dijo Zacarías—. Nos hemos divertido mucho trabajando en este proyecto. Tampoco pasa nada por dejarlo dormir un tiempo o eternamente. Quién sabe. Puede que un día se descubra y se arme un cristo de tres pares de cojones.

Lisandro no parecía muy convencido. Todavía le afectaba lo sucedido en casa de su madre.

—¿Estás bien, Lisandro? —interrogó Boo—. ¿Tu madre sigue enfadada contigo?

—No es eso. Mi vieja siempre acaba perdonándome, ya lo sabes —soltó—. Solo que me he sentido superguay realizando esto y me da un no sé qué dejarlo dormido. Esos cabrones se merecen que paguen por todas las vidas que han jodido. No me gusta huir y que ganen ellos. No me gusta, Boo. Lo siento —añadió. Luego jugó con un cigarro y se pasó las manos por el pelo. Las piernas las movía sin parar—. Tal vez debería darme igual y seguro que, cuando vuelva a meterme de todo, me olvidaré. Pero estas son las cosas que me empujan a hacerlo. Creía que por fin iba a hacer algo grande. Algo de lo que sentirme orgulloso, ¿sabes? —Lisandro encendió el cigarrillo, aspiró con fuerza y

soltó una gran nube de humo—. Y eso me pone mucho más que cualquier mierda que me meta en la puta vena.

Boo y Zacarías miraron a Lisandro. Estuvieron en silencio, meditando las palabras que acababa de decir, hasta que Lisandro acabó de fumar.

—Tienes razón —aceptó Boo—. No puedo pedirlos que abandonéis ahora. Ni siquiera estoy seguro de que no sea demasiado tarde.

—¡Espera! —cortó Lisandro—. Que yo sienta eso no quiere decir que no sea lo correcto huir y dejarlo todo. No sé si me explico. Lo que yo digo es que no pasa nada porque os vayáis. Pero yo no voy a hacerlo. Al menos no hasta que no vea la cara que se les queda a esos capullos cuando destapemos la caja de los truenos.

—Es una locura, Lisandro —dijo Zacarías—. Boo tiene razón. Incluso iría más lejos: abandonaría ahora mismo el proyecto.

—¿Y todo el trabajo que hemos hecho? A la mierda, ¿no? Yo no estoy de acuerdo. Iros vosotros y yo me encargo de velar por acabarlo —dijo Lisandro—. Y ya os aviso de que no voy a dar mi brazo a torcer. Es lo que hay. Lo tomáis o lo dejáis. Pero yo continúo. Pase lo que pase. Y entiendo que vosotros queráis dejarlo. No os voy a juzgar. Tú, Boo, tienes que proteger a Rosa. No dejes que nada cambie eso. Márchate. Yo me reuniré con vosotros en algún momento. Prometo visitaros.

Boo iba a decir algo. Zacarías lo detuvo cogiéndole del brazo.

—Lisandro tiene razón. Podemos dejarlo todo preparado para que él continúe con el proyecto. En tres o cuatro días estaremos en disposición de dejar el país. Pero tendrás que convencer a Rosa para que lo abandone absolutamente todo. No firmará nada con los jueces y el dinero ya sabes que no será problema durante un tiempo. Lisandro se encargará de hacernos llegar recursos.

Boo escondió el rostro entre las manos. No acababa de gustarle la idea y las palabras de Lisandro resonaban en su cabeza. Su amigo tenía razón. Esos jueces no podían salirse con la suya. En la balanza pugnaba golpear con vivir. Y él elegía vivir.

Tristeza, dolor y rabia

La noche había caído como la erupción de un volcán y no hacía enemigos a su paso. Los pocos transeúntes que transitaban por la calle se movían deprisa y no precisamente para quitarse el frío, que era intenso. Boo notó que la oscuridad de aquella velada tenía algo de aterrador. De propicio para que las puertas del infierno se abrieran de par en par y dejaran salir a una legión de demonios con sed de sangre y almas.

El silencio solo era roto por las sirenas de los coches de policía, que respunteaban la noche con malos presagios. Jairo estaba inquieto y no quería meterse en casa. Dudó si ir a visitar a Rosa, pero no quería ponerla en peligro. Volvía a tener la sensación de que alguien lo seguía, aunque todas las veces que trató de comprobarlo no consiguió descubrir que así era.

Se bajó del autobús y decidió ir dando un paseo hasta la zona de los Encantes. Todavía resonaban en su cabeza las palabras de Lisandro. Con un poco de suerte, lo encontraría en alguno de los bares cercanos. No conseguiría transmitirle con palabras las sensaciones que notaba. Necesitaba empaparse de su compañía y recordar viejos tiempos.

Lisandro esperaba en una mesa a que llegara Jorge, el novio de su madre. Animado por las palabras de su progenitora, quería volver a pedirle disculpas por lo ocurrido la noche anterior, pero el tipo se retrasaba. Era tarde y en el bar empezaba a escasear la clientela. Lisandro pidió otra cerveza. Si al acabársela no había llegado Jorge, se largaría de allí.

Le quedaba menos de la mitad de la bebida cuando entraron dos tipos que se quedaron mirando a Lisandro. Uno se dirigió a la barra y el otro pasó cerca de la mesa donde estaba Lisandro. El individuo lo miró fijamente con descaro, rodeó la mesa sin quitarle el ojo de encima y dio una vuelta por todo el local, escudriñándolo todo y, después, se dirigió a la barra a reunirse con su colega.

—Es él —dijo al otro sin atisbo de miedo a que le oyese Lisandro—. No tiene escapatoria.

El otro tipo se giró y también miró fijamente hacia el lugar donde se encontraba Lisandro, que empezaba a tener miedo.

El que dio la vuelta al local pidió un batido de chocolate caliente y el otro una horchata. El camarero le dijo que no tenían la bebida a base de chufa y pidió un vaso de leche templada.

—Ni fría ni caliente, ¿entendido?

El camarero fue a preparar las bebidas y los tipos se quedaron de espaldas a Lisandro.

—Hace una noche de perros —dijo el más alto, el que no pidió horchata.

—Y no va a mejorar —contestó el otro.

—Acabemos cuanto antes con esto —propuso el primero.

—Tómame el batido caliente. No hay prisa.

Lisandro se puso muy nervioso. Tenía que salir corriendo de allí cuanto antes.

Jairo había visitado tres bares, pero no encontraba a Lisandro. Se le acababan las opciones. Se acordó de uno que le comentó y al que iba cuando quería estar tranquilo y que nadie le molestase. Estaba a un par de manzanas de donde se encontraba y puso rumbo al nuevo destino.

Lisandro buscaba una manera de escapar de allí. Por la puerta principal era imposible, pues los dos tipos estaban muy cerca. Recordó que junto al lavabo había una ventana que daba al callejón. Sería difícil escapar por allí sin llamar la atención, pero era la opción menos mala y, con un poco de suerte, al tipo que escudriñó el bar se le había pasado por alto.

—Mierda, me he quemado la lengua —gritó el más alto dando un salto.

El otro rompió a reír.

—¿Qué cojones te hace tanta gracia? Me tienes harto. No aguanto más. Quiero pirarme a mi casa. Así que se acabó —gruñó el tipo buscando algo dentro de la chaqueta.

La situación propició que Lisandro se levantara de la silla y se dispusiese a escapar de allí.

El tipo sacó lo que buscaba dentro de su abrigo ante la atenta mirada de su compañero.

—Acabemos de una vez —soltó.

Alzó la pistola y disparó tres veces a la espalda de Lisandro. Una bala le impactó cerca de la clavícula. Otra le rozó el brazo. La tercera le alcanzó de lleno en la cabeza. La sangre tiñó el anuncio de una conocida marca de refrescos y Lisandro cayó muerto a escasos pasos de la ventana.

Boo no escuchó las detonaciones ni vio la deflagración, pero algo le empujó a detenerse a unos metros del local y contemplar el letrero de neón con el nombre del bar: El descanso del guerrero.

Al poco, volvió a escuchar cómo las sirenas de la policía rasgaban la noche y se aproximaban al lugar en el que se encontraba. En el momento en que el primer coche se detuvo junto a la entrada del establecimiento, Boo salió corriendo. Cuando llegó, la policía no le permitió pasar. No pudo evitar el grito de tristeza, rabia y dolor al comprobar que el cuerpo que yacía encima de un charco de sangre era el de Lisandro.

El tercer ojo

Lisandro fue enterrado en el cementerio de Montjuich. Boo y Zacarías observaron el sepelio desde un lugar discreto y a salvo de las miradas inoportunas. Los gritos desgarradores que partían el pecho de la madre de Lisandro hacían que las gaviotas mostraran curiosidad y se posaran en las farolas cercanas. Era una mañana fría y soleada. No había mucha gente. La mayoría de asistentes eran camellos y toxicómanos que se acercaron desde el próximo barrio de Can Tunis.

Boo dio un codazo a Zacarías cuando descubrió al hombre que intentaba consolar a la madre de Lisandro.

—Ese debe de ser el novio de la madre. El muy hijo de puta se fue de la lengua.

Zacarías observó al hombre que señalaba Jairo.

—Maldito cabrón.

El viejo falsificador observó al tipo y buscó con la mirada elementos sospechosos.

—Mira allí, Boo —dijo señalando a dos tipos que se miraban las uñas aburridos—. ¿Gatos pardos?

Boo asintió con odio. Son los tipos que extorsionan a Rosa. Deben de estar vigilando.

—¿Crees que son los que se cargaron a Lisandro?

—Lo dudo. Se hubiese deshecho de ellos sin problemas. Los que mataron a Lisandro fueron unos profesionales.

Zacarías volvió a dar un toque con el codo a Jairo. Los enterradores sacaban restos del ataúd del nicho donde iban a meter a Lisandro. Entre los restos pudo verse un esqueleto ataviado con un traje raído.

—Nuestro hombre se mueve. Deben de darle repelús los cadáveres.

Jorge encendió un cigarro y se alejó un poco de los restos del padre de Lisandro, muerto quince años atrás. Mientras, los operarios doblaron los restos en dos y los colocaron encima del féretro en el que Lisandro descansaba en paz.

Boo apuntó con un dedo a los tipos que zanganeaban apartados de la multitud. Hizo un sonido como si su dedo disparase y él fuese un vaquero que le daría con su Winchester a una brizna de trigo desde cien metros de distancia. Así hasta tres veces. Imaginó cómo la gente se dispersaba y un agujero con borde quemado aparecía en el entrecejo de los dos tipos y el novio de la madre de Lisandro. Como si de un *bindi* se tratara. En el preciso lugar donde se halla el chacra del tercer ojo: el de la sabiduría.

Huevos y naranjada

Justino Sobrán almorzaba en el reservado de un club selecto. Había pasado una noche de perros debido a sus problemas estomacales y tenía un humor peor del habitual. Hizo llamar a Ricardo para que le explicase esa información que había conseguido. Su primo se retrasaba y eso hizo que se ofuscase un poco más. Rompió el huevo, hizo un gesto de disgusto y llamó al camarero.

—¿Cuántas veces he de decir que quiero los huevos en su punto? Ni que la yema esté hecha ni que al pinchar se derrame. No creo que sea tan difícil —dijo Justino con rabia—. Dile al cocinero que se los coma él y que hablaré con la dirección para que le busquen un sustituto.

El camarero miró a Justino con mezcla de sorpresa y temor.

—Habrá sido culpa mía —se excusó—. Quizá he tardado demasiado en servirlos.

—¿Culpa tuya? ¿Prefieres que te echen a ti a la calle por defender a un compañero?

—Tiene familia.

—Así no llegarás muy lejos —dijo Justino derramando el zumo de naranja a propósito—. Y recoge esto, ¡rápido!

El camarero no movió ni una pestaña. Pensó si sus padres se enfadarían, había conseguido el puesto gracias al hermano de su madre. Sonrió y negó con la cabeza.

—Tal vez no llegue muy lejos. Pero, sobre todo, me aseguraré de no llegar al mismo lugar donde se encuentre usted.

El camarero lanzó el trapo que llevaba sobre el brazo a Justino. Le alcanzó en plena cara.

—¡Recójalo usted! —añadió.

Justino no se esperaba aquello. El muchacho sudaba y se quedó clavado al suelo. Los ojos del juez se inyectaron en sangre. El camarero reaccionó y se dio media vuelta dispuesto a marcharse. Justino lo llamó a gritos, lo increpó y lo amenazó con no volver a encontrar trabajo en su vida. Pero el camarero hizo oídos sordos y siguió su camino cogiendo aire para intentar aplacar su corazón desbocado.

Ricardo Portales entró en el reservado mientras otro camarero acudía a recoger el estropicio que había montado Justino, que degustaba unos huevos a su gusto ajeno a la presencia del camarero.

—Por fin. Llegas tarde —dijo Justino a modo de saludo. Su humor había mejorado.

—Un café bien cargado, por favor —solicitó Ricardo—. Cuando pueda.

—¿Qué es eso tan importante que has descubierto? —preguntó Justino haciendo un gesto al camarero para que los dejara a solas.

Ricardo se sentó frente a su primo, sacó unos papeles del maletín y los lanzó al regazo de Justino. Era un informe de la seguridad social.

—El malnacido que mató a mi padre ha trabajado en la floristería —dijo Ricardo entre dientes—. Ese cabrón seguro que tiene algo que ver con todo lo que ha sucedido. He investigado al abogado que ayudó a ese cerdo a salir de la cárcel, pero no sabe quién lo contrató, le dieron un nombre más falso que un duro sevillano.

Justino mostró un atisbo de sorpresa y leyó el informe que le había arrojado Ricardo.

—Muy poco tiempo —declaró—. Puede ser una casualidad.

—Ya. Y a los gatos de Melitón se les ha escapado, ¿no?

Justino volvió a reflexionar.

—Tal vez —soltó pensativo. Tras unos segundos, añadió—: Por eso el trabajo de liquidar al hijo de la novia de Jorge se lo encargué a otra gente.

—Seguro que estaban compinchados. Vuelve a contratarlos para que se carguen a ese hijo de puta.

—No te dejes llevar por impulsos, Ricardito. Creo que se me ha ocurrido una idea para matar dos pájaros de un tiro.

Justino le explicó el plan a su primo. Sonrió y los ojos se le llenaron de lava. Le gustaba el plan. Tenía que reconocer que era brillante.

—¿Cuánto tiempo añadido le diste a esa zorra para que se pensara la oferta?

—En dos o tres días tenemos que tener respuesta —calculó mentalmente Justino—. ¿Y qué más da eso ahora?

—añadió con una sonrisa y abriendo los brazos.

Ricardo soltó una carcajada. Cuando el silencio volvió a reinar en el reservado, preguntó:

—¿Y qué harás con Melitón y su gente?

—Sabes muchas cosas. No podemos deshacernos de ellos de hoy para mañana. Pero lo haremos poco a poco. Van a tener una mala época —sonrió Justino— y acabarán extinguiéndose.

El hundimiento

Ricardo y Justino salieron del club con un humor renovado. La mañana era plácida y el viento había dejado de hacer volar su látigo. La semana laboral llegaba a su fin y la ciudad era consciente de ello. No tenían compromisos hasta pasadas unas horas, por lo que decidieron ir dando un paseo hasta la manzana que los llevaba de cabeza el último año. Justino deseaba ver *in situ* el lugar para proyectar en su cabeza el alcance de las obras que culminaría en su entrada en la historia de la ciudad junto a apellidos tan ilustres como los Güell.

Ricardo pensaba que el idiota de su primo tenía delirios de grandeza, pero le siguió el juego. Comenzaba a cansarse de la compañía de Justino, así que le propuso que le acompañara a un local de alterne de mucho prestigio que había a unas manzanas de allí. Sabía que Justino rechazaría de inmediato la invitación, se enfadaría y lo despacharía con viento fresco.

No le dio tiempo.

El suelo empezó a temblar y un estruendo sonó cerca de donde se encontraban. Al instante, una nube de polvo lo cubrió todo. Justino comenzó a gritar presa del pánico y se agarró con uñas y dientes a un Ricardo que, también azorado, no perdió la compostura.

Ricardo no veía con claridad. Se palpó por si había alguna herida, pero no encontró nada. Tan solo le costaba un poco respirar. Tanteó el cuerpo de su primo, que parecía un niño pequeño y asustado. La intuición le dijo que, si caminaban hacia el sur, irían en sentido contrario al lugar donde se había escuchado el impacto. Tras unos metros, comprobó que no se equivocaba y la nube de polvo iba desvaneciéndose.

Cuando se sintieron a salvo y fueron recobrándose del impacto, preguntaron a la gente que se arracimaba en la zona. Les dijeron que se había hundido la calzada descubriendo un socavón muy grande.

Justino y Ricardo esperaron cargados de polvo hasta que la nube se dispersó lo suficiente. Querían comprobar cómo había quedado la manzana que les pertenecía.

El socavón se abría cerca del lugar donde se encontraba la floristería y, por suerte, se trataba de una calle sin apenas tráfico ni peatones. Gracias a eso no tenían que lamentarse pérdidas humanas. De repente, una horda de vehículos con sirenas lo inundó todo. Bomberos, policía y ambulancias descendieron de sus automóviles y acometieron con presteza sus funciones. De inmediato se acordonó la zona. El boquete en el asfalto era casi como el de un campo de baloncesto y se había llevado un par de vehículos estacionados y tres o cuatro motocicletas.

Un tema de altura

—¿Un casino...? —preguntó con desdén el alcalde.

—Un casino romano-visigodo —dijo el técnico municipal.

—¡Mierda! Un puto casino romano. —El alcalde se removió en su butaca de piel de camello. Los pies no tocaban el suelo y tuvo que darse impulso por no accionar el mecanismo y descender la silla un poco—. ¿Sabes los intereses que hay puestos en esa manzana? Deja a los arqueólogos municipales unas semanas para que recojan unos cuantos objetos. Luego que lo cubran. Restos romanos en el Eixample, es de locos.

—No teníamos registro de que hubiese una posada de origen romano. Por allí sí que pasan ciertos canales antiguos que llevaban agua a la ciudad amurallada. Pero no era de los principales. Es un tema que ha sorprendido al mundo académico.

El alcalde hizo un gesto de molestia.

—¿En qué quedamos? ¿Una posada o un casino?

—En aquellos tiempos los juegos de azar se practicaban en muchos sitios. Era frecuente que se usara un local en una posada —aclaró el técnico.

—Nos ha jodido con los putos romanos. Les daban a todos los vicios, ¿no? Luego se quejan de que seamos lo que somos.

El técnico levantó las cejas y prefirió guardar silencio.

—¿Eso es todo? —preguntó el alcalde.

—No —dijo el técnico sacando una imagen de la carpeta que apoyaba contra su pecho—. También había esto.

El alcalde cogió la imagen y le echó una mirada furtiva. Era como un pequeño dibujo en barro de la crucifixión de cristo con una inscripción y que parecía realizada por un niño de preescolar.

—¿Qué mierda es esta? ¿Lo que ha hecho tu hijo en el cole para Navidad?

—No, señor alcalde, es una pieza romana de valor incalculable.

—Pues yo no pagaría ni un duro.

El técnico hizo un gesto de paciencia ante la tosquedad del alcalde.

—La inscripción está en catalán.

—¿Y qué?

—Que, si es verdadero, como así parece, estamos hablando de que en el siglo v ya habría evidencia de texto en catalán. Le recuerdo que, hasta este momento, los primeros textos escritos en lengua catalana datan del siglo xii. Para ser exactos, la versión catalana del *Forum Iudicum* y el sermonario *Les Homilies d'Organyà*, ambos del siglo xii.

El alcalde se quedó paralizado. El lápiz que hasta ese momento chupaba como si fuese un caramelo se le cayó al suelo. Hizo que la silla descendiera y, todavía con la boca abierta, descolgó el teléfono y esperó la voz del secretario.

—Tú —soltó dirigiéndose al técnico—. Paraliza todo lo que tenga que ver con esa manzana hasta nuevas órdenes.

—¿Iniciamos los expedientes de expropiación de todas las fincas?

El alcalde abrió mucho los ojos.

—Espera a que hable con... —solicitó al técnico que aguardase un momento con un gesto—. ¿Luis? Pásame al *Molt Honorable President*.

CUARTA PARTE

Fakes

Boo leía los periódicos con regocijo y algo de tristeza. Le hubiera gustado que Lisandro pudiese ver su obra. Gracias a él el proyecto había sido todo un éxito. Mucho más grande del que nunca se pudieran imaginar. Lisandro se entendió a las mil maravillas con Zeus y consiguió todo lo que le demandó este, por complicado que pareciese. Cuanta más dificultad entrañaba, más entusiasmo y efectividad aportaba Lisandro. Tuvieron que traer piedras romanas con las mismas características sedimentarias del terreno en el que iban a colocarse. Por suerte, no tuvieron demasiados problemas al encontrar una pequeña construcción antigua gracias a los contactos que Lisandro hizo con un profesional que no tenía ninguna titulación, pero había dedicado toda su vida al estudio de la Barcelona oculta. Aseguraba que la ciudad estaba repleta de esos restos que el gobierno ocultaba en muchas ocasiones en las que salían a la luz. Eso los llevó a trasladar el proyecto unos cuantos metros, siguiendo el canal romano antiguo. Así ganarían en eficacia y verosimilitud y quedaría más centrado. El aficionado se movía como pez en el agua por una red de alcantarillado, en muchas ocasiones todavía romano, estaciones de metro abandonadas, antiguos refugios de la guerra y pasadizos ocultos que conectaban diferentes lugares de la ciudad por el subsuelo. Un universo cargado de hermetismo, misterio, magia y oscuridad. Por muy loco y excéntrico que pareciese, el tipo era una eminencia en el conocimiento de la otra Barcelona, la enterrada. Si no llega a ser por aquel hombre, Jairo no hubiese podido deglutir toda la información que había conseguido en las bibliotecas y archivos históricos de la ciudad y, posiblemente, hubiese provocado un error que diera al traste con toda la operación o que se descubriese enseguida todo el pastel. Gracias también a Lisandro consiguieron que el derrumbamiento programado no dañara la obra que habían realizado. Incluso acertó el número de vehículos que caerían en el boquete que se abrió en la calzada. Tampoco fue difícil elegir el momento adecuado para evitar víctimas. No era un lugar muy transitado, a diferencia de la calle con la que se cruzaba, una de las arterias de la ciudad.

Por lo que decían la mayoría de los titulares, ahora había dos grandes grupos enfrentados: los que aseguraban que todo era un montaje y los que decían que los hallazgos eran originales. Incluso otros especialistas en cloacas, las del Estado, con su sempiterno rechazo a lo que no fuesen sus ideales de dios, patria y lengua, iniciaron una campaña de denuncia contra el gobierno catalán por montar todo aquel tinglado con fines fundamentalistas. Habían apoyado campañas que intentaban desprestigiar el hallazgo y aseguraban que, en realidad, se demostraba por algunos restos que los antiguos catalanes eran una secta secreta anticristiana que sacrificaban bebés y se bebían su sangre y se comían sus huesos machacados. Aseguraban que fueron la raíz de la creación de los masones y templarios catalanes como Roger de Flor y sus almogávares y otras paparruchas varias. Jairo no alcanzaba a imaginar que el más viejo de los Sobrán era uno de los que lo incentivaban, en este caso, además, con otro objetivo oculto, el de evitar que su manzana saliese perjudicada. Amenazaban con llevar las expropiaciones ante el más alto tribunal estatal. Allí no tenían ninguna duda de que su recurso sería aceptado. En el mundo académico se había abierto mucho debate. Las contradicciones que los hallazgos planteaban y reescribir toda la historia oficial eran dos de las mayores barreras. No cuadraba con ninguna teoría actual y, tanto los restos como el yacimiento, planteaban muchas dudas a los especialistas. Los que todavía no tenían un veredicto definitivo y querían estudiar con calma lo hallado, callaban. Los que estaban seguros de su originalidad y falsedad, gritaban su verdad haciendo oídos sordos a las afirmaciones de los demás.

Boo no hubiese imaginado nunca la trascendencia de lo que habían creado. Él y Zacarías estaban seguros de que, si ahora declarasen que todo era un montaje y pidiesen disculpas por lo realizado, nadie les haría ningún caso. Se les había escapado de las manos y no podían controlarlo.

Lo que también consiguieron fue que los jueces todavía no hubiesen reaccionado. Ahora las miradas se dirigían al subsuelo de su manzana y salía mucha información a la luz. La prensa menos controlada había iniciado investigaciones sobre el lugar y su entorno para ampliar el contexto y poder sacar sus propias conclusiones. Muchas no tenían apenas repercusión, pero evitaba las reacciones de los jueces. Rosa, Jairo y Zacarías de momento no estaban en peligro o, al menos, eso era lo que pensaban ellos. Ni los propios jueces se planteaban que aquello se debiese a un montaje de Jairo y compañía y blasfemaban continuamente contra el gobierno catalán y los orígenes romanos de la ciudad.

Navajas y venganzas

El invierno pensaba en jubilarse cuando Jairo trasplantó su ejército heleno. Las plantas habían crecido y tenía que ir con mucho esmero para cuidarlas sin tener ningún disgusto irreparable. Dejó los guantes para consultar un aspecto en el libro de jardinería. Al abrir el tomo, apareció la tarjeta que le dio Rosa, la que le dejó el detective privado. Al final no lo había llamado y él tampoco volvió a aparecer. Estuvo a punto de tirarla a la basura, pero como marcapáginas le ofrecía una utilidad, de manera que lo preservó.

Esa misma tarde, Rosa iría a dormir a su apartamento y, al día siguiente, nada más levantarse tenían planeado marchar juntos al lugar secreto de la florista en el prepirineo. Visitarían a Pere y crearían su particular jardín en el prado propiedad de la florista. Por eso Jairo estaba escogiendo las plantas más resistentes y las que podrían sobrevivir al clima de allí. Rosa hacía lo propio con las que tenía en la tienda.

El piloto suicida continuaba trabajando en la floristería. Rosa mantenía que le era de gran ayuda y que tenía buenas manos para las plantas. Ahora vivía compartiendo piso con un grupo de estudiantes y pensaba en recuperar los estudios abandonados años atrás.

Zacarías visitaba con frecuencia la tumba de Lisandro. Muchas veces lo acompañaba Boo, y las flores frescas de temporada nunca le faltaban. El viejo falsificador, cuando acudía solo, se sentaba en un banco cercano al nicho y observaba el mar y el puerto. Se pasaba allí unas cuantas horas. Le gustaba la tranquilidad y el silencio que reinaba en el camposanto. A veces ayudaba a ancianas, sobre todo si tenían que encaramarse a una de aquellas horribles escaleras, a mantener las tumbas de sus familiares. Siempre llevaba encima la navaja que Lisandro le regaló. Esperaba que algún día se tropezase con Jorge, el novio de la madre de Lisandro. Boo había insistido en dejar las cosas como estaban. Pero Zacarías aguardaba la oportunidad de encontrárselo y ajustar cuentas con él. Confiaba en que, si se atrevía a rajar a aquel malnacido, la policía creería que se trataba de otro atraco frustrado en el cementerio. Aunque el viejo falsificador dudaba de ser capaz de matar a nadie, nunca se olvidaba de coger la navaja. Lo entendía como una prueba del destino. Si el azar hacía que Jorge se cruzara en su camino, sería la señal de que debía matarlo. Siempre se mostraba taciturno ante aquella posibilidad. Llegaba un poco agobiado y con tintes de ansiedad y se mostraba nervioso hasta que el entorno conseguía relajarlo. Cuando llegaba la hora de marcharse y, por enésima vez, no aparecía el tipo, suspiraba resignado y una especie de alegría le embargaba por poder irse sin las manos manchadas de sangre. Hasta que una tarde vio a la madre de Lisandro. Llevaba unas flores en la mano. Zacarías pensó que eran para la tumba de su hijo, pero se equivocó. La mujer parecía muy afectada y decidió seguirla. Unas calles más arriba, vio que las depositaba junto a un nicho que recibía, más que los demás, los encarnizados embates del clima. Zacarías se hizo el encontradizo y saludó a la mujer.

—Buenas tardes —dijo la mujer—. ¿Nos conocemos?

—Sí, era amigo de su hijo. La he visto pasar y...

—Ahora iba a visitar la tumba de mi Lisandro. Primero quería dejar unas flores a Jorge.

Zacarías abrió mucho los ojos al escuchar el nombre. Estuvo a punto de decir que lo sentía mucho, pero no quiso mentir.

—Vaya...

—A los dos meses de morir mi hijo, se fue. No he visto a nadie sufrir tanto —dijo la mujer con los ojos llenos de lágrimas—. Un cáncer de páncreas, ¿sabe? Encima decía que se lo tenía merecido. Desde la muerte de Lisandro era otro. Debió de afectarle mucho, aunque nunca quería hablar del tema.

Zacarías sonrió y acarició las cachas de la navaja dentro del bolsillo de la gabardina. De repente sintió como si descansara después de quitarse un enorme peso de encima.

Volvería a visitar la tumba de Lisandro, pero ya no sería con la misma asiduidad de antes ni se quedaría tanto tiempo. Tampoco llevaría con él la navaja. La guardaría para ayudarse en algún trabajo de falsificación, como una herramienta más. Ni se le ocurriría nunca asegurarse de que el nicho de Jorge estuviese clavado en el lugar donde el tiempo se empecinaba en enseñarse.

Perdóname

Rosa llegó tarde al apartamento de Boo. Jairo la había llamado un par de veces, preocupado, a la floristería y nadie cogía el teléfono. Cuando apareció, se la veía pálida y taciturna. Jairo le preguntó si ocurría algo, pero Rosa solo contestó con evasivas. Lo achacaba a un virus primaveral o al cambio de tiempo. Aun así, insistió en practicar sexo. La florista se demoró en los prolegómenos y parecía que nunca se quisiera apartar de Jairo. Con cada caricia de su amante, ella parecía que fuese a morir de placer y pena a partes iguales. Boo estaba desconcertado, el cuerpo de Rosa respondía a los juegos sexuales, pero la cabeza de la florista parecía que estuviese sufriendo. Boo quiso parar en un par de ocasiones. Rosa no le dejó y se obstinó en que culminaran el acto. Cuando por fin se colmaron de placer, la florista rompió a llorar. Jairo, con palabras dulces, quiso saber qué le sucedía. La mujer se excusó con que eran cosas de mujeres. Boo no se separó de ella hasta que los sollozos dieron paso al silencio y la florista le regaló la sonrisa más triste que había sentido nunca. Luego Rosa se levantó y recogió el preservativo del pene flácido de Boo.

—¿Quieres agua? —preguntó.

Boo asintió acariciándole la espalda. Rosa no era capaz de aguantar la mirada de su amante.

La florista se levantó y fue a buscar la bebida. Tardó bastante en regresar. Boo vio que había vuelto a llorar. Estaba preocupado. Nunca había visto así a Rosa y le dolía el hermetismo de la mujer.

—¿Vas a contarme qué demonios te pasa? ¿Han vuelto esos tipos por la floristería?

Rosa negó con la cabeza haciendo un esfuerzo por pasar el nudo que le atoraba la garganta.

—Nada... Tranquilo. Bébetelo eso —dijo alargándole el vaso—. Y duerme. Yo estoy bien, cielo.

Boo cogió el vaso y bebió un trago, luego le ofreció a Rosa, pero ella negó con la cabeza haciendo un esfuerzo para no romper a llorar de nuevo.

Jairo, muy preocupado, se echó en la cama y arrastró a Rosa a su lado. La mujer se ovilló entre los brazos de Boo con la mirada más desvalida que había visto nunca. Le recordó a la de un niño temeroso en su primer día de reformatorio.

—Perdóname —susurró Rosa instantes antes de que Jairo cayera en un sueño profundo.

Suicidas y huidas

Boo se despertó gracias a los lametones que Luna le prodigaba en el rostro. La lengua áspera del gato le hizo estornudar cuando uno de los lametones le cubrió la nariz. Jairo tenía un dolor de cabeza horrible. Como si se hubiese pasado con los chupitos o con las pastillas de dormir. No se acordaba de casi nada de lo ocurrido la noche anterior. Le costó mucho incorporarse y no podía mantener apenas los ojos abiertos. Se sentó en el lecho y se pasó las manos por la cara, como si quisiera quitarse la máscara de sueño y dolor que le cubría el rostro. Notó que tenía las manos húmedas y lo achacó a las babas del felino. Un acceso de asco hizo que se despertara un poco más. Se miró las manos y comprobó que estaban manchadas de sangre. Dio un brinco en la cama y cayó al suelo. Se giró para mirar encima del colchón y lo que descubrió lo dejó del todo paralizado.

El cuerpo sin vida de Jaime, el piloto suicida, yacía en la cama cosido a puñaladas. El arma, un cuchillo de cocina, reposaba a su lado, ensangrentado. Jairo no sabía cómo reaccionar y se repetía que eso no podía estar pasando. Recordó la noche anterior, pero todo estaba muy borroso. Se preguntó qué era lo que había sucedido esa noche y dónde se encontraba Rosa.

Jairo corrió al lavabo y se dio una ducha fría que le ayudó a calmarse un poco y eliminar la sangre. Se vistió y pensó que lo mejor era llamar a la policía. Se acordó de la tarjeta del detective privado y decidió llamarlo a él, pero algo hizo que se detuviese y prestara atención a lo que sucedía fuera. Escuchó pasos rápidos en la escalera. Boo pensó que, si se dirigían a su casa, lo mejor sería que no lo encontraran con el cuerpo. Era un expresidiario, el cadáver de Jaime seguía en su cama y, posiblemente, sus huellas en el cuchillo de cocina que todo indicaba que era el arma del crimen. Cogió lo necesario, incluidos papeles que pudiesen delatar sus planes y la libreta donde anotaba sus proyectos, guardó la tarjeta y corrió a abrir la trampilla que daba acceso al jardín. Se cerró encima de su cabeza justo en el momento en que escuchó el estruendo que produjo la puerta del apartamento al ceder y la policía entró entre gritos en el que había sido su hogar todos aquellos meses. Boo fue saltando entre patio y patio hasta llegar a un muro que daba a la calle. Lo saltó de prisa y no paró de correr hasta que su corazón le obligó a detenerse.

Cuando se repuso un poco, buscó una boca de metro y cogió un tren hacia Santa Coloma. Luego pensó que era el lugar menos indicado y el primero donde lo buscarían, pero no se le había ocurrido ningún otro sitio mejor, así que cambió de parecer e hizo transbordo y cogió otro tren hacia las afueras de Barcelona, por el lado del Llobregat. Descendió en Collblanc, buscó un lugar concurrido que no tuviese la tele encendida y llamó por teléfono. Primero habló con Zacarías y le explicó lo ocurrido.

—Estás en peligro, Zacarías. Tienes que largarte cuanto antes.

—No te preocupes, no me cazarán tan fácilmente. Me esconderé hasta que pase la tormenta.

—No me digas dónde. Es mejor que no lo sepa.

—Cuídate, Boo. Ya sabes dónde guardo tu kit de supervivencia. Si te hace falta, no dudes en cogerlo.

—Nos veremos pronto. Si tenemos que ponernos en contacto, ya sabemos cómo hacerlo.

—Tranquilo. Y piensa bien antes de dar ningún paso. Estoy seguro de que los jueces están detrás de todo esto.

El viejo falsificador evitó decir que tal vez la florista le había traicionado.

—Espero que Rosa esté bien y no le hayan hecho nada malo —añadió Zacarías.

Boo no sabía qué pensar. Le dolía solo de evocar el nombre de la florista. `

—Estoy muy confuso. No sé qué decirte. ¿Y si me ha traicionado, Zacarías?

El silencio invadió la línea. Tras unos segundos, el viejo falsificador contestó:

—Solo intenta abrir la mente. Y no des nada por sentado. Te ayudará a no emitir todavía ningún juicio. Supongo que lo que buscan es eso. Ya sé que es duro, pero quizá en un futuro tengas que dar gracias por que el cuerpo que has encontrado en tu cama sea el de ese pobre chaval y no el de Rosa.

Boo colgó e inmediatamente después marcó el número de teléfono que figuraba en la tarjeta del detective privado. Según anunciaba el texto, se llamaba Alfredo Targas.

—Soy Jairo de la Cruz —dijo Boo cuando se aseguró de tener al otro lado del aparato a la persona adecuada—. Creo que andabas buscándome.

—Eso fue hace mucho. Tal vez ya sea un poco tarde.

—Estoy en un aprieto.

—Ya —dijo el detective—. La última vez que te vi no salí muy bien parado.

—O tal vez te salvé la vida.

—Claro —contestó Alfredo con ironía—. Tendrás que aguardar a que mi cliente me confirme que sigue interesado en encontrarte.

—Te llamo en un par de horas.

—Vete con cuidado. Te están buscando. Dicen que te has cargado a tu amante, al que conociste en la floristería donde trabajabas.

La información no sorprendió mucho a Boo. Se esperaba algo por el estilo.

—Es un montaje.

—Ya, por supuesto. Tú eres un alma cándida que nunca ha roto un plato.

—No soy ningún alma cándida. Pero nunca he roto, ni romperé, ese tipo de platos.

Street Fighter

Boo no paraba de mover las piernas. Se sobresaltaba cada vez que un ruido rompía la rutina y no paraba de examinar a todo el que entraba en la cafetería donde se escondía. No pudo esperar más tiempo y volvió a llamar al detective privado cuando solo faltaban diez minutos para que se cumpliera el intervalo estipulado.

Alfredo Targas únicamente le dio una dirección y la hora de la cita.

—Te conviene asistir —dijo el investigador—. Y más en tu situación actual.

Jairo no pudo sonsacarle nada más.

—Si vas, encontrarás muchas respuestas. Incluso alguna contestará a preguntas que tal vez nunca te hayas planteado —dijo Alfredo con tono enigmático—. Suerte —añadió a modo de despedida.

La cita era para esa misma noche. Tuvo que consultar en un callejero dónde se encontraba el sitio. No le sonaba de nada el nombre de la calle.

Jairo prefirió ir con tiempo al lugar del encuentro. Fue caminando. El sitio estaba relativamente cerca, en el vecino barrio de Sants. Boo quería asegurarse de que no fuera una trampa y echar un vistazo por los alrededores por si tenía que salir corriendo. También entró en una tienda de menaje y compró un cuchillo lo suficientemente peligroso y pequeño como para pasar inadvertido. Eso le recordó lo sucedido con Jaime y Boo maldijo el momento en que conoció al piloto suicida. Si no le hubiese parado aquella tarde, ahora seguramente estaría vivo.

El punto de encuentro era un centro de recreativos. Boo no vio nada extraño. El local estaba medio vacío. Un par de hombres jugaban al billar español, una pareja echaba una partida de tenis de mesa y un grupo de chavales se arremolinaba alrededor del que jugaba al *Street Fighter II* en una máquina *arcade*. Jairo se recorrió el local de arriba abajo para familiarizarse con el sitio. Era una ratonera a la que no veía salida fácil en caso de meterse en problemas. Detrás de la garita donde estaba el encargado había una puerta y supuso que sería una salida de emergencia. Volvió a salir a la calle. Vio que el local lindaba con una especie de taller o almacén que parecía abandonado. Rodeó la manzana para comprobar la anchura y, si era posible, que hubiese un lugar por el que comunicar con aquella puerta. Vio un pequeño callejón y supuso que el acceso de dentro del centro de recreativos subía a algún tipo de oficina en los altillos del local. Comprobó que había unas ventanas que daban a un tejadillo. Si las cosas iban mal dadas y la cita era en esas oficinas o lo que diantres fuese, podría saltar por allí sin miedo a romperse la crisma. Calculó una caída de un par de metros.

Boo hizo tiempo hasta la hora de la cita en un bar cercano bastante concurrido. No había comido nada en todo el día y la cabeza amenazaba con estallarle. Se obligó a comer un bocadillo y beber un refresco con cafeína que le mantuviese alerta. El tiempo parecía que no quisiera avanzar hasta el momento de la cita. Unos minutos antes, ya cansado de esperar y ansioso por desvelar tanto secretismo, regresó al local y preguntó al encargado por el nombre que le dio Alfredo: Luis M. Garcés.

El encargado se lo quedó mirando y preguntó:

—¿Eres Jairo?

Boo asintió.

—Te está esperando arriba —dijo mientras abría la puerta que tenía tras de sí.

Boo subió unas escaleras. No imaginaba lo que se encontraría en la planta superior.

Secretos del pasado

Un tipo con cara de no gustarle las bromas ni las cosquillas lo cacheó y le encontró el cuchillo que había comprado antes. Boo, con un gesto, dijo que tenía que intentarlo. El guardián de la puerta dibujó una mueca que Boo quiso entender como una sonrisa y guardó el cuchillo en el cajón de una especie de mesa alta. Jairo se asomó y vio todo un arsenal requisado. Estuvo a punto de hacer una broma, pero ninguno de los dos parecía estar de humor. A continuación, el tipo le dejó entrar. Era una sala enorme que parecía un garito de juego clandestino. El estado ruinoso del local y la falta de decoración contrastaban con el lujo y el color de las mesas de juego y la diversidad de los clientes que poblaban el casino. Un hombre con una larga melena que vestía esmoquin y una camisa hawaiana le dijo que lo acompañara. Cruzaron las mesas de juego hasta que llegaron a una barra de bar. En un lateral había una puerta que parecía que podría derribarse con un solo soplo. El hombre de la melena llamó tres veces a la puerta y abrió. Con un gesto invitó a entrar a Boo. Tras pasar, cerró la puerta a sus espaldas. La habitación era sobria, pero no presentaba el pésimo estado del salón de juego. Al fondo, en una mesa amplia, un tipo estaba sentado en una silla imponente y escondía el rostro tras un periódico.

Boo carraspeó y el tipo bajó el diario.

Jairo abrió mucho los ojos. Nunca se hubiese imaginado quién era el hombre que tenía frente a él. Boo reconoció al tipo estafalario que intentó entrar con dos secuaces en la floristería de Rosa el día que él vigilaba. Suponía, por los comentarios posteriores de Jaime y Rosa, que era el mismo hombre que había entregado la oferta y amenazó a la florista.

El tipo observó a Jairo con una dulzura que a Boo le pareció fuera de lugar.

—Soy Luis Melitón Garcés, para servirte, Jairo —dijo el hombre levantándose de su asiento y ofreciéndole la mano.

Boo aceptó la encajada.

—¿Qué quiere de mí? ¿Dónde está Rosa?

Melitón volvió a sentarse. Midió la tensión que desprendía Jairo.

—Es una historia muy larga, querido. ¿Quieres escucharla?

—Antes dígame dónde está Rosa.

—Si Rosa está viva, que es lo que supongo, debes darme las gracias por ello. Esa gente quería que ocupara el lugar de ese desgraciado chico en tu cama, pero antes dejaron que Ricardo Portales, que es aún más cabrón que su padre, se divirtiera un poco con ella —dijo observando el efecto de sus palabras en el rostro de Boo.

—No me ha contestado. ¿Dónde está?

—La tienen ellos, pero hay alguien de mi confianza que vela por que no le suceda nada malo.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—Nada. Solo pretendo ayudarte. Cuando te explique la historia lo comprenderás todo. ¿Quieres algo de beber?

Boo negó con la cabeza.

—Está bien, pero siéntate y ponte cómodo —ofreció con una mano—. Hace muchos años, yo todavía era un joven que soñaba con comerse el mundo, llegué a Barcelona desde un pueblo de La Mancha —comenzó a relatar—. Las cosas al principio fueron fáciles. No faltaba el trabajo. Luego conocí a una chica preciosa de la que me enamoré locamente. Enseguida me di cuenta de que era demasiado para mí y para cualquiera. Un espíritu libre y rebelde. Pude retenerla un tiempo. Luego voló. Yo casi me vuelvo loco, me junté con quien no debía y comencé una carrera al otro lado de la ley. Nunca pude olvidar a aquella mujer —Melitón hizo un gesto de fastidio y resignación—. Hace unos cuantos años reapareció. No tenía la belleza salvaje de su juventud, pero aún conservaba un fuerte atractivo. En cambio, yo, mírame —explicó—. Esa mujer estaba preocupada por su hijo. Llevaba tiempo en prisión por matar a un juez que era un cabrón que se pensaba que podía utilizar a las mujeres a su antojo. El juez Portales. ¿Te suena el nombre?

Boo se removió en su silla. No podía creer que su madre hubiese tenido una aventura con un tipejo como aquel.

—Pues resulta que la mujer quería que yo la ayudase a sacar a su hijo de la cárcel. Había perdido la confianza en que el sistema fuese justo de una vez por todas. Me llamó mucho la atención porque yo aspiraba a iniciar negocios

con los Sobrán y le dije que no le prometía nada, que indagaría sobre la situación de su hijo y miraría si podía hacer algo. Pero no hice nada. Se me olvidó, la verdad. Estaba muy ocupado tendiendo puentes con esos jueces para meter la nariz donde no me llamaban.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Ten un poco de calma. Luego lo entenderás todo —solicitó Melitón reclinándose en su asiento—. Lo cierto es que la mujer volvió. Parecía un alma en pena y me contó un secreto.

Boo iba a preguntar de qué secreto se trataba, pero dejó que el hombre continuara con su relato.

—Las cosas con esos tipos ya estaban enderezadas, así que investigué y vi que podía ayudar al hijo de la única mujer a la que he amado. Cuando fui a buscarla para decírselo, descubrí que había fallecido. Por su memoria di los pasos necesarios para conseguir la libertad de su hijo. Supongo que a estas alturas ya sabrás que el hijo eres tú.

Boo asintió con un gesto de obviedad.

—Y el secreto es que el padre de ese hijo soy yo.

Un silencio incómodo se cernió sobre el despacho. Boo no podía creerse lo que acababa de decir Melitón.

—¿Tú? ¿Mi padre...?

—Es lo que dijo tu madre. La verdad es que eso explicaba muchas cosas. También pensé en que quizá me mentía y solo quería que la ayudase. Tal vez, pero quise pensar que era verdad. Algo me decía que no mentía. Y decidí ayudarte y ser tu ángel de la guarda.

Boo puso toda su atención en las palabras del hombre. No acababa de reaccionar a lo que decía.

—Porque nada más salir te empeñaste en ayudar a esa florista y joder a los jueces. He tenido que invertir mucho tiempo y recursos en protegerte.

—¿Protegerme?

—Sí, ¿por qué te piensas que tardaron tanto en dar contigo? Me pidieron que te siguiese, que averiguase cosas de ti. Ricardo Portales se relajó pensando que te pudrirías en la cárcel, pero, cuando se enteró de que salías, recuperó todo el odio que te tiene y puso precio a tu cabeza. Aunque el primo, Justino Sobrán, tenía otros planes para ti. Yo puse en la floristería a mis dos hombres más incapaces y procuré que no supiesen de ti. Pero, Ricardo, que nunca nos ha visto con muy buenos ojos, se decidió a actuar por su cuenta y averiguó que habías trabajado en la floristería. Lo demás puedes imaginarlo —explicó Melitón—. Tampoco informé de vuestros movimientos en esa obra que llevasteis a cabo cerca de la floristería. Por cierto, os felicito, habéis montado un revuelo importante. Tenéis a medio país peleándose por ese motivo —Melitón sonrió y dio unos golpecitos en la mesa—. Pero ahora los jueces han pasado al ataque, aunque los habéis jodido bien jodidos.

—¿Y Lisandro?

—¿Ese es el que mataron en el bar cerca de los Encantes?

—El mismo.

—Déjame que acabe —ordenó Melitón—. Protegerte ha hecho que los Sobrán pierdan la confianza en los servicios que les presto. Jorge, el novio de la madre de Lisandro, se chivó a Justino y este decidió matar dos pájaros de un tiro y probar los servicios de una empresa de la competencia —Melitón bebió de una copa y carraspeó—. No pude hacer nada por evitarlo. Siempre hay víctimas colaterales. A veces tienes que perder a un peón para proteger a la reina.

—Lisandro no era ningún peón.

—Lo siento. Ya te he dicho que no pude hacer nada.

—¿Y qué es lo que quieres? ¿Que te dé un abrazo y te regale la taza al mejor padre del mundo?

Melitón hizo un gesto de decepción.

—¿Tu madre nunca te dijo quién era tu progenitor?

—No. Tampoco mostré interés en saberlo.

—Pensaba que tú podrías sacarme de dudas.

—¿A qué viene eso ahora?

—Todo este tiempo he estado convenciéndome de que eras mi hijo. He puesto en peligro todo mi negocio. Incluso algunas vidas. Solo me gustaría saber si ha valido la pena.

Boo comprobó cómo la ilusión que guardaba aquel hombre bajo los ojos se iba escapando.

—Guardaba la esperanza de tener un descendiente al cual dejarle mi legado cuando yo no esté.

Boo no se creía lo que estaba escuchando. Le pareció descubrir un gesto que le resultó muy familiar.

—Mi negocio, tu amigo ese, el falsificador y tú podríais hacer grandes cosas. Y acabar con esos jueces de una maldita vez. Y también con el más peligroso de todos ellos, el padre de Justino, un hijo de puta de los grandes.

—Te estoy muy agradecido por todo lo que has hecho por mí, pero ya pensaré la manera de acabar con esos

jueces.

—Yo puedo ayudarte.

Boo miró a Melitón. No sabía qué pensar. Empezaba a sentir simpatía por aquel hombre.

—A cambio de qué.

—A cambio de una muestra de ADN para comprobar si eres mi hijo.

—¿Y si no lo soy?

—Nada. Cada uno por su camino.

—¿Nada?

—Tu madre valía eso y mucho más —dijo Melitón con seguridad.

La barrera que Boo había levantado frente a aquel hombre se iba resquebrajando poco a poco.

—En cambio, si lo eres, te ofrezco que te unas a mí.

—Quiero acabar con esos jueces —afirmó Boo.

—Y yo con Alberto Sobrán. Desde el primer día que lo conocí.

—¿Por qué?

—Es un falangista de mierda. Participó en las matanzas que se llevaron a cabo en mi pueblo cuando el golpe de Estado del 36. Por su culpa, mataron a mi padre y a dos tíos míos.

—¿Y por qué no lo has hecho todavía?

Melitón miró fijamente a Boo. Nunca se había hecho esa pregunta.

—Tal vez esperaba que se me olvidase. O, quizá, la aparición de tu madre hizo que me acordara de que cuando estaba con ella era alguien mejor.

Boo asintió despacio. Empezaba a caerle bien el jefe de los gatos pardos.

—Acepto la parte del trato que consiste en acabar con esos Sobrán. Lo otro tendré que pensarlo.

—Bien. Perfecto.

Melitón apretó un botón que tenía escondido debajo de la mesa y apareció el tipo de la melena con dos kits para obtener la prueba. Melitón asintió y el tipo procedió, como si estuviera acostumbrado a realizar ese tipo de experimentos todos los días, a recoger las muestras de saliva y conservarlas como convenía. Luego volvió a desaparecer por donde había venido no sin antes contestar la pregunta de Melitón sobre el tiempo que tendrían que esperar para obtener los resultados de la prueba. El tipo dijo que sería alrededor de una semana.

Necesitas un sitio donde esconderte —dijo Melitón—. Puedes quedarte aquí. El sofá es muy cómodo. Saldrán pruebas que te incriminan. Fotos juntos. Semen tuyo en su recto. Mejor que no te dejes ver demasiado.

Boo se quedó frío. Y recordó que Rosa recogió el preservativo de la cama. Todo encajaba. Una punzada de dolor le devolvió al despacho de Melitón.

—Gracias otra vez. Eres muy amable.

—Pídeme lo que necesites. Ropa, dinero, lo que sea.

Boo asintió.

—Ella no ha tenido nada que ver, ¿verdad? —preguntó deseando que así fuese.

—No creo. La habrán amenazado con haceros daño. La gente que la retiene es muy peligrosa. Y se han ganado su fama a base de falta de escrúpulos. Mis hombres están preparados. Todo saldrá bien. Con los jueces es más difícil, pero se te ocurrirá algo. De Alberto me encargo yo. He tenido mucho tiempo para idear la manera de hacerlo.

En ese momento sonó un teléfono. Melitón descolgó y escuchó el mensaje que le daban desde el otro lado de la línea.

—Ahora te dejo solo. Voy a saludar a unos clientes.

Melitón se levantó, sonrió con deleite y palmeó el brazo de Boo, que se quedó sentado en su butaca. Tenía muchas cosas en las que pensar y, además, tal vez había encontrado a su padre.

Megastar

Jairo tuvo un duermevela inquieto, aunque al final el agotamiento hizo que cayera rendido. Las pesadillas protagonizaron su descanso y la imagen del cuerpo sin vida de Jaime se le aparecía una y otra vez. También el rostro de Rosa, marcado por la tristeza y la culpa.

Al despertar tenía una muda de ropa preparada, un juego de toallas, una selección de prensa y una bandeja con café caliente y bollos. Husmeó por el despacho hasta encontrar el aseo y se dio una ducha reparadora.

Luego holgazaneó hasta que empezó a poner en orden sus ideas. La jornada anterior había sido intensa y cargada de sorpresas que todavía tenía que asimilar. Buscó en los diarios información referente al asesinato de Jaime. En la mayoría lo trataban de pasada, pero en uno de los periódicos le dedicaban todo un reportaje y salía una foto suya, era el sospechoso principal. El artículo daba por sentado que se trataba de un crimen pasional y aseguraban que el ADN de las muestras de semen halladas en el cuerpo de la víctima coincidía con el del principal sospechoso. Boo se paró a pensar cómo habían podido cruzar las muestras. Luego abrió mucho los ojos al recordar que el secuaz de Melitón el día anterior le tomó una muestra de saliva. ¿Y si se trataba de una trampa?, se preguntó. Pero dejó estarlo enseguida al darse cuenta de que su ADN estaría por todos lados en su apartamento. Aunque el de la camisa hawaiana y melena dijo que tardarían cerca de una semana. Entonces, ¿cómo era posible que la prensa ya supiera los resultados? Entendía que la policía tendría prioridad en hacer aquel tipo de exámenes, pero aun así sospechó de la rigurosidad de la información que proporcionaba el artículo.

Boo se acordó del jardín que ya no podría cuidar. Pensó en el propietario del apartamento y lo decepcionado que quedaría al regresar a su hogar. Aunque era consciente de que su vida estaba en peligro, no podía evitar pensar en esa cuestión. Meditó si ir a echar un ojo y colarse en el jardín. Con un poco de suerte la gente no lo reconocería. La foto del periódico no era reciente ni daba fe de su aspecto actual. No le costaría disimular los puntos en común. Tal vez la policía no tenía tan clara la premisa de que el asesino siempre vuelve al lugar del crimen. Si era por salvar aquel jardín, él regresaría las veces que hiciesen falta. Por mucho que se pusiese en peligro, lo intentaría.

Pensando en esas cuestiones, y al ver un artículo en el periódico sobre un grupo japonés interesado en montar un parque temático, una idea le iluminó el rostro. Cogió la libreta que se había llevado consigo y escribió un primer boceto del plan. Luego fue dándole forma. Deseaba hablar con Zacarías para contárselo.

Abandonó el despacho. En el casino clandestino apenas había clientela. El guardián de la puerta era el mismo tipo de la otra noche. Boo no dijo nada, pero puso la mano reclamando lo que era suyo. El otro sonrió, abrió el cajón y le devolvió el cuchillo. Cuando Jairo iba a largarse, el portero le puso una mano en el pecho reteniéndole. Si no hubiese sido por las dimensiones de los bíceps del gorila, Boo hubiese apartado el brazo de un manotazo. El guardián sonrió leyéndole el pensamiento, le dijo que esperase un segundo y desapareció entre unas cortinas. Volvió en seguida y le dio un arma de fuego con varios cargadores. Era una Star Megastar M50 recién aparecida en el mercado.

—Melitón no quiere que vayas desnudo por ahí —dijo el portero.

—No me gustan las armas. Preferiría no llevarla encima, la verdad.

El tipo puso cara de no aceptar un no como respuesta.

—No es negociable —añadió.

Boo soltó aire y cogió el arma y los cargadores.

—Está bien. ¿Puedo irme ya? —soltó con un gesto de paciencia.

El portero sonrió y con un gesto invitó a que Jairo abandonara el casino clandestino.

Trajes y piscina

Justino Sobrán se quitó el albornoz y las chanclas y se acercó al borde de la piscina. Cogió aire y adoptó la postura que había ensayado mil veces. Se aseguró de que nadie lo miraba. A esa hora la piscina no estaba nunca llena. Contó hasta tres, pero no fue capaz de despegar los pies del suelo. Supo en ese instante que, como las veces anteriores, no sería capaz de tirarse de cabeza al agua. No sabía por qué, en esa ocasión lo intentó hasta en tres ocasiones más. Sin éxito. Soltó una maldición y se dirigió a las escaleras más cercanas para sumergirse en la piscina. Tenía por delante media de hora de largos sin descanso. Esperaba que al acabar se le hubiese olvidado la frustración que sentía.

En ese instante vio a Ricardo en la grada. Un acceso de rabia le obligó a meterse bajo el agua y gritar con todas sus fuerzas. Cuando salió a la superficie estaba más tranquilo, pero no podía quitarse el velo de vergüenza que le cubría.

Ricardo se acercó al borde de la piscina con una sonrisa de suficiencia.

—Puedes estar tranquilo, primo, no he visto nada.

El juez Sobrán sabía que Ricardo mentía.

—Iba a tirarme de cabeza, pero he sentido una punzada en las lumbares —dijo con la mayor dosis de tranquilidad que pudo reunir.

—Ya, claro... —dijo Ricardo.

—Ahora, dime, ¿qué diantres haces aquí? —preguntó Justino sin salir del agua.

—Tenía que hablar contigo. Es urgente.

El juez Sobrán miró a los ojos de su primo y notó que hablaba en serio. Asintió con la cabeza y salió del agua.

Ricardo lo aguardaba con el albornoz en las manos. De repente sintió algo parecido a la lástima y palmeó con cariño la espalda de su primo cuando este se enfundó el batín. Los dos caminaron en silencio hasta el vestuario de hombres. Ricardo le dijo que le esperaba fuera, pero Justino le pidió que le acompañara dentro y le explicase qué sucedía mientras se cambiaba.

—Es ese maldito Jairo de la Cruz. Consiguió escapar de la policía.

Justino no podía creer lo que le decía Ricardo.

—¿No tenía que dormir toda la noche y parte de la mañana?

—Seguramente esa zorra no le puso la dosis adecuada.

—Ahora ya es demasiado tarde para lamentarse, ¿no crees?

—¿Y si viene a por nosotros? —dijo Ricardo sin poder evitar mostrar su temor.

—No digas estupideces. ¿Por qué iba a hacer eso?

—¿A ti qué te parece? Pretendemos joderle y secuestramos a su novia.

Justino se frotó con fuerza el pelo con la toalla.

—Te dije que la dejaras libre, Ricardo.

—No podemos. Sabe demasiado.

—¿Ya ha firmado?

—Sí, ya ha firmado. Déjame que acabe con ella.

—¿Vas a dejar de decir majaderías? No podemos llamar la atención.

—Se me ha ocurrido una idea. Filtramos a la prensa que la florista es un testigo de lo ocurrido, nos deshacemos de ella y pensarán que el sospechoso es también el autor material del asesinato de la mujer —explicó Ricardo con la esperanza de que Justino apreciase su ingenio.

—La florista nos llevará hasta el idiota que mató a tu padre. Aparte de que ya nos ha dado lo que queríamos.

—Si la dejamos libre, irá a la policía.

—Está muerta de miedo. Además, ¿quién iba a crearla?

—Y una mierda, Justino —gritó Ricardo.

En ese momento entró un hombre en el vestuario. Ya no estaban solos.

—Hablaré con ella —dijo el juez Sobrán fundiendo a su primo con la mirada.

Ricardo puso las manos sobre su cintura, miró a su primo, que se ajustaba el nudo de la corbata, negó con la cabeza, sonrió y se retiró el pelo que le caía sobre los ojos.

—Será mejor que te espere fuera —dijo, y se marchó sin esperar respuesta.

Al rato, Justino salió del gimnasio y cogió a su primo del brazo.

—Será mejor que demos un paseo.

Cuando no llevaban ni cincuenta metros caminando, Ricardo soltó:

—¿Crees que tu padre aprobaría esto?

Justino se detuvo junto a un escaparate de trajes de hombre. Echó un vistazo rápido a los maniqués y se detuvo en uno vestido con sobriedad y elegancia.

—Este mundo, mi querido primo, es como la moda. Si te fijas, siempre hay algo novedoso y chillón que quiere irrumpir pidiendo que todos los focos se fijen en él —dijo con frialdad y taladrando con la mirada a Ricardo—. Pero, al final, un sencillo traje clásico, si tiene lo que hay que tener, nunca defraudará y seguirá ahí, temporada tras temporada, viendo que la mayoría van quedando atrás, en el olvido —añadió con un tono didáctico que no dejaba lugar a dudas—. ¿Ha quedado claro, Ricardito?

El juez Portales asintió con la cabeza. Justino lo soltó del brazo y le dio la espalda para observar el chaleco de colores estridentes y estampado con rostros redondos y amarillos.

—Deja de llamar la atención y circunscríbete a lo que yo te diga. Mi padre es ese traje de allí atrás —dijo Justino señalando la vestimenta sobria y elegante—. Ahora llévame a ver a esa florista.

Halagos y mentiras

Cuando Justino entró en la habitación donde tenían retenida a Rosa, el juez quedó impresionado. La delicadeza y fragilidad de aquella mirada que avisaba del terreno peligroso que había a su alrededor cautivó a Justino, que desde aquel momento solo pudo actuar de una forma: intentando resultar agradable a los ojos de la florista.

—Buenos días, soy Justino Sobrán —dijo el juez con toda la dosis de sinceridad que pudo reunir—. Siento conocerla en estas circunstancias. Me han dicho que está usted retenida contra su voluntad y he venido a liberarla. Debe de tratarse de un malentendido y le pido disculpas.

Rosa no podía creerse lo que le decía aquel hombre apuesto y de modales impecables.

A Justino no le pasó desapercibida la reacción de Rosa y supo que andaba por el camino adecuado.

—Me he ausentado unos días, lo siento, y cuando vuelvo descubro que se han cometido las barbaridades más impensables. Espero sepa perdonarme.

Rosa no sabía qué hacer.

—¿Puedo irme libremente?

—Faltaría más. Por supuesto que sí, aunque me gustaría volver a verla. Es usted la mujer más bella que he visto nunca.

Rosa estuvo a punto de morderse el labio. Rehusó en el último instante. Una punzada de desconfianza la puso en alerta.

—Es usted muy galante, pero ahora mismo lo único que deseo es volver a mi casa, dormir y, cuando despierte, comprobar que todo esto ha sido tan solo una pesadilla.

—Lo entiendo. Y siento toda esta confusión.

—Otra cosa, ¿dejaréis a Jairo en paz?

—Lo de Jairo no ha sido cosa nuestra, se lo aseguro —dijo el juez. Era la viva imagen de un ángel de la guarda—. Hay ciertas personas que han creído que cometer semejante bellaquería para conseguir su firma en la venta de esa finca era algo normal. Pero yo no creo en esas formas de hacer negocios. Ya he mandado que se rompa el contrato. La finca sigue siendo suya. Y le prometo que haré todo lo que esté en mi mano para aclarar todo este embrollo. Si el tal Jairo es inocente, que permítame que lo dude, haré todo lo posible para demostrarlo. Tiene mi palabra.

Rosa respiró con descanso por primera vez en las últimas horas. Por suerte, se habían escuchado sus ruegos para que todo aquello no estuviese ocurriendo. Aunque la muerte de Jaime era real. Eso hizo que la desconfianza volviese a ponerla a la defensiva.

—¿De verdad que puedo confiar en usted? —dijo mientras la ilusión iba ganando espacio al recelo. Recordó lo que le había explicado Boo sobre los jueces.

—No sé qué le habrán contado de mí. No crea todo lo que dicen. Ejercicio de juez en Barcelona desde hace muchos años y ha pasado mucha gente por mi instancia. Algunos me odian, pero yo no soy el culpable de la suerte de esos indeseables. Son víctimas de sus errores. Yo solo les pongo precio. En su justa medida —explicó Justino con aire solemne—. Ese Jairo de la Cruz y sus compinches llevan a cabo una cruzada contra mi familia. Puedo llegar a comprender que ese hombre no haya tenido suerte en la vida, pero, créame, se trata de un asesino sin escrúpulos. Nunca ha llegado a demostrarse nada —añadió el juez—, no hay pruebas concluyentes ni testigos oculares, aunque todo el mundo pondría la mano en el fuego en que Jairo de la Cruz es el responsable de varias muertes violentas en presidio. Allí conoció al resto de su banda. Operan con dinero falso y están enfrentados a una banda de malhechores que domina los bajos fondos de la ciudad para quitarles el control. Drogas, prostitución, extorsión y demás.

—No le creo. Los tipos que venían a mi tienda para que vendiera los enviaba usted —dijo Rosa, que, al ver la cara de circunstancias del juez, rectificó—: o su primo o quien demonios fuese.

—Estoy convencido de que todo ha sido un montaje de Jairo. Si mi primo tiene algo que ver en este asunto, le aseguro que lo pagará.

Rosa no sabía qué pensar. Aquel hombre no parecía un criminal. Era juez, bien educado, con modales y parecía sincero. Si era cierto lo que decía de Jairo, también encajaba. Así que se tapó el rostro con las manos y negó con la cabeza.

—Todo esto es una locura. Jairo es como un niño pequeño. Él no me mentiría.

—Probablemente está enamorado de usted. Puede que en eso sea sincero —reconoció Justino—. Pero si no tuviese ningún interés en tomar el control de los negocios ilegales de esta ciudad, ¿por qué no le propuso huir con usted fuera del país?

—Lo hizo —contestó Rosa, como si fuese ella quien estuviese sentada en el banquillo de los acusados.

—Pero aquí está. Metida en un lío por culpa de ese farsante. En vez de disfrutar de su compañía en algún país sudamericano sin convenio de extradición.

Rosa no sabía qué pensar.

—Si me deja invitarla una noche a cenar, podrá comprobar por usted misma cómo es mi vida. Conocer a las personas con las que me relaciono. Verá que tal vez la velada y mis amistades sean un pelín aburridas. Le aseguro que no observará ni un atisbo de ilegalidad o de extraño proceder.

Rosa estaba cansada y la duda que había sembrado Justino en su cerebro comenzaba a germinar.

—Necesito salir de aquí cuanto antes.

Justino sonrió. Fue una mueca adorable. La sonrisa que cualquier padre querría para el novio de su hija pequeña.

—Permítame que le pida un taxi —dijo el juez—. Y piense en mi propuesta. Venga a cenar mañana conmigo y romperemos juntos el contrato que ha firmado. Además la resarciré con lo que usted decida.

Rosa no sabía qué pensar. Deseaba irse de allí, pero también asegurarse de que lo que le prometía el juez era verdad.

—Por favor. Acepte mi invitación. Así enmiendo todas las molestias que haya podido causarle el bruto de mi primo y buscamos la manera de encontrar una compensación ante este tremendo y desafortunado malentendido.

—Está bien —dijo Rosa. Más que nada por escapar cuanto antes de allí y de las palabras edulcoradas del juez.

—Celebro escuchar eso. Me alegro de que haya aceptado mi invitación. Enviaré un coche a buscarla mañana a las 20:00. Ahora llamaré a un taxi para que pueda irse. Y acepte mis disculpas de nuevo por este lamentable error. Prometo que lo repararé lo antes posible.

El juez hizo una inclinación ante Rosa y le cogió la mano para besarla antes de salir dejando la puerta abierta.

—Llama a un taxi y que nos cobren a nosotros la carrera —ordenó a alguien a quien Rosa no pudo ver.

Justino volvió a entrar en la habitación y acompañó a la florista hasta la calle mientras la cubría de las frases más encantadoras y delicadas que había escuchado nunca.

Cuando Justino dejó a Rosa, regresó al lugar donde la mujer estuvo retenida y le dijo al mismo hombre de antes que vigilaran de inmediato a la florista y que estuviesen preparados por si aparecía Jairo. También añadió que procurara que no se enteraran ni interviniesen los gatos pardos de Melitón.

—No es labor para ellos —concluyó el juez. Luego dijo que esperara un segundo, tal vez la idea de Ricardo no era una base tan mala como pensaba. Tras unos segundos, añadió—: Dile a Costello que me llame.

Planes sin estilo

Rosa se encerró en su habitación. Estaba muy confusa por todo lo ocurrido. Pensó en llamar a la policía y explicarles lo que había sucedido. Que unos tipos entraron en su floristería y los obligaron a ella y a su ayudante a montar en su propia furgoneta e ir hasta el apartamento de Boo. Le dijeron que, si no colaboraba, morirían los tres. Tenía que firmar la venta de la finca, tener relaciones con Jairo, recoger muestras de semen, poner una sustancia en la bebida de su novio y, por último, regresar a la furgoneta. Ellos se encargarían del resto. Rosa no tenía ni idea de lo que iban a hacer con Jaime. No sabía qué hubiese hecho en caso de conocer el objetivo de aquellos hombres. Pero no podía evitar sentirse culpable en cierta manera por la muerte de su ayudante.

La florista supuso que el juez lo tendría todo bien preparado. O tal vez era cierto lo que Justino Sobrán le había explicado y él no tenía nada que ver en aquel asunto. Tal vez era cierto que el primo fuese el causante de todo aquello. Justino Sobrán parecía un buen hombre. La había liberado y le prometió que el contrato de la venta que la obligaron a firmar no tendría efectos y se anularía. ¿Por qué iba a hacer una cosa así?, pensó. Si Justino era culpable y la dejaba libre, ¿qué le empujaba a hacerlo? La respuesta solo podía ser una: lo tenía todo atado y bien atado. En cambio, si fuera cierto que él no tenía nada que ver, también podría estar tranquilo, aunque seguramente tendría que dar muchas explicaciones a las autoridades. Rosa, por lógica, veía más plausible la primera opción. Pero la delicadeza de Justino, su labia y sus modales hacían que se inclinase más por la segunda opción, por imposible que le pareciese. Si no, ¿por qué iba a invitarla a cenar?, ¿por qué iba a proponerle que conociese su forma de vida e incluso a sus amistades?

Rosa no podía pensar con claridad, así que decidió darse una ducha y llamar a la policía para intentar echar luz sobre aquel suceso. No concebía otra manera de purgar su culpa en el asesinato de Jaime. En lo más profundo de su interior albergaba la esperanza de que Justino Sobrán no estuviese involucrado en aquel asunto.

Al salir del baño, la florista, con las ideas más claras, descolgó el teléfono. El aparato no mostraba signos de vida. Rosa tiró del cable por si se había salido la pinza de la roseta. Todo parecía en orden. Rosa bufó y decidió vestirse y bajar a la floristería, suponía que tampoco habría línea en el teléfono de la tienda. Si era como sospechaba, se presentaría en la comisaría más cercana.

Boo se dirigió a su apartamento. No notó nada peligroso, pero tenía la seguridad de que vigilaban el portal. Decidió entrar por el mismo sitio por el que escapó el día anterior. Cuando llegó al patio, vio que había movimiento en el apartamento, así que se escabulló y salió de allí sin ser visto.

Una vez a salvo, pensó qué hacer. Decidió ir a la floristería y husmear por allí. Si hacía falta, intentaría entrar en la vivienda de Rosa. Necesitaba respuestas a todas las preguntas que se apelotonaban en su cabeza.

Boo cogió el autobús asegurándose de pasar lo más desapercibido posible. Cuando llegó a la floristería, vio que colgaba el cartel de cerrado, pero sin la persiana bajada. Jairo echó un vistazo. No vio nada extraño. Todo parecía en orden en el interior. Hasta que vio aparecer una silueta.

Boo acercó la cara al cristal del escaparate e hizo pantalla con las manos. Casi da un brinco al descubrir que era Rosa.

Jairo tocó con los nudillos en los cristales. Rosa se asustó. Alguien con capucha la increpaba desde fuera. Lo primero que pensó fue que se trataba de uno de aquellos tipos sin escrúpulos. Iba a salir de allí inmediatamente cuando escuchó que desde el otro lado gritaban:

—¡Rosa! ¡Rosa! ¡Soy yo, Boo!

La florista reunió el valor necesario y se acercó al aparador. Descubrió que era Jairo y corrió a abrir la puerta para dejarle entrar.

La mujer se echó en los brazos de Jairo y rompió a llorar. Fue como una llave que abriera la válvula de escape de todo el dolor, incertidumbre y temor que había vivido la mujer en las últimas cuarenta y ocho horas.

Boo intentó reconfortarla con palabras y gestos. La florista tardó más de cinco minutos en recobrar lo suficiente para separarse de los brazos de Jairo y hablar de lo ocurrido.

—Pensé que estabas detenido. O, peor aún, que te habían matado —dijo la mujer con tono atropellado—. Siento mucho lo que hice, me obligaron, me dijeron que si no colaboraba te matarían. A ti y después a mí. Lo siento mucho, Boo. No puedo creer lo que le han hecho a Jaime. Me siento fatal. Todo es culpa mía.

—Eh, tranquila. Ya está. Ya ha pasado. Yo estoy bien. Y tú parece que también.

—No, no está bien. Jaime ha muerto por mi culpa.

—Tú no tienes la culpa de nada. Hiciste lo que debías. Si no hubieses colaborado, ahora no estaríamos aquí. Sabía que te retenían en algún sitio.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó la florista sorprendida.

—Tengo muchas cosas que contarte. Han sido dos días de muchas novedades. Supongo que tú también.

La duda se expandió por el interior de Rosa y las palabras de Justino sobre Boo resonaron una vez más.

Jairo no notó cómo la frialdad inoculaba la sangre de la florista mientras le contaba lo ocurrido en el apartamento cuando despertó.

—Te puse una sustancia en la bebida. Supuse que era droga o un somnífero. Pensé que podría ser veneno y te eché menos de lo que me dijeron.

Boo continuó con su relato. Le explicó que se despertó con los lametones de Luna y todo lo que vino después: el descubrimiento del cuerpo de Jaime, la huida, la llamada al detective, su cita con Melitón y lo que este le contó sobre su madre.

—¿Te protegen los tipos que venían a extorsionarme?

—Sí, pero nos han estado protegiendo todo este tiempo —afirmó Boo.

—¿Protegiendo? Ese Melitón vino aquí y me amenazó si no firmaba la venta de la finca.

Rosa no podía salir de su asombro. Lo que le había contado Justino cuadraba ahora. ¿Y si todo era un montaje de Boo? ¿Y si Justino estaba en lo cierto y Jairo mató a todos aquellos hombres en prisión?

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro —dijo Boo extrañado—. Nunca te he ocultado nada.

—Excepto lo de tus planes para acabar con esos jueces.

Jairo fue a decir algo, pero Rosa no le dejó.

—¿Es cierto que mataste a unos hombres mientras estuviste preso?

—¿Qué? —interrogó Boo con el ceño fruncido. No entendía con lo que le salía ahora Rosa—. ¿A qué viene eso ahora? ¿Quién te lo ha contado? ¿Y cómo te has escapado de las zarpas de esos indeseables? Creía que los hombres de Melitón te habían ayudado a escapar.

—Veo que ahora ya no son gatos pardos —escupió la florista.

Boo abrió la boca, pero no pudo soltar ni una sola palabra.

—¡Contesta! —exigió la florista.

—¡Sí, tuve que matar para poder vivir! ¿Es eso lo que querías escuchar? Pues ya lo tienes —gritó—. Esos tipos te aseguro que se lo merecían. Se trataba de ellos o de mí. No entiendo por dónde quieres ir, Rosa.

—Será mejor que te marches. Tengo que poner en orden mis pensamientos. No sé qué pensar.

—Está bien —dijo Boo resignado—. Intenta escuchar a tu corazón —añadió acariciando el rostro de la mujer—. Pero quédate con esto, por lo que pueda pasar —pidió sacando la pistola del interior de la chaqueta. Cuando estás preparada, ya me contarás lo que ha sucedido y cómo te has escapado.

Rosa se asustó al ver lo que le ofrecía Jairo.

—No, no quiero una pistola. ¿De dónde la has sacado?

—Me la ha dado Melitón. Tienes que ir con cuidado, esa gente es muy peligrosa.

—El juez Sobrán es un caballero y me ha dicho que todo ha sido un malentendido.

—¿Un malentendido? —dijo Boo muy enfadado—, ¿y tú te lo has creído?

—Ha dicho que iba a romper el contrato que firmé.

—¿Te obligaron a firmar la venta?

Rosa asintió. Boo se echó la mano a la frente y soltó una maldición.

—Y te crees que la van a anular, ¿no?

—Es un caballero.

—Un caballero que quiere parecer lo que no es. No tienen escrúpulos, Rosa. Seguro que te han dejado marchar con esas milongas y tienen controlada a la policía que lleva el caso de Jaime. Solo pretende engañarte. Tenemos que salir de aquí. Algo traman. No estamos seguros. Estoy convencido de que nos tenderán una trampa.

Rosa comenzó a dudar de nuevo. Necesitaba que el mundo se detuviese para que ella se apease de ese tren que la estaba llevando al mismísimo infierno.

—No, Boo. Estoy cansada. Quiero que esta pesadilla termine de una maldita vez —gritó crispada.
Boo le cogió el rostro con ambas manos.

—Escúchame, cielo. Deben estar vigilándonos —dijo Boo, que recuperó el arma, comprobó que tuviera el cargador y le quitó el seguro—. Esperan que nos reunamos para matarte a ti y echarme la culpa a mí o cualquier otro plan por el estilo. ¡Salgamos de aquí ya!

Rosa no podía pensar con claridad y se dejó llevar por la seguridad de Boo.

Iban a salir por la puerta cuando vieron a dos tipos acercarse, Abbott y Costello. Uno era el que pidió horchata en el bar cercano a los Encantes. El otro, más alto, su compañero. El que mató a Lisandro.

Jugar a matar

Boo le dijo a Rosa que no podían perder tiempo. Luego agarró un cúter de debajo del mostrador, cogió de la mano a la florista y se dirigieron hacia el patio. Por allí buscarían un lugar por el que escapar. Antes de salir al jardín, Boo quiso comprobar que todo estaba en orden. También buscaba un sitio por el que salvar el muro. Cuando descubrió uno e iba a decirle a Rosa que lo siguiese, vio que un tipo saltaba y otro lo seguía. Boo blasfemó y, sin perder un instante, le preguntó a Rosa si había algún sitio por el que acceder al piso de arriba. Rosa le dijo que no.

—Te lo dije el primer día que entraste en la tienda.

—¿No hay ningún lugar oculto que permita salir de la floristería y que no sea por el jardín o la puerta principal?

—No, Boo. No hay ningún otro sitio.

—¡Mierda! Pues tendrás que esconderte. Con un poco de suerte no te habrán visto.

Rosa y Jairo escucharon cómo la persiana de la tienda bajaba y golpeaba el suelo.

—Ya han entrado. Escóndete en el armario de las herramientas y no hagas ruido. Yo iré a buscarte. Ni se te ocurra salir, ¿entendido? —rogó Boo en voz baja mientras abrazaba a la florista.

Rosa fue a decir algo, pero Jairo le ordenó con un gesto que se apresurara.

La mujer desapareció y Boo levantó el arma. Pensó si era mejor enfrentarse primero a los que entraron por detrás o a los que venían por delante. Boo se acercó al cuadro de luces y bajó el automático. La tienda se quedó sin luz y el silencio lo llenó todo. Jairo no sabía qué hacer. No quería alejarse demasiado de donde estaba Rosa escondida, así que fue primero a por los tipos de detrás. No eran dos, sino tres los que habían saltado por el patio. Primero apareció uno con una pistola sujeta con las dos manos. Iba haciendo unos movimientos ridículos. Boo, escondido detrás de unas plantas, guardó la pistola y empuñó el cúter y esperó el momento indicado para saltar sobre el matón. Cuando el otro se detuvo delante de donde estaba escondido, Boo se abalanzó sobre él por la espalda, con un brazo inmovilizó los suyos y con el otro intentó rebanarle el pescuezo con el cúter. El tipo gritó mientras la cuchilla le cortaba bajo la barbilla. Con rabia, forcejeó dejando caer la pistola. Boo salió corriendo. El tipo sangraba como un pollo sin cabeza. Otro matón, también con un arma en la mano, acudió donde gritaba su compañero, miró un segundo la herida y le disparó sin compasión. Boo se había vuelto a esconder y pretendía repetir la misma acción de antes. Según sus cálculos quedaban tres tipos en la floristería. No tenía prisa, pero su corazón iba a mil por hora. Intentó calmarlo con unos ejercicios de respiración mientras esperaba el momento adecuado para abalanzarse sobre otro sicario. En ese momento, pisó algo que crujió. Sonó como un estruendo y escuchó cómo dos pistolas diferentes abrían fuego. Boo se tiró al suelo e intentó arrastrarse por entre las plantas y arbustos que lo protegían. Devolvió las balas y alcanzó a uno de los matones en el estómago. Luego se levantó y salió por el otro lado para pillar por sorpresa al que disparaba cuando notó cómo frío le apretaba el cráneo.

—Tira el arma —ordenó una voz. Era Abbott, el asesino de Lisandro.

Boo pensó en si lo mejor era revolverse, pero algo en su interior le dijo que hiciese caso y tiró la pistola.

Jairo obedeció las siguientes indicaciones. La luz volvió a iluminar la floristería. Costello, el tipo que bebía horchata y que ostentaba el mando, le preguntó dónde estaba Rosa.

—¿Quién es Rosa? —soltó Boo.

Abbott, el más alto, le golpeó con el cañón de su arma en la cabeza.

—No te hagas el listo —dijo—. La hemos visto.

Boo vio que eran tres hombres. Al que alcanzó en el abdomen no estaba.

—Se ha ido por el acceso interno —dijo Jairo con la esperanza de que no buscaran a Rosa.

Costello ordenó al tercer hombre que fuera a buscar el acceso. Boo cerró los ojos. Al menos, con eso ganaba un tiempo para pensar qué hacer.

No le quedaba otra que desear que apareciese la policía. Tal vez los vecinos la avisaron tras el ruido de los disparos. Calculaba sus opciones cuando, en un descuido de su oponente, aprovechó para tirarse encima de Abbott y derribarlo con un cabezazo que le rompió la nariz. Costello pareció no inmutarse y apuntó con desidia al lío de brazos que pugnaba con llevarse el arma.

Luego sonó un disparo.

Boo miró en la dirección que había escuchado la detonación. Después se dio cuenta de que perdía sangre por un costado.

Abbott aprovechó para zafarse y dar una patada salvaje a Boo en las costillas. Jairo cayó de bruces en el suelo.

—Estás hecho una mierda —le dijo Costello a Abbott.

—Vas a joder el plan —refunfuñó—. Este cabrón me ha pillado desprevenido —añadió soltando otra coza en el cuerpo ovillado de Boo.

—Ya —dijo el otro con ironía.

En esos momentos regresó el tercer hombre negando con la cabeza.

—No hay ningún acceso. Nos ha engañado.

—¿Seguro? —preguntó Costello—. Vuelve a revisarlo —ordenó con frialdad—. Si no aparece la mujer, mi compañero acabará contigo —añadió dirigiéndose a Boo—. Esa herida no es letal, pero si tardas mucho en recibir ayuda médica no saldrás de esta.

Boo escupió y Abbott volvió a patearlo.

Pasaron cerca de cinco minutos, se escucharon unos gritos y regresó de nuevo el tercer hombre. Llevaba a Rosa cogida del pelo. Una brida le ataba las manos a la espalda.

—No hay ningún acceso. Pero he encontrado esto.

El que estaba al mando chasqueó los labios y gritó:

—Bien. Acabemos de una maldita vez.

Abbott hizo que Boo se incorporara y se quedara de rodillas. Jairo miró a Rosa. La florista descubrió el cansancio en los ojos de Boo y la inocencia del niño pequeño. No vio miedo y eso consiguió que se recompusiese un poco. Mientras, el alto acercó el agujero negro del Colt a la sien de Boo.

El otro tipo hizo que la florista se arrodillara frente a Jairo y miró a su jefe. Cuando este asintió, apartó la vista de la florista, que dejó de llorar para morderse el labio y lanzar una mirada apasionada a Boo, que fue correspondida con una sonrisa y la caricia imaginada por ambos.

El tercer hombre disparó cuatro veces sobre el pecho de Rosa.

Boo no se lo esperaba e intentó reaccionar, pero Abbott se lo impidió con otra patada en la zona de la herida de bala. Jairo soltó un alarido de dolor, más por Rosa que por el infligido por Abbott, y cerró los ojos. Imaginaba el siguiente paso de los sicarios. Una lágrima se derramaba por su rostro cuando el alto apretó el percutor.

Jairo se fue con la mejor de las derrotas. Consiguió que lo último que viese Rosa fuera su sonrisa y no cómo lo asesinaban.

Él estaba más acostumbrado a la violencia y a no tener miedo.

Ni siquiera a morir. La muerte había sido su compañera desde la infancia.

Carnicero, dentista o granjero

Melitón recibió la noticia con pesar. Cuando sus hombres llegaron a la floristería, era demasiado tarde. Solo quedaban los cadáveres de los dos amantes y mucha policía. Imaginó que los nuevos sicarios de los Sobrán lo habían preparado todo para que pareciese un crimen pasional. Incluso imaginó el titular de la prensa: «El hombre que mató a su amante asesina a la mujer que se interpuso en la pareja y luego se suicida».

El posible padre de Boo solicitó que no le pasaran llamadas en toda la tarde. Se puso a mirar las cosas de Jairo y prestó atención a la última entrada que figuraba en su libreta. Allí estaban las bases para acabar con los jueces. Incluso había anotada una idea de cómo acabar con Alberto Sobrán. Una luz funesta cubrió la mirada de Melitón. Era la energía que genera el odio y la sed de venganza.

Melitón meditó unos segundos y descolgó el teléfono. Marcó un número. Cuando descolgaron al otro lado, preguntó si ya tenían más información sobre quiénes fueron los autores materiales de lo ocurrido en la floristería. Desde el otro lado de la línea le confirmaron que así era. Entonces dijo:

—Avisa al Jero, que venga...

El presunto padre de Boo siguió examinando las pocas pertenencias de Jairo hasta que llamaron tres veces a la puerta y esta se abrió.

Un tipo enjuto y todo vestido de negro se presentó. Un diente de oro iluminó el despacho.

—Buenas, jefe —dijo el Jero—. ¿Qué se le ofrece?

—Ya sabemos quiénes son esa pareja de sicarios. Los conocen como Abbott y Costello. Deben estar a punto de coger un avión, si es que no lo han hecho ya. Ya sabes cómo funciona esto.

El Jero asintió. El diente de oro volvió a iluminar la oficina.

—Ve con cautela. Son muy peligrosos.

—Pierda cuidado, jefe —dijo el hombre—. ¿Plan carnicero, dentista o granjero?

—No te pongas en peligro. Hazlo por la vía rápida.

—Lo que usted diga, jefe —dijo el Jero listo para abandonar el despacho de Melitón—. Me pongo en marcha desde ya.

Melitón asintió y sus ojos dibujaron un abanico en la piel.

El Jero abandonó la habitación y dejó solo de nuevo al probable padre de Boo, que volvió a descolgar el teléfono y marcó un número. Esperó a que contestaran al otro lado. Cuando sucedió, soltó:

—Zac, soy yo, Melitón, ¿podemos hablar? Tengo malas noticias.

Un plan brillante

Zacarías tuvo que tapar el auricular para que Melitón no escuchase sus lamentos. El viejo falsificador era consciente de que aquello podía ocurrir en cualquier momento, pero tenía la esperanza de que Boo fuera inmortal. Ahora, el jefe de los gatos pardos le sacó de dudas.

—¿Cuándo ha sido?

—Esta mañana.

—¿Le contaste que eres su padre?

—Estoy esperando los resultados del test.

—¿Qué dijo? Aunque nunca lo afirmara, siempre quiso conocer a su padre.

Melitón guardó silencio. Tras unos instantes, carraspeó y soltó:

—No le conté que eras mi antiguo socio, Zac. Tampoco que te pedí que cuidaras de él en prisión. Te he dejado al margen como me pediste.

—Ya —dijo Zacarías—. Ahora nunca sabremos cómo se lo hubiese tomado.

—Tenemos la identidad de los que lo han ejecutado. A él y a esa muchacha.

—Rosa, se llamaba Rosa.

—Se encargará el Jero.

—No se me ocurre nadie más idóneo para ese trabajo.

—¿Crees que todo esto ha sido un error? ¿Que podríamos haberlo evitado?

—Ahora es demasiado tarde para plantearse eso, Melitón. Boo era una persona muy especial. Pero nació con una maldición. Y, al final, se lo ha llevado por delante.

—Ha dejado un legado, ¿quieres acabarlo?

—Claro. Lo que haga falta.

Melitón le explicó el plan que Jairo había diseñado para acabar con los jueces.

—Es de su estilo. Yo me encargo.

Arriba y abajo

Abbott y Costello pidieron un taxi. Habían perdido el vuelo. El más alto intentó colocarse él solo el hueso de la nariz y agravó la lesión. La sangre se acumuló dentro de la nariz y necesitó una intervención de urgencia para no derivar en un bloqueo nasal.

Costello, el bebedor de horchata, estaba tenso. Quería salir cuanto antes de Barcelona. No le gustaba quedarse mucho tiempo en el lugar donde operaba. Era una de sus premisas. Dadas las circunstancias que comportaba aquel encargo, llevaba más de setenta y dos horas en la ciudad. Y eso, en su profesión, era demasiado tiempo. Quería salir de allí cuanto antes. Le daba igual si tenía que hacer escala en otro aeropuerto, lo importante era escapar de Barcelona. Miró por la ventana por enésima vez. Algo le empujaba a estar atento y en guardia. Abbott no se quejaba, pero emitía unos sonidos muy desagradables. Aparte de que su voz era una broma de mal gusto, todavía estaba un poco bajo los efectos de las drogas que le administraron.

Los dos hombres, en silencio, esperaban que sonara el timbre del teléfono. Ninguno entendía cómo podía tardar tanto en llegar un taxi.

Cuando Costello estaba a punto de perder la paciencia y descolgar para llamar a recepción, sonó el aparato con la novedad esperada.

Los dos sicarios se dispusieron a bajar con una lentitud inquieta. Costello recogió el ligero equipaje. Abbott estaba absorto en su nariz. Deseaba que el tiempo pasara rápido y así dejar atrás las molestias que le causaba el apéndice.

El largo pasillo que comunicaba con los ascensores parecía despejado y los dos tipos caminaron atentos a cualquier movimiento. Alcanzaron el punto donde el pasillo giraba noventa grados y continuaron hasta desembocar en el vestíbulo que daba acceso a los elevadores. No se cruzaron con nadie. Abbott pulsó el botón y esperó a ver cuál de los ascensores llegaba primero.

—Me juego una horchata a que viene antes el de la izquierda —dijo Costello.

Abbott soltó un mugido.

—Hecho —dijo al fin.

Los dos sicarios alternaban su mirada entre la pantalla de los ascensores y el rostro de su compañero.

El ascensor de la izquierda indicaba que iba a llegar antes que el otro, ya había superado la planta superior a la que se encontraban y una flecha hacia abajo parpadeaba en la pantalla.

Costello miró a Abbott e hizo un gesto jactancioso. Abbott levantó mucho las cejas con los ojos cerrados.

Cuando se abrió la puerta, descubrieron que en el ascensor no había nadie más. Costello hizo un gesto de incomodidad y Abbott soltó una risita porcina. Las puertas se cerraron y el ascensor continuó con su devenir. El otro ascensor seguía parado dos plantas más abajo. Costello resopló y, con un gesto, indicó a Abbott que bajarían por las escaleras. Abbott se llenó la boca de aire para comprobar por enésima vez el nivel de dolor que sentía en la nariz, luego lo expulsó con fastidio sin moverse de su sitio. Costello iba a increparle que se moviera justo en el momento en que Abbott, con una sonrisa de suficiencia, hizo un gesto con los ojos para que Costello comprobara que el ascensor se acercaba. El tipo que bebía horchata suspiró, algo le decía que las escaleras eran la mejor opción.

—Yo bajo a pie —dijo Costello—. Tú haz lo que te salga de los cojones.

Cuando el tipo salió del vestíbulo, Abbott ensanchó su sonrisa y dedicó su atención a vigilar el ascensor, que chivaba su inminente aparición con un sonido además de la pantalla.

—Ya está aquí —avisó Abbott. Costello se detuvo y volvió sobre sus pasos.

Las puertas se abrieron y descubrieron a un Jero disfrazado de bandolero. El Jero apuntó con su trabuco y disparó sin dar tiempo a que sus víctimas pudieran reaccionar. La descarga alcanzó a los dos hombres. Luego el Jero sacó un revólver de su fajín y remató a los dos tipos con un disparo en la cabeza y otro en el lugar donde se halla el corazón.

El Jero observó los cuerpos sin vida de Abbott y Costello. Ya no contaba con encontrarlos. Tenía la seguridad de que los dos sicarios ya habían volado.

Ya me olvidé de ti

Melitón escuchaba a Los Secretos y leía la noticia de que la policía había cerrado el caso de la floristería. Daban por válida la versión del crimen pasional, aunque el presunto homicida contaba con una herida de bala en un costado y múltiples contusiones. El posible padre de Boo tiró el diario con rabia cuando llamaron tres veces a la puerta e, inmediatamente, se abrió. Apareció el tipo de la camisa hawaiana con un sobre en la mano. Melitón abrió los ojos y le ordenó con un gesto que se acercara.

—Son los resultados —anunció el tipo.

Melitón asintió con la cabeza.

—Déjalo ahí —dijo señalando la mesa con la cabeza.

El hombre hizo lo que Melitón le ordenó.

—Si necesitas algo, dímelo.

Melitón cogió un abrecartas, sonrió y movió la cabeza en señal afirmativa. El hombre saludó con un gesto y se marchó en silencio.

El presunto padre de Boo estuvo mirando durante un rato el sobre, esperaba reunir el valor necesario para cogerlo y abrirlo. Jugaba con el abrecartas mientras se balanceaba despacio en el sillón de cuero. Meditaba en idear un rito adecuado para la ocasión. A falta de lucidez, esperó a que acabara la canción para abrir el sobre y descubrir si Boo era su hijo o no. Pero la pista finalizó y comenzó otro título. Pasaron unas cuantas canciones más hasta que Melitón reunió el valor para coger el sobre entre sus manos. Se preguntó qué cambiaría si abría la carta. Durante muchos años trató a Boo, aunque él lo desconociera, como si fuera su hijo. Se había acostumbrado a él y le cogió un cariño especial. Incluso preparaba la venganza sobre los que habían ordenado que lo matasen. Además se sentía mejor persona desde que la madre de Boo se presentase y le soltase la impactante noticia. No deseaba perder esa sensación. Tal vez prefería la incertidumbre.

Melitón jugó con la carta, la examinó varias veces como si fuese una caja secreta y no supiera cómo se abría. Incluso se la llevó a la nariz para intentar adivinar por el aroma si las noticias eran buenas o, por el contrario, el mundo se abriría bajo sus pies.

El presunto padre de Boo dejó la carta encima de la mesa y se llevó las manos al rostro como intentando quitar el velo de duda que lo cubría. Volvió a cogerla, abrió el cajón de la mesa y lanzó la carta por la boca oscura.

En el equipo de música sonaba *Ya me olvidé de ti*.

Goles y puros

Alberto Sobrán disfrutaba del partido en un palco del Bernabéu. Se había alejado del resto de la concurrencia, más interesada en las piernas de las azafatas y en conseguir algún chivatazo de las altas finanzas. Él disfrutaba todavía del segundo gol de Zamorano al Zaragoza. El viejo mordió el lancero que endulzaba su boca con placer y dio una larga chupada al puro. El Bernabéu se iba vaciando tras el cuarto gol en los minutos finales. Pero Alberto Sobrán esperaba a que acabara el encuentro, le gustaba apurar hasta después de que el árbitro pitase el final.

Cuando eso sucedió, el patriarca de los Sobrán pidió una última copa de coñac. Tenía que celebrar el triunfo de su equipo. El palco se fue llenando de palmadas en la espalda, apretones de manos y promesas que nunca se cumplirían. Las puertas se abrieron para facilitar el desfile de poderosos. El viejo, ajeno a toda aquella ceremonia, dio la espalda a la riada de gente que se disponía a abandonar el palco y se acercó a la balconada que ahora estaba abierta de par en par. Alberto Sobrán se apoyó en la balaustrada y miró cómo se evacuaba el estadio. No se cansaba de contemplar las gradas vacías, escenario de tantas alegrías. No se dio cuenta de que un tipo se le acercaba y se colocaba justo a su lado.

Alberto Sobrán se enderezó para decirle algo al intruso, pero el otro se le adelantó:

—Tengo un mensaje de Melitón.

El anciano abrió mucho los ojos. Leyó en los del hombre lo que le iba a suceder. El Jero echó un vistazo fuera de la galería. El estadio estaba casi vacío y no quedaba apenas nadie en el palco.

—Dice que ajustaréis cuentas en el infierno.

Alberto Sobrán no pudo decir nada. Tampoco reaccionar. El Jero, con un movimiento rápido, defenestró a Alberto Sobrán por el balcón del palco. Cayó unos diez metros más abajo, encima de unos asientos que se fueron tiñendo de rojo. El Jero se quedó unos segundos contemplando cómo la sangre dibujaba su propio camino. Luego miró el marcador y escupió una maldición. Había perdido la porra por culpa del gol de Zamorano en el minuto ochenta y siete del partido.

La mina

El verano quemaba los últimos cartuchos de la primavera cuando los jueces llegaron al hostel de montaña. A Justino, aunque ya habían pasado más de dos meses desde la muerte de su padre, todavía le costaba salir y, sobre todo, dormir fuera de casa. Esa noche sería la primera en mucho tiempo. El negocio que pretendían cerrar lo valía. Los jueces habían reforzado la seguridad y, allá donde iban, los acompañaban siempre un par de guardaespaldas como mínimo. Después de la muerte de Abbott y Costello, la banda de estos se dividió y acabaron en una guerra inútil que los llevó al cementerio o a prisión. Los Sobrán intentaron volver a acercarse a Melitón y los suyos. Pero, tras la muerte de Alberto Sobrán, ya no siguieron haciendo negocios juntos.

—¿Cuándo viene el propietario de estas tierras? —preguntó Justino a Ricardo.

—Debe de estar al caer.

—Espero que no se retrase. ¿En serio crees que este sitio atraerá turistas?

—Por supuesto. Podemos montar un complejo de lujo brutal y además está esa antigua mina de carbón. El propietario ha dicho que podemos ir a verla esta noche. Que nos quiere enseñar un secreto que esconde.

—¿Tú te fías de ese tipo?

—Lo hemos investigado, Justino, y todo coincide. No debes preocuparte. Además, no nos separaremos nunca de estos armarios —dijo refiriéndose a sus escoltas.

—No lo sé. No me acaba de gustar este sitio.

—Es una ganga.

—Ciento cincuenta millones, Ricardo. Es muchísimo dinero. No podemos permitirnos otro pucherazo.

—Lo convertiremos en un maravilloso complejo hotelero con todos los lujos. Un hotel de cinco estrellas con spa, rehabilitaremos las casas abandonadas del pueblo como apartamentos, haremos varios restaurantes e incluso instalaciones deportivas. Podemos hasta instalar una hípica. Conozco a un gran chef que estaría encantado de montar su restaurante en una...

El entusiasmo de Ricardo molestaba a Justino. Tal vez tenía razón y comprar aquellas tierras era una gran inversión. Le fastidiaba que no hubiese creído antes en el proyecto por lo que parecía un enorme capricho de su primo. Pero al final tuvo que dar su brazo a torcer y considerar que era un buen negocio.

—No te olvides del entorno. Es un buen lugar para practicar escalada y senderismo —aportó Justino.

—¡Claro! Y también tenis, golf y tiro con arco. ¡Incluso un helipuerto!

—Tampoco dejes de lado la oportunidad de montar un burdel con lo más selecto de esta tierra, seguro que no se achican tanto como las putitas de ciudad que frecuentas.

Ricardo abrió mucho los ojos. No esperaba aquel guantazo en plena cara.

Pero no pudo replicar, la conversación fue interrumpida por la llegada del propietario, un hombre de mediana edad, descendiente de una antigua familia terrateniente de la zona ahora venida a menos.

—Buenas tardes, soy Josep Urida, ¿han tenido buen viaje? El último tramo es el más pesado.

Los dos jueces se presentaron y saludaron al propietario. El hombre les habló de las tierras y las riquezas que representaban. Les explicó que la mina de carbón cerrada muchísimos años atrás también estaba incluida. Se hallaba en los terrenos de su familia. Así como casi todo el pueblo, excepto alguna casa y algún campo pequeño que pertenecían a antiguos habitantes.

—En una de las casas vive Pere, un viejo ingeniero de minas que ahora cuida ganado. La otra pertenecía a una antigua familia, pero les he perdido la pista. Pere dice que no habrá problemas en adquirirla, que lleva mucho tiempo sin venir nadie.

Los dos jueces asintieron.

—¿Y ese Pere está dispuesto a vender?

—Dice que le queda poco de vida. Que, si le dejan vivir allí hasta que muera, se lo agradecerá. Aunque le aseguro que no opondrá resistencia si tiene que salir. Es el guía que los acompañará después de cenar a visitar la mina.

Los dos jueces se miraron entre ellos y sonrieron con los ojos.

—Pasemos dentro, al comedor, aquí cocinan a la antigua usanza. La mejor cocina de montaña de la comarca. No

los decepcionará. —dijo el propietario.

Tras la cena, el propietario pidió que lo siguieran para acudir al punto de encuentro en el que los esperaba Pere.

Ricardo prefirió acompañar al propietario en su coche, y Justino y los matones que le protegían los seguirían en otro vehículo.

La noche era clara y la luna y las estrellas iluminaban la montaña. El calor había reculado y el fresco se hacía notar.

Pere esperaba a pocos metros de la entrada de la mina. Al final no le costó convencer a Josep Urida, compañero de partida del dominó, de aquella patraña sobre la mina. Una especie de timo de la estampita. Le propuso que dijera que había descubierto que el yacimiento era rico en coltán, un mineral que dentro de unos años sería un tesoro, pero que el propietario simularía que desconocía su valor, por lo que sacaría mayor beneficio en la venta. Josep al principio desconfió de Pere, pero la necesidad y la ambición acabaron por convencerlo. Zacarías realizó los informes técnicos. Pere, además, lo persuadió para que evitara explicar nada de los accidentes y desapariciones de personas en las entrañas de la mina. Cuando Josep Urida le preguntó con desconfianza el motivo de su interés en aquella transacción, Pere le dijo que solo pedía que le permitiesen morir en su casa, propiedad de Josep Urida, y quedarse con el campo de la familia de Rosa, ahora florido de acónitos azules. Zacarías, por si las moscas, estaba preparado para emitir todo el material adicional que hiciese falta. El anzuelo que tendieron a Ricardo Portales había sido todo un éxito. La avaricia hizo el resto.

Un acceso de odio le subió a Pere por la garganta cuando descubrió a los responsables de la muerte de Rosa y Boo. Bajaron de sus respectivos vehículos, y el anciano tuvo que morderse la lengua y tragar saliva para no echar a perder el plan.

Josep Urida hizo las presentaciones de rigor. Los matones no le quitaban la vista de encima y eso lo azoró un poco.

—Esta mina lleva cerrada mucho tiempo. ¿Estáis seguros de que queréis entrar? Puede ser peligroso —avisó Pere.

Ricardo y Justino se miraron. No se acababan de fiar y pidieron ver el yacimiento de coltán que prometía Josep Urida.

El propietario, una persona temerosa de los sucesos paranormales y leyendas por las que era famosa la zona, dijo que esperaría fuera.

Pere repartió los cascos con luz y las gafas a cada uno de los integrantes de la expedición.

Uno de los matones también se quedaría fuera vigilando a Josep Urida. Justino prefería pecar de precavido antes de sufrir alguna sorpresa incómoda.

Los jueces, la pareja de guardaespaldas y Pere se dispusieron a entrar en la mina. Pere llevaba una linterna y el escolta que cerraba el grupo sujetaba otra. Nada más entrar notaron un frío más punzante y un olor a rubín y humedad.

—No está muy lejos —dijo Pere, dispuesto a cumplir su misión—. Pero tengan mucho cuidado. Hay agujeros y pueden existir gases nocivos. Si tienen dificultad para respirar o notan que se marean, díganlo enseguida al que tengan al lado y volvemos.

Justino y Ricardo empezaban a tener miedo.

—¿Por qué no hemos venido de día?

—Está prohibido entrar en la mina —se excusó Pere—. Es importante que nadie sepa que hemos estado aquí.

La explicación calmó la desconfianza de los jueces. Pere los condujo con mucho cuidado hacia la galería más peligrosa de toda la mina. Sería fácil deshacerse de sus acompañantes en aquel tramo. Ganas de empujar a Justino y a Ricardo por una sima no le faltaban. Con un poco de suerte el monóxido de carbono y los hidrocarburos se harían notar, pero desconfiaba de ello.

Se escuchó un grito. Era Justino. Con su casco había descubierto una roca con forma de lobo.

Pere tuvo que hacer un esfuerzo para no romper a reír. No llevaban ni cien metros de excursión.

El incidente erosionó la capa de seguridad que envolvía a los jueces y sus escoltas y, a partir de aquel momento, tuvieron que detenerse en varias ocasiones por pequeños incidentes que padecieron los intrusos.

—¿Queda mucho? —preguntó Ricardo, deseando salir de allí.

—Más de una hora —respondió Pere—. No llevamos ni diez minutos. Tenemos que bajar por una pendiente peligrosa, sumergirnos hasta las rodillas en una laguna de aguas heladas y posiblemente contaminadas, salvar un precipicio que se generó a raíz de un hundimiento y escalar una pared de tres metros hasta llegar a la galería que buscamos.

Justino y Ricardo se detuvieron para discutir si continuaban o no bajo la atenta mirada de los guardaespaldas, que

deseaban que decidiesen volver fuera.

Pere sonreía sin que nadie lo viese.

—Creía que Josep les había prevenido sobre todo esto —mintió Pere.

—Pero ¿el coltán está?

—Claro —dijo el anciano mientras rebuscaba en el interior del macuto que llevaba con él—. Mírenlo —añadió sacando una piedra de aspecto oscuro y con vetas de color verde y dorado e iluminándola con la luz de su casco para que los jueces pudiesen examinarla—. Es precioso, ¿verdad?

Los jueces se quedaron mudos observando la piedra. Si era cierto lo que auguraban los expertos, estaban ante el material del futuro. Pero por muchos tesoros que albergara la mina, los jueces no estaban dispuestos a poner en peligro sus vidas. Además, el coltán sería como un seguro y esperarían a que tuviese un valor adecuado en el mercado. Cada cosa a su tiempo. Primero era el complejo de lujo. Lo del coltán era un depósito a plazo fijo con un interés envidiable.

—Lo mejor será que regresemos —dijo Justino—. Luego puede volver con mi primo allí abajo.

Ricardo iba a quejarse. A punto estuvo de empujar a Justino para que se despeñara por una roca.

—Si regresamos, luego no vuelvo. O vamos ahora o lo dejamos estar —amenazó Pere.

—Está bien —aceptó Justino de mala gana. Le hubiese gustado asegurarse de que ese yacimiento de coltán existía de veras—. Regresemos entonces. No me gustaría que nadie sufriera un accidente —se excusó intentando parecer que su preocupación era por todos los integrantes de la expedición y no solo por él.

Pere asintió y se dispuso a organizar el regreso al exterior de la montaña. Miró el reloj y vio que acabaría reteniendo a los jueces más tiempo del que estimaron necesario. Esperaba que Zacarías no hubiese tenido problemas en llevar a cabo la segunda parte del plan.

Juegos de cama

Zacarías se coló en el hostel sin que le vieran. Vestía un mono de trabajo y una gorra de béisbol. El establecimiento era un negocio familiar y contaba con pocas habitaciones y menos empleados. Sabía que a esas horas el sitio estaría tranquilo y podría trabajar con calma. Había reservado una habitación, una de las últimas que quedaban libres. La persona que le había atendido le comentó que una gente de Barcelona reservó toda la primera planta, así que solo quedaban las buhardillas de la segunda.

Zacarías no sabía cuáles eran las habitaciones de los jueces, pero tampoco había muchas donde elegir. Llevaba consigo tres juegos de cama que sustrajo del hostel unos días atrás. Cuando entró en la primera habitación, que fue la que más le costó forzar, rebuscó entre las pertenencias y no encontró nada que pudiera identificar al huésped de la misma, de manera que entró en la segunda. Allí vio una bolsa de cuero muy elegante y selecta; sospechó que era la de alguno de los dos jueces. Cambió las sábanas y la funda de la almohada y luego registró en la bolsa hasta que dio con lo que buscaba: el pijama. Cogió con mucho cuidado lo que transportaba en su mochila y lo aplicó en el interior del pijama, la parte que estaría en contacto con la piel. Una vez hubo acabado, siguió con su misión. En la tercera habitación no había nada que hiciese sospechar que se trataba de la habitación del otro juez. En la cuarta tampoco. Zacarías soltó una maldición y volvió a registrar las tres habitaciones, pero no consiguió discernir cuál era la del segundo juez. Miró el reloj y vio que no le quedaba mucho tiempo. Decidió entrar de nuevo en la habitación que sabía que pertenecía al juez y volvió a echar un vistazo. El lavabo no lo había inspeccionado. Cuando entró, vio que encima del váter había un bolso de mano. Zacarías lo abrió y comprobó que contenía otro pijama. No supo identificar a quién pertenecía, pero aplicó el mismo procedimiento que con el pijama anterior, asegurándose de que fuese en la parte interior de las prendas. Ahora una duda lo acechaba y volvió a maldecir en silencio.

Zacarías abandonó el hostel con la seguridad de que había echado a perder el plan.

El viejo falsificador estuvo impaciente hasta que regresó antes del amanecer para reponer los juegos de cama y llevarse los que había colocado en su lugar. También cogería los pijamas.

Zacarías jamás se hubiera imaginado la escena con la que se topó.

El ejército de Boo

Toda la prensa se hizo eco de lo sucedido en la zona de montaña con una mina de carbón y un pueblo abandonados. Los extraños acontecimientos fueron el detonante para que la imaginación popular se desbordara. Pero lo que más juego dio fue el descubrimiento de que los jueces Sobrán, además de primos hermanos, eran amantes. Los dos aparecieron muertos en la cama en extrañas circunstancias. Estaban en la misma cama, abrazados con un rictus de horror, como si hubiesen sufrido la peor de las pesadillas.

Los médicos forenses y los investigadores no hallaron nada que les hiciese sospechar que se trataba de un doble homicidio. No encontraron sustancias extrañas en los cadáveres y la causa de la muerte había sido, en ambos casos, debida a una insuficiencia cardíaca. Tras la declaración de los escoltas, los empleados del hostel, el propietario de las tierras y Pere, el guía que los condujo a la mina, la prensa y la opinión pública comenzaron a lanzar hipótesis truculentas sobre los jueces. Se comentaba que habían participado en una misa negra realizada en el interior de la mina y que la naturaleza o las fuerzas sobrenaturales habían hecho el resto. También se hablaba de intereses urbanísticos ocultos y otras teorías conspiratorias. Nadie relacionó que una pequeña parcela de la zona pertenecía a la familia paterna de la mujer asesinada en una floristería de Barcelona.

Los jueces fueron enterrados. No acudió casi nadie al sepelio. El caso fue archivado por falta de pruebas.

La mina fue clausurada y se pusieron mayores medidas de seguridad.

Josep Urida vendió los terrenos a un emir árabe unos años después por el triple del dinero que iban a pagar los jueces.

Zacarías y Pere hicieron amistad. A veces, Zacarías subía a pasar unos días con el anciano. En algunas ocasiones se les sumaba Melitón. Siempre se acercaban al campo cubierto de acónitos, una planta extremadamente venenosa que solo por contacto podía matar a una persona en menos de media hora. Producía insuficiencia cardíaca y arritmias. En verano, daba unas flores preciosas que parecían cascos azules, el ejército hoplita de Boo.

Las cenizas de Rosa y Jairo descansaban allí.

Pere había instalado una cerca alrededor para evitar que las personas tocaran las plantas. Los animales ya sabían que no tenían que acercarse. El único capaz de posarse en las flores era una especie de abejorro. Pere también decidió que sería bueno poner un letrero. Rezaba lo siguiente:

«Plantas venenosas. NO TOCAR».

Agradecimientos

Primero, al club de lectura (Antonio Torres Rodríguez, Carmen Carbonell, Vicky B., Olga Becerra, M^a José Hernando y Mar Camino). A Pedro F. Marrero, catedrático de la Universidad de Barcelona, por dar luz a tanta oscuridad y a Ana García de Polavieja por su saber hacer con la corrección del texto sin alterar mi estilo.